



2

ELOGIO DE LA LOCURA

Erasmus
de Rotterdam

Colección
Ciencias Sociales y Humanidades
Literatura

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

ERASMO DE ROTTERDAM

ELOGIO DE LA LOCURA

Biblioteca
BE
del
Estudiante

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Título: Elogio de la Locura
Autor: Erasmo de Rotterdam

Prólogo: Alejandro Caamaño Tomás
Diseño de Portada: Aarón Ernesto Aguilar Almanza

Primera edición, 2008

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Av. División del Norte 906, Col. Narvarte Poniente,
Delegación Benito Juárez, C.P. 03020, México, D.F.

ISBN: 978-968-9259-48-0

Material de distribución gratuita para los
estudiantes de la UACM. Prohibida su venta.

Hecho e impreso en México

Correo electrónico:
bibliotecadelestudiante@hotmail.com

PRÓLOGO

A casi 500 años de la muerte de Erasmo de Rotterdam, al repasar su obra y lo que de él a lo largo de los años se ha estudiado y publicado, son todavía muchas las preguntas que, en el campo del pensamiento, la literatura o la religión nos podríamos hacer y, con toda probabilidad, seguiríamos sin resolver.

¿Quién es capaz hoy en día de entrar en la mente del sabio holandés, cuando se ha dicho y desdicho todo lo posible sobre su obra y persona, y enfrentarse a dilemas irresolutos y con pocas trazas de ser resueltos?

La respuesta es simple: cualquiera con un mínimo de curiosidad y que, realmente, ame la verdad y la razón.

Aunque, bien visto, quizás debamos agradecer que nadie haya dado aún respuesta a tantas preguntas que han enfrentado a la crítica mundial a través de los siglos, porque la esperanza de encontrar esos pequeños tesoros escondidos en la obra de Rotterdam y en la de sus críticos y apologistas podrá alentar nuestras lecturas.

¿Erasmo cobarde o prudente?, ¿genial o un simplista redundante?, ¿un interesado editor o un obsesionado por su futuro? Para examinar cuestiones como éstas, es necesario situarnos en el contexto europeo de finales de siglo XV y la primera mitad del siglo XVI.

Si hay algo que se puede considerar distintivamente humano es la necesidad que, a lo largo de la historia, la mente ha sentido de ir poniendo topes y cerrando puertas para abrir otras, y así ver con más claridad el porvenir. Pero si hubo una época en la que no se ha necesitado ninguna justificación para abrir nuevas puertas, ésa fue el Renacimiento.

La Edad Media se moría en medio de retortijones producidos por crisis económicas, levantamientos populares y una Iglesia que no acababa de asimilar las tímidas reformas emprendidas desde el siglo XIV. Y, en cambio, el Humanismo empapaba y limpiaba todos los estados europeos –eso sí, de manera bastante irregular– al terenciano grito de *Homo sum: humani nihil a me alienum puto*.

Plauto, Virgilio, Tito Livio, Cicerón, Tucídides, Ptolomeo, Platón, Homero, y un sinfín de memorables cuasi olvidados revivían bajo el impulso de una ola que los había rescatado de un pasado muy lejano y de los oscuros y rutinarios amanuenses.

Y en esa vorágine y efervescencia nos encontramos al Erasmo traductor y profesor, editor y escritor, sacerdote y teólogo, y viajero incansable –más por necesidad que por el deleite del camino– que

intenta poner una dosis de sensatez en la cambiante situación del continente europeo.

Por un lado, es un reflexivo practicante de la *devotio moderna*, movimiento de renovación que afectaría las reformas espirituales del siglo XVI; pero, por otro, su postura de neutralidad frente a las disputas entre el Papa y el reformista Martín Lutero se ve cuestionada cuando es obligado a tomar partido, teniendo que acatar la disciplina católica, aun cuando es consciente, eso sí, de la necesidad de transformaciones en la Institución. Esto le valió el desprecio no sólo de Lutero, sino de muchos que veían a Rotterdam como el abanderado intelectual y espiritual de una reforma que podría haber tomado los cauces de la moderación y la concordia, pero que se vio abocada al enfrentamiento más sangriento.

Sin embargo, su prudencia y mesura –pusilanimidad y cobardía, para otros– en estas disputas no impidió que, más tarde, él mismo fuera acusado de “luterano”, e incluso que la Inquisición vetara alguna de sus obras (en 1527 se convocó una conferencia en Valladolid para juzgar su obra, y en 1535 la Inquisición prohibió la traducción de sus *Colloquia* en lengua vulgar, con el pretexto de que estaban mal traducidos; dos años más tarde también serían prohibidos en su versión latina), aun cuando en 1524 su *De libero arbitrio diatriba* denunciaba los errores del reformista alemán.

Es importante señalar que se considera a Erasmo como uno de los primeros, sino es que el primero de los “mercenarios modernos de la palabra”. La imprenta, perfeccionada por Johannes Gutenberg medio siglo antes de que el holandés compusiera *Stultitiae laus*, lo convirtió en uno de los autores más conocidos, leídos y, por supuesto, vendidos a principios del siglo XVI en Europa (cabe recordar que sus *Adagia* y *Colloquia* conocieron más de 60 ediciones cada uno entre 1500 y 1525).

Erasmo ya podía controlar hasta el último paso del proceso de edición de sus obras y recibir un dinero por su venta, evitando, de este modo, el plagio y el uso indebido que pudieran hacer de su nombre, lo que lo volvió el gran vendedor de su época, y uno de los autores más respetados y de mayor autoridad del panorama literario renacentista europeo.

Mucho de lo que podemos sentir respecto a este humanista está perfectamente expresado en palabras de Marcel Bataillon: “Si nos sentimos cercanos a él es sin duda porque este siglo legó a los siguientes problemas de candente actualidad, porque se enfrentó con ellos sin resolverlos y a veces agravando sus dificultades”. Quizás con esta

afirmación Bataillon ha dado con una de las claves de la actualidad y modernismo del pensamiento erasmiano.

Las primeras referencias a la obra se encuentran en una carta fechada en junio de 1508, en la que Erasmo escribe a su “querido Moro”, su amado amigo Tomás Moro, y le comenta que, durante su tercer viaje de Italia a Inglaterra, en su recuerdo y en las reminiscencias que su apellido le trae a su mente de la palabra griega *Μωρια*, ‘locura’, ha reflexionado sobre la posibilidad de componer un tratado acerca de la vacuidad mundana, porque “¿Acaso no pueden permitir las bromas que cualquier lector que no sea tonto aproveche los argumentos oscuros y caprichosos de personas que conocemos?” Nadie puede negarle el derecho a mostrar qué es lo más risible de los hechos tan deleznable y censurables, sobre todo, al tener en cuenta que él mismo practica la autocrítica sobre sus muchas faltas.

A su llegada a Inglaterra, en el verano de 1509, se aloja en casa de Moro y comienza la redacción de la obra. Desde ese momento, hasta dos años después, parece que Erasmo se oculta del resto del mundo. En ese tiempo es posible que su trabajo hubiera estado, en gran medida, dedicado al *Elogio* (aunque al parecer su redacción le ocupó pocas semanas); y nada se sabe de él hasta que se traslada a París, en 1511, para imprimir el libro.

El título *Elogio de la locura* podría parecer, en un principio, no demasiado correcto, si tenemos en cuenta el título original de la obra (no debemos olvidar que fue escrita en latín) *Stultitia laus*, aunque es conocida como *Moriae encomion*. La palabra *stultitia* significa estupidez, vanidad, necedad, ignorancia, insensatez; por lo que si Rotterdam hubiera querido dar un tratado sobre la locura, entendida como demencia o enajenación, la habría titulado, en el más estricto sentido latino, *Insaniae laus*. Pero no es así y nosotros seguiremos la tradición de un título que, a pesar de su errónea versión, es el más difundido.

Como no cabría de otra manera, la Estulticia toma cuerpo y se presenta; se reconoce como insensata, sabedora de ser la única capaz de regocijarse por igual a los hombres y a los dioses; defiende su derecho a “autoelogiarse”, por lo que emplea el recurso unamuniano de ¿quién puede hablar mejor de mí que yo misma?

Erasmo corona a la reina del mundo, o mejor dicho, ella se presenta delante de sus súbditos, los humanos estultos, y se eleva como un elemento imprescindible para la vida, consciente de su poder y de que representa lo más alto y elemental del mundo: energía, valentía, pasión, sabiduría. Este sabio no sólo la entrona, sino que la moldea

desfigurándola; la vuelve irreconocible a los ojos humanos, aunque a estas alturas ya no es el Demiurgo Erasmo, él abandonó la obra definitivamente, si es que alguna vez estuvo en ella: la identidad de la protagonista es apreciable, y su “corporeidad”, casi perceptible.

La Estulticia se rodea de sus “fieles servidores” –Amor propio, Adulación, Olvido, Pereza, Voluptuosidad, Demencia y Molicie–; abarca todos los rincones de la vida y el mundo para justificar su existencia y reafirmarse en sus propósitos.

Dioses y hombres reciben regalos de ella; los mortales le deben la existencia, pues les proporcionó el matrimonio, y con éste, la vida conyugal, algo que ni los mismos dioses les podrían conceder. Además, los seres humanos gozan de la estulticia y de sus beneficios durante la vejez, e incluso desde mucho antes: la infancia es un terreno abonado para la inconsciencia y la insensatez, delicias otorgadas por la Estulticia.

Los dioses de Homero la descubren en sus acciones: sus amoríos, borracheras, comilonas y su impúdica entrega a los actos más censurables no son más que una pequeña muestra de una insultante majadería y simpleza.

Asimismo, no se salvan tampoco de nuestra reina la amistad, las relaciones sociales y el matrimonio, ni las mismas mujeres, pues la estulticia es connatural en ellas. De nada sirve que las féminas puedan rebelarse u ofenderse, ¡si es una propia mujer la que pronuncia tales afirmaciones!

Mas el alcance de nuestra protagonista es ilimitado; del mismo modo, los políticos se dejan embelesar por ella; las artes progresan a su costa (“¿qué es sino la sed de gloria lo que mueve al humano espíritu a cultivar tales disciplinas, reputadas como excelsas, y a transmitir a la posteridad el fruto de sus trabajos?”), y ni la sabiduría de los más aventajados se libra de su alcance: Sócrates, un sabio mencionado, se descuidó a la hora de defender su propia vida; Cicerón temblaba frente a su auditorio al comenzar sus alocuciones, y los Catones, uno por insensato y el otro por “exceso de sabiduría”, echaron por tierra la libertad en Roma.

Pero esto no es prerrogativa de los más sabios ni de los artistas, sino de los seres humanos en general, ya que sus aspiraciones naturales tienden a la estupidez y se contraponen con su constante indagación de las ciencias que, según nos dice Estulticia, nada tienen de naturales: Gramática, Retórica y Oratoria fueron inventadas por los “genios del mal”, por la “superstición de los caldeos y la ociosa fantasía de los griegos”. Los hombres vivirán, por tanto, más felices cuanto

más alejados estén de estos saberes, que, en definitiva, los separan de ella, o sea, del sentido común.

En consecuencia, los sabios serían más infelices que los demás por dos razones: por cultivar las ciencias, y por olvidarse de su naturaleza al rechazar lo que les impele a la ignorancia y la sandez. Y su infelicidad no les podría dar un peor aspecto: pálidos, enfermizos, pobres, severos y tristes.

Al mundo de la estulticia pertenecen también las pasiones, las cuales son necesarias para otorgar la condición de “humano” al hombre. Pero aquí surge una controversia: por un lado, las pasiones pueden provocar –en razón de los estoicos– desórdenes y desgobiernos, y por otro, su ausencia ocasionaría insensibilidad, ausencia de amistad y crueldad, si de un gobernante se tratase. Por ello, se pregunta Estulticia qué nación elegiría por dirigente a tal sujeto, o qué esposa escogería a un marido semejante.

Sin embargo, los infelices mortales caen igualmente en otras formas de locura, que no sólo son producidas por un desorden de los sentimientos, sino también por la mengua del juicio. Así, existe la caza, el juego (aunque duda Estulticia que sea posible admitir a los jugadores en su “cofradía”) o las ciencias ocultas.

Ahora dejemos a Estulticia por un rato y volvamos a su mentor y a su época, porque hablaremos de una especial forma de estulticia: la superstición. El tratamiento en el *Elogio* de esta cuestión no es extenso, en cuanto al espacio dedicado, pero sí significativo dentro del pensamiento erasmiano y de la crítica reformista de los siglos XV y XVI.

La época bajomedieval en Europa se puede considerar como un tiempo de una fuerte religiosidad, aunque no está exento de tensiones y de importantes desviaciones doctrinales, morales, y de supersticiones. La falta de moralidad de muchos clérigos, su sed de poder, la ausencia de adecuada formación o la despreocupación por la labor pastoral alimentaron una corriente de anticlericalismo que parecía penetrar los más diversos ámbitos sociales. A la vez, existía un espíritu de reforma que recorrió amplios sectores de la Iglesia y llevó a proponer las soluciones más variadas: desde modificaciones de carácter jurídico o pastoral, a cambios rotundos de la jerarquía eclesiástica, cuya destrucción pura y simple pretendían otros.

Nuestro sabio, al igual que gran cantidad de escritores laicos y religiosos, pensaba que la sociedad, en especial la vida religiosa, estaba llena de prácticas, ceremonias, tradiciones y conceptos que habían perdido su esencia. ¿Y la razón de esto? Pues a las carencias anteriores

hay que sumar una falta general de claridad dogmática, que afectaba no sólo al pueblo, sino a los propios eclesiásticos y a la extremada sensibilidad del creyente que volvía más angustiosa la tarea de asegurarse la salvación eterna, más valorada incluso que la existencia terrena. Toda la vida del hombre, desde su nacimiento hasta su muerte, estaba dominada por percepciones y referencias sagradas: aquellos seres apenas podían definir la frontera entre lo natural y lo sobrenatural, y tendían a asegurarse la salvación mediante un sistema abigarrado de protecciones, abogados celestiales, mediadores de todo tipo y para toda circunstancia, tan criticado por los humanistas por supersticioso.

La lucha contra las supersticiones, en especial las de carácter religioso, es un tema redundante a lo largo de la producción literaria de Erasmo, lo cual le valdría la consideración de “luterano” para una buena cantidad de escritores católicos y miembros de la cúpula eclesiástica. Pero no debía ir muy desencaminado en sus críticas, cuando, a menos de treinta años de su muerte, el Concilio de Trento en su sesión XXV (diciembre de 1563), decretó:

El Santo Sínodo impone sobre todos los obispos y otros a quienes es encomendado el deber y encargo de enseñar, que instruyan diligentemente a los fieles, de acuerdo al uso de la Iglesia Católica y Apostólica (recibido desde la época más temprana de la religión cristiana), el consenso de los santos padres y los decretos de los concilios sagrados, en primer lugar con respecto a la intercesión de los santos, la invocación de los santos, el honor debido a reliquias, y el uso legítimo de las imágenes; enseñándoles que los santos que reinan con Cristo ofrecen sus oraciones a Dios de parte de los hombres, que es bueno y útil invocarlos en súplica y tener recurso a sus oraciones, su ayuda y su socorro para la obtención de beneficios de Dios a través de su hijo, Jesucristo nuestro señor, quien es nuestro único salvador y redentor...

Estulticia habla de los que se deleitan con los relatos de “espectros, de duendes, de fantasmas de infiernos y de otras muchas zarandajas...” porque “esto no tan sólo sirve para matar el tiempo a maravilla, sino también para ganar dinero, principalmente a los clérigos y predicadores”.

Pero también sus compañeros de camino piden imposibles delante de una talla sagrada; embaucan al pueblo con indulgencias; prometen salud, riqueza o larga vida mediante el uso de palabras supuestamente mágicas; ofrecen para obras benefactoras una pequeña cantidad que los redimirá de cualquier culpa. Son recitadores de sal-

mos milagrosos; un sinfín de delirantes mortales cometiendo las más vergonzosas fechorías y fraudes semiheréticos; devotos impostores y personajes siniestros que, en muchas ocasiones, bajo el manto de la Iglesia, se arrojan en manos de Estulticia como si se tratara de una madre amantísima.

¿Y qué decir de los gramáticos, poetas, retóricos, escritores, filósofos, teólogos y frailes? Si unos “no tienen otro fin que el de regalar los oídos a los ignorantes...” otros, desde su completa ignorancia, proclaman su “omnisapiencia”, al imitar ridícula y groseramente a los retóricos con “insulsas majaderías archiescolásticas”.

Reyes y príncipes rinden culto sincero a nuestra diosa y ponen a sus pies lujo y adulación; los cortesanos le pagan con servilismo y necedad; los obispos, cardenales – ¡y hasta los mismos Papas! – abandonan los preceptos evangélicos y los ocultan en los más profundos fosos, bajo el peso de un sumiso vasallaje.

Ante todo esto, yo me pregunto ¿qué más pruebas podemos pedir de la modernidad del discurso?, ¿quién no es capaz de reconocer esa estulticia erasmiana, ese vacío y superficialidad, y de verla a su alrededor como componente inevitable de este mundo actual?

La personificación de la estulticia en la figura femenina, aderezada con sabrosa ironía, actúa como un remedio para la insatisfacción y la falta de pasión en el ser humano. Después de leer las declaraciones de Estulticia, sólo queda pensar que, en verdad, Luciano y Aristófanes deben regocijarse en sus lugares olímpicos al descubrirse en un manual perfecto de parodia que ellos ayudaron a idear y al que le colocaron los primeros ladrillos.

Pero no nos dejemos engañar, esta “mujer” no dista mucho de la caracterización de las féminas de Erasmo en otras de sus obras. *Stultitiae laus* se convierte en un *Feminae laus* que se ve rodeado por un halo de resignación y conformismo; una resignación con la que deben vivir las mujeres en un mundo gobernado por hombres.

No obstante, esta resignación no opaca el verdadero sentido con el que esta obra fue escrita: diversión y nada más que diversión. Es cierto, sobre temas trascendentales, pero pudo más en el autor el modo. Se sacudía así de la severidad y pesadez característica de tantos tratados medievales, y en sus propias palabras: “Nada hay más necio sin duda, que hablar en serio de lo que es pura necedad, ni nada más divertido que hablar en broma aquello que no se sospecharía que lo fuera”.

Digamos que no es éste un testimonio que refutaría las afirmaciones de los que consideraban a Erasmo como alguien de espíritu frío

y adusto. Aunque, al igual que en *laus*, nada es lo que parece y lo que aparece es lo más real.

Pero, por una vez, dejemos que hable la locura y entreguémonos a ella.

Alejandro Caamaño Tomás

DE ERASMO DE ROTTERDAM A SU AMIGO TOMÁS MORO. SALUD

Poco tiempo hace que en el transcurso de mi viaje de Italia a Inglaterra decidí, con el fin de no malgastar todo el tiempo que debía pasar a caballo en conversaciones vanas e insulsas, ya fuese meditar de tanto en tanto sobre algún tema que se relacionara con nuestros comunes estudios, ya transportarme con el pensamiento hacia donde se hallaban los doctos amigos que pronto vería nuevamente.

Entre ellos tú ocupas el primer lugar, mi querido Moro. A pesar del tiempo pasado, tu recuerdo era para mí tan vívido como si me hubie-
ra hallado a tu lado hacía un instante; y que me muera si en mi vida he hallado mayor deleite que con tu compañía.

Deseando, pues, hacer alguna cosa y no pudiendo emplear mi tiempo en un trabajo, se me ocurrió componer un elogio de la locura.

Tú dirás: “¿Qué Minerva puso en tu cabeza semejante idea?”

En primer lugar, tu apellido, Moro, que tiene tanta analogía con la palabra Moria (en griego, locura) como tu persona se diferencia de ella; pues sin duda eres, según todos admiten, su mayor enemigo.

Por otro lado, pensé que este juego de mi imaginación te sería más grato que a nadie, puesto que este género de broma, que en mi opinión no carece de sabor ni de gusto, te divierte mucho, y que en la condición actual de la vida acostumbras imitar a Demócrito.

Aunque el alto grado de tu inteligencia te coloca por encima del vulgo, te es fácil, al igual que placentero, mostrarte con todos “el hombre de todos los momentos”, gracias a tu carácter ameno y de incomparable dulzura.

Has de aceptar, pues, con gusto, esta insignificante declaración como un presente de tu amigo; y asimismo te convertirás en su defensor, por cuanto, siéndote dedicada, ya no es a mí a quien pertenece, sino a ti.

Es posible que no falten críticos que censuren, los unos, que son estas insignificancias impropias de un teólogo; y los otros, que son demasiado satíricas para no herir la moderación cristiana; clamarán quizá que resucitamos la comedia antigua, que imitamos a Luciano y que todo lo destrozamos a dentelladas.

Por lo que se refiere a quienes se escandalizan por lo superficial y jocoso del tema, les ruego que adviertan que no soy yo quien doy el

ejemplo, puesto que hace mucho tiempo que ha sido frecuentemente practicado por grandes escritores.

Siglos hace que Homero cantó *La batracomiomaquia*; Virgilio, el mosquito y no sé qué otra vianda rústica; Ovidio, el nogal; Polícrates hizo la apología de Busiris e Isócrates la refutó. Glaucón alabó la injusticia; la calvicie, Sinesio; Luciano la mosca y el oficio de parásito. Séneca escribió la *Metamorfosis de Claudio*; Plutarco, el diálogo de Grillo con Ulises; Luciano y Apuleyo, el asno, y no recuerdo quién hizo el testamento del lechón Grunnio Corocotta, que menciona San Jerónimo.

Si esto les agrada, que se imaginen que he jugado a los dados para entretenerme, o que he estado volando sobre un palo de escoba, si mejor les parece.

Dado que otorgamos sus diversiones a todas las clases sociales, sería injusto prohibírselas a los estudiosos, principalmente si la broma se apoya en un fondo serio y si está hecha de tal forma que el lector apercibido pueda sacar de ellas mejor provecho que de las severas y rimbombantes elucubraciones de algunos escritores. Son esos discursos testimonios remendados de retazos, en los que se alaba la retórica y la filosofía, se hace el panegírico de un príncipe, se aconseja la guerra contra el turco, se vaticina el porvenir y por una futilidad se forjan nuevas cuestiones.

Así como no hay cosa más insensata que tratar frívolamente un tema serio, no hay nada más ingenioso que desarrollar un tema insignificante sin incurrir en tonterías. Únicamente al público corresponde juzgarme; no obstante, si el amor propio no me ciega en exceso, me parece que al hacer el elogio de la locura no estaba yo loco por completo.

En lo que se refiere al reproche de causticidad, replicaré que siempre fue el escritor dueño de herir todas las condiciones de la vida humana, siempre que esta licencia no lo llevare al frenesí.

Me asombra la delicadeza de los oídos de nuestros días, que solamente pueden admitir las voces adulatoras. Se ven personas que entienden tan al revés la religión que tolerarían más las peores blasfemias contra Cristo que una ligera broma sobre un papa o un príncipe, especialmente si en ello les va el pan.

Pero yo pregunto: criticar a la especie humana sin atacar a nadie en particular, ¿es morder? ¿No es más bien educar y aconsejar? Por otra parte, ¿no me critico yo mismo en muchos aspectos?

Cuando el satírico no disculpa a ninguna clase social, no puede aseverarse de él que quiere insultar a hombre alguno, sino a todos

los vicios. Por lo tanto, si alguien se levanta y grita que está herido, él mismo pondrá en evidencia su culpa, o al menos su temor.

En este género, San Jerónimo escribió con mayor libertad y mordacidad, frecuentemente sin perdonar los nombres propios. En lo que a nosotros se refiere, además de que he evitado cuidadosamente el llamar a nadie por su nombre, he cuidado mis palabras de modo tal que cualquier lector discreto comprenderá que antes que herir, preferí agradar. Siguiendo el ejemplo de Juvenal, no he descendido a remover insistentemente el fango de los vicios, sino que me limité a examinar lo ridículo, más que lo torpe.

Si no son bastantes estos argumentos para tranquilizar a algunos, consideren al menos el bien que resulta de ser criticados por la locura y que me ha sido necesario, al hacerla hablar, sostener el carácter del personaje.

Mas, ¿no es esto insistir ya demasiado acerca de un abogado cuyo excepcional talento sabe sacar triunfantes los más difíciles procesos? Adiós, elocuentísimo Moro; adopta la defensa de esta Moria, con ardor.

En el campo, 9 de junio de 1508

HABLA LA LOCURA TEMA DEL DISCURSO

La gente dirá lo que quiera acerca de mi persona (pues no desconozco la mala fama que la locura tiene, incluso entre los locos), pero no deja de ser cierto que yo, sí, yo sola, poseo el secreto de distraer a dioses y hombres. Lo demuestra claramente el que tan pronto como me he presentado ante esta numerosa asamblea para tomar la palabra, una viva y singular alegría iluminó todos los semblantes. Sí, de vuestros rostros se ha borrado la pena que los nublabá y habéis aplaudido con tan amables y francas carcajadas que he creído que seguramente todos os hallábais embriagados con el néctar de los dioses de Homero, mezclado al nepentes. En cambio hace un instante, llenos de melancolías y temores, cualquiera os habría tenido por individuos escapados del antro de Trofonio.

Del mismo modo que cuando el sol muestra a la tierra su resplandeciente y luminoso rostro, o cuando después de un crudo invierno retorna la primavera en alas de los céfiros e inmediatamente todo se transforma y la rejuvenecida Naturaleza se engalana con alegres colores, así han variado vuestros rostros al verme aparecer.

Respecto al asunto que hoy me trae ante vosotros con tan caprichosa vestimenta, lo sabréis si tenéis a bien escucharme; pero no con la atención que se concede a los sermones de los predicadores, sino con las enhiestas orejas que ponéis para escuchar a los charlatanes, a los hipócritas y a los bufones de feria. O mejor aún, con las que puso nuestro amado Midas para oír en otro tiempo a Pan.

Hoy quiero hacer un poco la sofista ante vosotros; pero no como esos pedantes que en nuestros tiempos llenan los cerebros infantiles con pesadas insignificancias y les adiestran para disputar más obstinadamente que las mujeres, sino a imitación de los antiguos, que se denominaron sofistas para evitar el deshonesto nombre de sabios.

Ocupábanse ellos de celebrar con alabanzas la gloria de los dioses y los héroes. Vosotros, en cambio, no escucharéis el elogio de Hércules o de Solón, sino el de la locura, que es el mío propio.

DEFENSA DE LA PROPIA ALABANZA

Me burlo yo de esos sabios que creen que alabarse a sí mismo es el colmo de la locura y el engrimiento. Se puede ser todo lo loco que se quiera con tal de reconocerlo. Pues, ¿existe algo más natural que

contemplar a la Locura proclamar y hacer que las trompetas canten sus elogios? ¿Podría alguien describirme mejor que yo? A menos que, casualmente, se halle entre vosotros alguno que me conozca mejor que yo misma.

Por otro lado, me parece que con esto demuestro ser menos vanidosa que la mayor parte de los grandes y de los sabios que, por una falsa modestia, sobornan a un retórico adulador o a un poeta hambriento y lo emplean para oírle entonar sus alabanzas, o sea un tejido de falsedades. Pese a esto, el humilde señor yergue la cabeza, hace la rueda y se infla como un pavo, en tanto que el cínico compara al bellaco con los dioses y lo muestra como el ejemplo perfecto de todas las virtudes, sabiendo muy bien que está lejos de serlo y que no hace otra cosa que engalanar a un cuervo con plumas ajenas, blanquear a un etíope y convertir a una mosca en elefante. Así pues, yo sigo el antiguo proverbio que dice: “Bien se elogia a sí mismo quien no halla a nadie quien lo elogie”.

De paso, debo hacer notar que me asombra la ingratitude o la pereza de los humanos. Me cortejan todos con asiduidad, reciben con placer mis beneficios pero, desde hace tantos siglos, ninguno se ha levantado para celebrar en alta voz el elogio de la locura. Sin embargo, han alabado a costa de su aceite y de su sueño, con cuidados versos, a los Busiris, a los Falaris, a la fiebre cuartana, a las moscas, a la calvicie y a otros males de este género.

La disertación que oiréis no deja de ser verídica por más que sea improvisada y sin adornos. Por mi honor, creed que no digo esto para aumentar mis méritos, como hacen casi todos los oradores, pues como sabéis, cuando éstos pronuncian un discurso en el que han empleado treinta años de trabajo y que a veces ni siquiera es suyo, juran que no han gastado más de tres días en redactarlo o dictarlo, dando a entender que para ellos es cosa de juego. En lo que a mí respecta, siempre me ha producido una gran satisfacción decir lo que se me ocurre sin prepararlo antes.

No esperéis de mí que, imitando a estos retóricos vulgares, comience por una minuciosa definición de mi persona, y menos aún por la clásica división del tema. Doblemente necio sería encerrar dentro de determinados límites a una divinidad cuyos dominios no conocen fronteras, o dividir a quien toda la tierra rinde unánime obediencia. Además, ¿para qué hacer mi retrato, cuando con vuestros propios ojos me contempláis todos los aquí presentes?

Como podéis ver, soy aquella verdadera “dadora de bienes”, llamada por los latinos *Stultitia* y por los helenos *Moria*.

LA SINCERIDAD DE LA LOCURA Y LA INGRATITUD DE LOS SABIOS PARA CON ELLA

Mas, ¿es acaso preciso decirlo? ¿No está mi personalidad escrita en mi frente con todas sus letras? Y si a alguien se le ocurriera confundirme con Minerva o con la sabiduría, ¿no me sería suficiente una sola mirada para desengañarlo, sin necesidad de ese espejo infalible del alma que es la palabra? Fuera los afeites: yo no finjo en mi rostro un sentimiento que no comparta mi corazón.

Soy idéntica a mí misma por todos lados, de modo tal que no consiguen esconderme ni siquiera aquellos que más se ocultan tras la máscara y el nombre de la sabiduría; éstos caminan como monos debajo de la púrpura y como asnos bajo la piel del león. Por más que se disfrace, siempre se le descubre a Midas la punta de las orejas.

¡Cuánta ingratitud veo en los hombres que son mis más fieles seguidores, cuando se avergüenzan ante el mundo de mi nombre hasta el punto de arrojarlo a la faz del otro como grave ofensa! Son, en realidad, archilocos, que desean pasar por filósofos. Y por tales, ¿no les cuadraría mejor el nombre de morósofos, esto es, de amantes de la locura?

LA LOCURA IMITA A LOS RETÓRICOS

Deseo seguir en esto a los retóricos contemporáneos, que se creen dioses si son bilingües, como la sanguijuela, y que creen hacer maravillas introduciendo en su discurso latino, de vez en cuando, algunas palabras griegas a manera de mosaico, aunque a veces no estén en su sitio. Cuando les faltan términos raros, desentierran de viejos pergaminos cuatro o cinco locuciones antiguas para llenar de polvo los ojos del lector. Así, quienes lo entienden pueden ensoberbecerse y quienes no, los admirarán con tanto más entusiasmo cuanto más incomprensibles les resulten. Pues es oportuno que sepáis que mis fieles aceptan las cosas tanto mejor cuanto de más lejos vienen, y no es éste uno de sus menores placeres. Si alguno de entre ellos desea pasar por sabio, una sonrisa, un aplauso, un movimiento de orejas a manera de asno serán suficientes para hacer creer a los demás que él se halla al tanto de lo que se trata, pese a que en el fondo no entienda cosa alguna.

GENEALOGÍA DE LA LOCURA

Mas volvamos a nuestro asunto. ¿Con qué términos os llamaré? ¿Honorable e ilustres ciudadanos? Veamos, ¿es necesario un nombre? En tal caso, ¿por qué no el de archilocos? A él me remito; la locura no puede saludar a sus seguidores con un título más honroso. Sabed, pues, archilocos, que habiendo entre vosotros algunos que desconocen mi abolengo, he de exponérselo con el auxilio de las musas.

Mi nacimiento no es obra ni del Caos, ni de Saturno, ni de Júpiter, ni de ningún otro de esos ancianos y gotosos dioses. Desciendo de Pluto, el padre de los dioses y de los hombres, pese a lo que dicen Homero, Hesíodo y el mismo Júpiter. Pluto, que hoy como ayer pone con un movimiento de su cabeza patas arriba las cosas sagradas y profanas; Pluto, quien maneja a su gusto la guerra, la paz, los imperios, los consejos, la justicia, las asambleas del pueblo, los matrimonios, los tratados, las coaliciones, las leyes, las artes, lo risueño, lo serio... (¡ay! ¡me ahogo!) en una palabra, todos los asuntos privados y públicos de los hombres; Pluto, sin el cual el ejército de dioses subalternos... ¿por qué sólo los subalternos?... los mismos grandes dioses no hallarían paz en su casa; Pluto, cuya ira es tan temible que la misma Palas no podría acudir en socorro de quien hubiera incurrido en ella; Pluto, cuyo favor es tan poderoso que con él cualquiera puede burlarse del rayo y los truenos de Júpiter...

No me extrajo mi padre de su cerebro, como en otros tiempos hizo Júpiter con la malhumorada Minerva, no; tuve yo por madre a Hebe, la ninfa de la juventud, la más encantadora y bella de todas. No he sido, como ese cojo Vulcano, el fruto de un fastidioso deber conyugal; a mí me dieron la vida los besos del amor, como diría Homero. Mas no os confundáis; no hablo del héroe de Aristófanes, decrépito y legañoso; me refiero al Pluto vigoroso, rebosante de juventud y principalmente del néctar que a él le agradaba saborear en la mesa de los dioses.

Puede que os agrade conocer el lugar de mi nacimiento, puesto que hoy la tierra donde un niño ha lanzado su primer llanto tiene gran parte en su nobleza. Sabed, pues, que no se encuentra ni en la flotante isla de Delos ni en las olas del mar, ni en las entrañas de la tierra; nací en las Islas Afortunadas, donde el suelo produce los más sabrosos futos sin necesidad de cultivo alguno. Sobre sus riberas no se conocen el trabajo, la vejez y la enfermedad. Jamás se verán allí la malva, el altramuz, el asfodelo, las habas ni otras plantas comunes; en cambio, la artemisa, la panacea, el nepentes, la mejorana, la am-

brosía, el loto, la rosa, la violeta y el jacinto embalsaman el aire como en los jardines de Adonis.

Entre tantas maravillas, no acompañé mi nacimiento con llantos, sino que al abrir los ojos sonreí graciosamente a mi madre. Mal haría si envidiara la cabra que amamantó a Júpiter, pues mis labios oprimieron el seno de dos bondadosas ninfas: la Embriaguez, hija de Baco, y la Ignorancia, hija de Pan, que como podéis ver se hallan entre las personas de mi cortejo.

¿Acaso desearíais conocerlas a todas? ¡Por Hércules! Os diré al momento sus nombres. Aquélla, la del aire altivo, es el Amor Propio; la de la mirada sonriente y que aplaude se llama Adulación; aquella que parece dormir y que se muestra como aletargada, es el Olvido; la que exhibe sus dos brazos desnudos y que apoya la barbilla en sus codos, es la Pereza; aquella coronada de rosas e impregnada de perfumes es la Voluptuosidad; la de los ojos extraviados y vagante mirada es la Irreflexión; y en fin, aquella de color florido y cuerpo macizo es la Molicie. Con estas ninfas se mezclan dos pequeños dioses: uno se nombra Como, genio de los banquetes y Morfeo es el otro, quien gobierna los sueños. Ahí tenéis a los servidores fieles que mantienen mi poder sobre el mundo entero, puesto que con su ayuda gobierno incluso a quienes gobiernan a los demás.

Conocéis ya mi origen, mi condición y mi cortejo. Sin embargo, para evitar que se me acuse de usurpar el nombre de deidad, mencionaré los innumerables beneficios que concedo a dioses y hombres, así como también mostraré hasta dónde se extienden mis dominios. ¡Poned atención! Abrid bien los oídos.

Es cierto decir que lo que distingue a un dios son los beneficios que otorga a los mortales, y es bien sabido que con justicia se hace aparecer en las asambleas del Empíreo a quienes enseñaron a los hombres el uso del vino, el trigo y otras comodidades de la vida. Así, es también imposible negarme el lugar primero entre los inmortales, puesto que soy la fuente de todos los bienes.

PODER DE LA LOCURA EN LOS ORÍGENES DE LA VIDA

En primer lugar, ¿conocéis nada más placentero y precioso que la vida? Veamos: ¿quién contribuye más que yo a ampliarla? Difícilmente podrían engendrar y perpetuar la raza humana la temible lanza de Palas o la égida de Júpiter, acumulador de nubes. Por otro lado, es oportuno recordar que el padre de los dioses y de los hombres, ante

cuyos movimientos de cabeza se conmueve todo el Olimpo, abandona en algunos días su triple rayo y su aspecto terrible, que hace temblar a los mismos dioses y, quiera o no, se disfraza como un miserable comediante cuando quiere aumentar el número de sus pequeñuelos, cosa que le ocurre muy frecuentemente.

Los estoicos se creen casi dioses; pues bien, dadme uno de estos filósofos que sea dos, tres o, si así os parece, mil veces estoico; probablemente no lograré que se corte la barba, ese distintivo de sabiduría que comparte con el macho cabrío, pero seguramente desarrugaré su frente sombría, y le haré renegar de sus dogmas y cometer mil extravagancias y tonterías. En resumen: cuando el filósofo quiera ser padre, tendrá que pedir mi auxilio.

¿Existe alguna razón para no hablar crudamente, de acuerdo a mi vieja costumbre? Responded: ¿es alguna de las partes del cuerpo que llamamos honestas, como la cabeza, el rostro, el pecho, la mano u otra cualquiera la que tiene la virtud de reproducir a los hombres y a los dioses? Si no me equivoco, y me parece que no, se trata de otra parte tan loca y bufona que no es posible nombrar sin reírse, pero que forma el sagrado manantial de donde fluye la vida, con más exactitud que la que ofrecen las tablas de Pitágoras. Entre nosotros, ¿quién unciría su cabeza al yugo matrimonial si hubiera pensado juiciosamente, como deberían hacerlo los sabios, las preocupaciones y desventajas de ese estado? ¿Habría alguna mujer que aceptara marido si conociera los dolores del parto y los trabajos del hogar, o solamente si reflexionara sobre ellos? Por tanto, si debéis la vida al matrimonio, éste es a su vez resultado de la Irreflexión, mi compañera; en conclusión, me sois deudores. La mujer que ha sufrido la primera prueba no se aventuraría a una segunda si la diosa del Olvido, nuestra amiga, no interviniera en el asunto. A pesar de lo que ha dicho Lucrecio, la misma Venus no tendría poder ni fuerza sin mi auxilio.

Tenéis que reconocer que de este extravagante juego que he inventado proceden los orgullosos filósofos y sus sucesores actuales, que habitualmente llamamos monjes; este mismo origen traen las reales majestades, los sagrados sacerdotes, los tres veces santos pontífices y también los semidioses, cuya muchedumbre es tal que el Olimpo, a pesar de ser tan grande, no puede albergar a todos.

Aun así, no es suficiente haber probado que yo sola fecundo los manantiales de la vida; no habré logrado nada si no demuestro que todas las dichas que gozáis se deben a mi liberalidad.

¿Cómo sería la vida si elimináramos el placer? Veo que me aplaudís; ya sabía que ninguno entre vosotros era lo bastante cuerdo, o me-

jor, lo bastante loco —¡vaya, me equivocó!—, quiero decir, lo bastante cuerdo para no compartir mi opinión. Vuestros mismos estoicos no lo desdeñan, aunque lo disimulen con cuidado. En público jamás dejan de injuriarlo; pero en esto no hay más que una hábil maniobra para alejar a los demás del pastel, para que así les corresponda un mayor bocado. ¿Se atreverían estos hipócritas a afirmar que habría un solo día que no fuera triste, aburrido, insípido, lleno de enojos y disgustos a menos que el placer, o sea la locura, no concurriera a ponerle su granito de sal? Sófocles, que nunca ha sido suficientemente ensalzado, nos presta testimonio bastante para probar esta hipótesis. ¿No es él quien resumió en un verso mi más completa alabanza? En algún lugar dijo: “Únicamente la falta de sabiduría hace placentera la vida”. Pero no es suficiente afirmar una cosa; debemos probarla.

ÍNTIMA RELACIÓN DE LA INFANCIA Y DE LA VEJEZ CON LA LOCURA

¿Acaso alguien niega que la infancia es la más feliz y amable de todas las edades? Nada es más besada, mimada, acariciada y cuidada con más esmero que la primera edad de la vida; es capaz de enternecer hasta el corazón de un enemigo. ¿Queréis decirme, si os place, de dónde viene este encanto, sino de esa aureola de locura con que la prudente Naturaleza adornó las sienes de los recién nacidos, con el fin de retribuir con placer los sacrificios de quienes los cuidan y conquistar con su amabilidad la protección que necesitan?

Luego de la infancia llega la juventud. ¡Cuán bien vista es por todos! ¡Cuán es agasajada! ¡Con qué interés se le ayuda y se le tienden manos auxiliadoras! Y yo pregunto: ¿de dónde procede este encanto sino de mí que, privándola de la razón, la libro a la vez de toda preocupación? Podría llamármeme embustera si no agregara que en cuanto avanza la edad, la experiencia del mundo y algunas convenciones confundidas entre los hombres con la sabiduría hacen que su belleza se desvanezca, se acabe su alegría, se esfume su elegancia y crezca en vigor. Al mismo tiempo que los humanos se apartan de mí, la vida se aleja de ellos y muy pronto caen en la refunfuñadora vejez, época molesta para sí misma y para los demás.

Sería insoportable esta edad para los hilos de Adán si aún allí no fuera yo en su socorro. Los dioses de los antiguos poemas auxiliaban a sus protegidos metamorfoseándolos, como hicieron convirtiendo a Faetón en cisne y a Alción en ave. Así yo, en lo que puedo, regreso a la

infancia al anciano que ya se está inclinando a la sepultura. Por esto suele decirse que la vejez es una segunda infancia.

Si queréis saber cómo efectúo este rejuvenecimiento, no lo he de mantener en el misterio. Oíd: llevo a los ancianos a las Islas Afortunadas, donde se inicia mi río Leteo —pues el Infierno sólo posee un pequeño brazo— y en sus márgenes les hago beber a grandes sorbos el agua del olvido, que disipa todas sus preocupaciones y les concede una nueva infancia. Se me objetará que luego de esta operación divagan y chochean. ¡Por Hércules! Lo sé perfectamente. Pero, ¿no es desvariar y chocheo característico de los niños? ¿Y no es la locura su principal ornamento, según ya lo hemos probado? Cuando la sabiduría de la edad madura se injerta en la infancia, produce monstruos. Tal es la razón del refrán: “No me gusta el niño que parece un sabio”.

No conozco nada más aburrido que la compañía de un viejo que, además de su experiencia de la vida, ha mantenido la fuerza de su inteligencia y la claridad de su razonamiento. De esta unión se deriva forzosamente una crítica incesante y rígida. Por lo tanto, el chocheo del anciano es uno de los beneficios que concedo. Además, con esto le pongo a salvo de los tormentos que ni el mismo sabio puede evitar, sin negarle por ello que frecuente el consuelo de la diosa botella. Entonces, libre ya de las penas que debe sufrir la edad más vigorosa, el anciano en ocasiones vuelve a deletrear el verbo amar, como el vejete de quien habla Plauto. ¡Cuán afortunado es de no hallarse en sus cabales!

En conclusión, sólo gracias a mí se ve la vejez libre de disgustos, es grata para los amigos y es bien acogida en las fiestas. Puede verse esto en Homero: los labios de Aquiles sólo destilan hiel, mientras que de la boca de Néstor surgen discursos más dulces que la miel, y los ancianos guerreros sentados en la puerta de Scea se dedican a sosegadas y amenas conversaciones. Vista de esta manera, la ancianidad es preferible a la infancia, edad dichosa pero carente de esas charlas interminables que tanto encanto añaden a la vida.

Es bueno observar que los viejos aman con entusiasmo a los niños y éstos a los viejos, indudablemente porque, como dice el poeta “los dioses se complacen en aproximar a quienes son semejantes”. Solamente existe una diferencia entre estos dos extremos: que el anciano muestra más años y arrugas. En lo demás, todo entre ellos es idéntico: cabellos sin color, boca desdentada, corta estatura, gran afición a la leche, balbuceo, simpleza, charlatanería, superficialidad, debilidad de la memoria y carencia de atención. Cuanto más se acer-

ca el hombre a su fin, mayor es el parecido; así, el viejo se va de este mundo como si fuese niño, sin sentir la vida ni temer a la muerte.

LOS BENEFICIOS DE LA LOCURA SON SUPERIORES A LOS DE LOS DIOS

Aclarado esto, compárense mis dones con las metamorfosis de los demás dioses. Sin referirme a las pesadas bromas que esos inmortales hacen a sus protegidos cuando se encolerizan, mirad tan sólo en que consisten sus presentes: los más bondadosos se han limitado a convertir a sus protegidos en árboles, pájaros, cigarras y hasta serpientes. ¿No es acaso una especie de muerte el dejar de ser lo que somos?

Observad, en cambio, lo que yo hago: devuelvo a los mortales al periodo mejor y más placentero de su existencia. En verdad os digo que si los hombres renegaran por completo de la sabiduría y dejaran sus vidas a mi dirección, no envejecerían y su dicha y juventud permanecerían tanto como ellos mismos vivieran.

Ved esos pálidos rostros, abismados en el estudio de la filosofía, entre difíciles y profundas cuestiones. Aun siendo jóvenes, ya se asemejan a ancianos; el perenne trabajo y la tensión del cerebro han agotado en ellos la savia de la vida. Fijaos, en cambio, en mis amados locos: obesos, rebosantes de salud, como reales cerdos acarnienses. Desde luego, están libres de las molestias de la vejez, a menos que, como sucede frecuentemente, atrapen la fiebre de la sabiduría. ¡Cierto es que la absoluta felicidad es imposible para el hombre! Citaré en mi apoyo el dicho popular que dice: “La locura es la única cosa que mantiene la juventud y atrasa la venida de la muerte”.

Únicamente los brabanzones, hasta donde yo conozco, han puesto en práctica esta máxima. A la inversa de otros pueblos, estos buenos amigos no adquieren seriedad con los años, sino que se despiertan cada mañana un poco más locos que el día anterior. Es sabido que no existe otra nación que disfrute más la vida ni que tema menos a la vejez, pues todo lo toman a broma. Mis holandeses se les parecen, tanto por su situación geográfica como por su estilo de vida; y digo mis holandeses porque me rinden un culto tan constante que hasta les ha valido un apodo. Digamos en su defensa que, lejos de avergonzarse, lo estiman como su más notable título de gloria.

¡Id ahora, necios mortales, a pedir a las Medeas, Circes, a Venus y Auroras y a no sé qué fuente, una segunda juventud! ¿Es que no entendéis que solamente yo puedo concederla, como efectivamente lo

hago? Yo poseo ese filtro mágico con cuyo auxilio la hija de Memnón alargó los días de su abuelo Tifón; yo soy la Venus que restituyó a Faón los bellos dones juveniles que tanto inflamaron a la ardiente Safo. Son mis hierbas —si de ellas se trata—, mis conjuros y mi prodigiosa fuente los que no solamente devuelven la perdida juventud, sino que también la mantienen inalterable. Si concordáis conmigo en que nada hay más deseable que la infancia ni más odioso que la vejez, debéis convenir que a nadie más que a mí podéis estar agradecidos, ya que os concedo un bien tan valioso y os libro de un mal detestable. Pero ahora, dejando a los hombres, digamos también algo sobre los pobladores de los cielos. Os autorizo a que mi nombre sea injuriado si se halla uno solo entre los dioses que pueda ser tomado en serio sin mi auxilio. ¿Habéis reparado en que Baco aparece siempre con la cabellera alborotada? Pues eso se debe a que se halla siempre beodo, a que sale de un banquete para ir a un festín y gusta de las danzas, las canciones y las fiestas. Para nada se acuerda de Palas, desdeña el título de sabio y no quiere ser honrado más que con juegos y farsas. No solamente no le desagrada, sino que le place ser tenido por bufón, justificando el proverbio griego que dice que es más loco que una estatua manchada de excrementos, aludiendo a la costumbre de los vendimiadores de embadurnar en sus fiestas la imagen de este dios que se halla frente a su templo con higos y vino dulce. La comedia antigua se ensañó con él. “¡Oh —decía— qué estúpido es este dios, digno de haber nacido del muslo de Júpiter!” Sin embargo, ¿quién no preferiría ser llamado estúpido y sucio con tal de vivir eternamente joven, rodeado de risas y deleites, cubierto de flores, antes que estar siempre con el aire amenazador de Júpiter, cubierto de hollín como el cornudo vulcano, o como Minerva, mirando perpetuamente de reojo, con la infaltable lanza y el infaltable escudo en el brazo?

¿Y qué me decís de Cupido? ¿Cuál creéis que sea la causa de su eterna juventud? Pues, simplemente, a que es amigo de las bromas y no piensa y hace otra cosa que necedades. ¿Y por qué Venus, la de los cabellos de oro, es inmutablemente bella? ¿A qué suponéis que se deba? Pues porque tiene conmigo cierta afinidad, como lo prueba su color, que también es característico de mi padre, Pluto. De ahí proviene el nombre de “áurea Venus”, que le dio Homero. Además, si hemos de creer a los poetas y escultores, jamás deja de sonreír. ¿Y no fue Flora, la madre de todos los placeres, la diosa más venerada por los romanos? Además, si leemos con atención a Homero veremos que hasta los dioses de más severa apariencia iban a postrarse frecuentemente ante el altar de la locura. ¿Es preciso recordar los amores y aventuras de

Júpiter Tonante? ¿O es necesario mencionar a la casta Diana que, olvidando la modestia de su sexo, no cazaba en los bosques más que al guapo Endimión, por cuyo amor desfallecía? Y paso en silencio todas las picardías que Momo contaba de los dioses, quienes, molestos al verse descubiertos, lo arrojaron a la tierra. En su exilio, ningún mortal le da hospitalidad, y mucho menos los reyes. Éstos, en sus palacios, comparten su trono con la Adulación, mi compañera, que tiene por Momo la misma simpatía que siente el lobo por el cordero. Los dioses, libres ya del inoportuno censor, se solazaron cien veces más y vivieron como les vino en gana, como cuenta Homero. ¡Cuánto contento en el harapiento Príapo! ¡Cuánta habilidad en las raterías y trampas de Mercurio! ¿No es Vulcano, el bufón de los festines, el que provoca las carcajadas de los divinos glotones con su andar cojitranco, sus retruécanos, majaderías y errores? ¿No es Sileno, el viejo libidinoso, el que baila con el torpe Polifemo mientras las ninfas apenas tocan la tierra al trazar, tomadas de la mano, el *gimnopodion*? Los peludos sátiros representan escenas impúdicas; Pan, con sus imbéciles cantos, hace reír a todos, pues los dioses lo prefieren a las mismas musas cuando la ambrosía se les ha subido a la cabeza. ¿Diré ahora lo que hacen los inmortales cuando han bebido en exceso y cometen torpezas, andando a los tumbos? Pero es mejor callar, como Harpócrates; no sea que algún dios artero nos oiga y nos aplique el mismo castigo que sufrió Momo.

SUPREMACÍA DE LA LOCURA SOBRE LA RAZÓN

Y tal como acostumbra decir Homero, ya es tiempo de dejar las etéreas mansiones y regresar a la tierra, para que os muestre que en ella tampoco ocurre nada grato ni placentero sin mi auxilio. Comencemos observando cómo la previsora Naturaleza ha cuidado de que a nada le falte su toque de locura. Acepto, si así se desea, lo que afirman los estoicos cuando dicen que la sabiduría no es otra cosa que seguir los consejos de la razón; y la locura por el contrario, en obedecer a las pasiones. Pero, ¿acaso Júpiter, para alegrar nuestra vida, no nos ha dado la razón en cantidades insignificantes respecto a las pasiones? Los dioses relegaron la razón a un escondido e insignificante rincón de la cabeza, mientras que repartieron las pasiones por todo el cuerpo. Además, se oponen a la razón dos tremendos enemigos: la ira, que tiene su guarida en el corazón, centro vital de la vida, y la lujuria, que impera en la región abdominal. ¿Qué puede hacer la razón frente a

estas dos fuerzas reunidas? La conducta habitual de los hombres demuestra que inútilmente grita hasta quedarse sin voz, señalando el camino recto. Sus súbditos se sublevan contra esta pretendida reina y la hacen callar gritando todavía más fuerte, hasta que, hastiada, cede y afloja la rienda a todos los descarrios.

LA MUJER, ENCARNACIÓN DE LA LOCURA

No obstante, como el hombre está destinado a manejar y gobernar las cosas de la tierra, era preciso que tuviese al menos una onza de razón. Júpiter, vacilante, me pidió consejo según su antiguo hábito. Mi respuesta fue digna de mí: le aconsejé que diera una compañera al hombre.

La mujer es un animal incapaz y loco como ninguno, pero a la vez cariñoso y servicial; de manera que su compañía en el hogar atempera y endulza la austeridad de la condición varonil. Cuando Platón se mostraba vacilante acerca de si incluir o no a la mujer en el grupo de los animales racionales, no tenía otro propósito que el de demostrar la locura insigne de este sexo.

Cuando alguna mujer quiere pasar por inteligente, solamente pone en evidencia su locura. Es como si se soltara un buey en los serenos dominios de Minerva. Cualquiera que haciendo violencia a su propia naturaleza pretende cubrirse con apariencias de virtud y talento, no hace más que poner en evidencia sus defectos. Dice un proverbio griego: "Aunque la mona se vista de seda, mona se queda". La mujer es mujer, es decir loca, sea cual sea el disfraz que adopte.

No obstante, no creo que las mujeres sean tan locas como para enfadarse conmigo por el hecho de que les descubro este defecto, ya que también yo soy mujer y además la mejor de todas ellas, pues soy la Locura. Pensándolo bien, no solamente no tienen por qué agraviarse, sino que deben estarme agradecidas. Su locura, precisamente, las hace más felices que los hombres.

En primer lugar, poseen el privilegio de la belleza, que las pone por encima de los hombres y les permite incluso tiranizar a los mismos tiranos. Es indiscutible que es la razón lo que al hombre da su aspecto tosco, con la piel cubierta de vello y barba poblada que lo hacen parecer viejo aun siendo joven. La mujer, en cambio, pone todos sus afanes en parecer siempre joven; su voz es delicada, sus mejillas lampiñas y su tez siempre suave. La ambición de su vida es agradar al hombre; por ello se acicala, se cubre de afeites, se perfuma, se pinta,

se viste y usa todos los artificios posibles para componer el rostro y los ojos. Por otra parte, el hombre se lo tolera todo, llevado de la lujuria. Y, ¿acaso no es locura la lujuria? Nadie que haya visto las tonterías que dice y hace un hombre enamorado podrá contradecirme.

IMPORTANCIA DE LA LOCURA EN LOS BANQUETES

Os he hablado del manantial de las satisfacciones y placeres de esta vida. Con todo, hay personas, sobre todo entre los viejos, que prefieren la botella a la mujer y encuentran la dicha en el fondo de un vaso.

Han discutido algunos autores sobre si es conveniente o no la presencia de mujeres en los festines; por mi parte afirmo que cualquier banquete sería insípido sin la presencia de la locura. Si no lo creéis, basta con ver que cuando entre los invitados no hay ninguno apto para alegrar a los demás con una locura natural o artificial, se paga a un bufón o se trae a un ridículo parásito para que ahuyente la melancolía y el tedio con sus piruetas y tonterías, es decir, con su locura.

En verdad, la fiesta no sería completa si, concediendo al estómago rellenarse de exquisitos bocados y golosinas, no se diese al oído y el alma la satisfacción de recrearse. Por esta causa, soy siempre la encargada de que haya carcajadas, burlas y juegos.

Los siete sabios de Grecia no habrían sido capaces de cumplir esta función. Yo soy quien ha inventado el echar a suertes para elegir al rey del festín, jugar a los dados, repartir ramas de mirto, brindar, cantar en coro, bailar la ronda tomados de la mano y todas las cosas que dan al acto de comer un atractivo menos material. De esta forma, el más necio llega a ser el más feliz, pues es cierto que la tristeza es un anticipo de la muerte y conviene huir de ella y dejarnos llevar por el placer, que hace más amable la existencia.

LA LOCURA ES LA BASE UNITIVA DE LA AMISTAD

Todos conocemos personas que, despreciando los deleites de la mesa, se entregan con delicia a los que depara el trato con los amigos. Si les creemos, la amistad es la cosa más importante de la vida, tan necesaria como el aire, el agua y el fuego. Privarlos de ella es quitarles la luz del sol.

La amistad es cosa tan prestigiosa que hasta los mismos filósofos la tienen por uno de los mayores bienes.

Pues bien: puedo probar que soy el principio y el fin de ese beneficio tan celebrado. Lo haré lisa y llanamente, sin argumentos capciosos, sin mistificaciones ridículas ni sofismas dialécticos; me será suficiente la ayuda de las musas.

Vamos a ver: cerrar los ojos a los defectos de los amigos, creer en sus sentimientos, elogiar sus vicios como si fuesen virtudes, ¿no es algo propio de la locura? El enamorado que besa con pasión la verruga de su amada, el que respira con arrobamiento el fétido aliento de su amiga, el padre que cree que su hijo tiene los ojos más bellos del mundo cuando es evidente que padece un horrible estrabismo, ¿no son otros tantos claros ejemplos? No lo neguéis: es verdadera locura. Pues ella es la que forma y consolida los lazos de la amistad. Me refiero a los simples mortales, ninguno de los cuales nace sin su dosis de defectos, y el que tiene menos es considerado el mejor.

Por lo que se refiere a los semidioses de la filosofía, o no cultivan la amistad o la convierten en insípida e insoportable para las escasas personas que admiten como amigos. La razón es muy simple: la mayoría de los hombres carece de sentido común y no cesa de cometer tonterías. Como la amistad no puede nacer sino entre espíritus similares, aunque una gran casualidad atraiga a dos de estos severos personajes su relación no podrá ser más que superficial y transitoria, pues son hombres tan clarividentes para distinguir los defectos de los demás como el águila o la serpiente de Epidauró, que descubrían desde lejos a sus presas con su penetrante mirada.

Por el contrario, ¡qué ceguera sufren para sus propias faltas! Ven la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio.

Ahora bien, dado que los hombres son tales que ni el de más clara inteligencia se halla libre de defectos, y como es tan grande la variedad de caracteres y educación y la existencia está llena de tantos peligros, errores y caídas, ¿cómo podrían disfrutar estos Argos de sólo una hora de las dulzuras de la amistad si ésta no fuera alimentada por lo que los griegos llamaban *Stultitia*? Traducidla como gustéis: por estupidez o, si amáis la suavidad, por ingenuidad.

No hay por qué asombrarse. ¿No es acaso Cupido el origen de toda relación? ¿Y no goza este dios de una especial ceguera que le hace tomar por hermoso lo feo? Él ha otorgado este mismo privilegio a cada uno de sus seguidores, de modo que el objeto de sus sentimientos les parece siempre bello; así, el anciano ama a la anciana con la misma pasión que el joven anhela a la doncella. En todas partes el mundo lo encuentra ridículo; pero lo cierto es que hace más grata la vida y que sobre esto descansan los fundamentos de la sociedad.

LA LOCURA ES LA CONCILIADORA DEL MATRIMONIO

Cuanto acabo de decir es aplicable con mayor razón al matrimonio, el cual no es otra cosa que la unión de dos vidas en una. ¡Oh, dioses inmortales! ¡Cuántos divorcios y aun peores cosas caerían sobre los hogares si no acudieran diariamente en su auxilio mis excelentes auxiliares, la adulación, el disimulo, la broma, la indulgencia y otros de mi cortejo! ¡Cuántas bodas se desharían si los novios actuaran con prudencia y se informaran del pasado de sus prometidas, tan pudorosas, tan tímidas y delicadas en apariencia! ¡Qué de separaciones habría si la necedad de los maridos no ocultara los hechos y gestos de sus esposas!

Podrá decirseme que todo esto es fruto de la locura. Estoy de acuerdo; pero no es menos cierto que sin ella la esposa no soportaría a su marido ni el marido a su esposa, y en la casa la tranquilidad sería imposible. Todos se burlan del infeliz que se ablanda ante las lágrimas de la adúltera y le llaman cornudo y otras cosas peores aún. Pero, ¿no es preferible engañarse de esta manera que entregarse a los celos y tomar trágicamente las cosas más insignificantes?

LA LOCURA, VÍNCULO DE TODA SOCIEDAD HUMANA

En conclusión, sin mí no es posible ninguna relación humana, y menos todavía los vínculos sólidos y amables; sin mí, prontamente se hartaría el súbdito de su príncipe, el criado del amo, el estudiante del maestro, el amigo de su amigo, el marido de su mujer, el huésped del casero y el invitado de su anfitrión. Es, pues, necesario que todos se engañen, se adulen y se sonrían hipócritamente; en una palabra, que se unten mutuamente la miel de la locura. Y esto no tiene nada de extraordinario; ahora, si escucháis, oiréis cosas aún más extrañas.

PAPEL QUE DESEMPEÑA EL AMOR PROPIO, HERMANO DE LA LOCURA

¿Puede acaso amar a alguien quien se aborrece a sí mismo? ¿Puede concordar con los demás quien ni consigo mismo está de acuerdo? El que está muerto de aburrimiento, ¿alegrará a los demás? Más loco sería que la misma Locura quien sostuviera estas tesis. Pues bien:

si se me expulsara del mundo, no sólo seríais incapaces de tolerar a vuestros vecinos, sino que cada cual se aborrecería a sí mismo y consideraría detestable su suerte.

La Naturaleza, que frecuentemente es más madrastra que madre, ha dispuesto de tal forma el espíritu de los mortales, sobre todo el de los menos cuerdos, que los incita a despreciar lo propio y envidiar lo ajeno. De esto resulta que se alteran o anulan los atractivos y encantos de la vida. Por ejemplo, la belleza, el don máspreciado que conceden los dioses, ¿de qué serviría si quien la posee no es el primero en gozar de ella? ¿Para qué serviría la juventud si estuviera acompañada del humor avinagrado de la vejez? No olvidéis que la belleza es el alma del arte y, además, la base de la mayoría de nuestras acciones, tanto las que tienen relación con los demás como con nosotros mismos. El hombre no podría crear nada bello si no lo inspirara Filautia —o sea el amor propio— que se sienta a mi derecha y que, más que mi hermana, es mi *alter ego*, pues es capaz de suplirme en cientos de ocasiones.

No hay nada más loco que admirarse a sí mismo. Sin embargo, ¿qué cosa bella, amable o agradable podría hacer un hombre descontento de sí mismo? Sin este estímulo, el orador no entusiasma, el músico no encanta los oídos, el actor se equivoca en su parlamento y no obtiene más que silbidos, el poeta y su musa resultan ridículos, el pintor es objeto de la burla del conocedor y el médico se muere de hambre en medio de sus recetas. Sin el amor propio, el hermoso Nireo sería tan horrible como Tersites, el rejuvenecido Faón se vería tan achacoso como el anciano Néstor, Minerva sería velluda y obesa, el ingenioso se convertiría en necio, el conversador grato en pesado y el elegante en patán. ¡Tan cierto es que cada cual debe halagarse y aprobarse a sí mismo, antes que esperar que los otros lo hagan!

Finalmente, como la principal condición de la felicidad consiste en que cada quien esté satisfecho de sí, el amor propio facilita esta necesidad haciendo que todo el mundo esté contento de su talento, sus facciones, nacimiento, condición social y patria. Así, jamás un irlandés aceptaría cambiarse por un italiano, un ateniense por un tracio ni un escita por un habitante de las Islas Afortunadas. ¡Maravillosa previsión de la Naturaleza, que ha sabido crear una igualdad perfecta entre tanta variedad de cosas! Cuando niega a algún mortal un don, le concede en cambio un grado más de amor propio. Mas, ¿para qué insistir en una locura diciendo que ella le niega un don, cuando le concede el amor propio, que a todos los contiene?

LA LOCURA ES LA CAUSA DE LA GUERRA

Sin embargo, quiero ir aún más allá. Deseo demostrar que no existe ninguna acción brillante que yo no inspire ni artes y ciencias que no sean de mi invención. La guerra, como es bien sabido, es el origen de los hechos más memorables de la humanidad. Y no obstante, ¿hay mayor locura que ensalzarse en una lucha terrible cuyas causas se ignoran y que inevitablemente traen más pérdidas que ganancias para ambos contendientes? Los que mueren en el campo de batalla son, como en otro tiempo se decía, similares a los habitantes de Megara: incontables. Cuando dos ejércitos se enfrentan y resuenan el clarín y las trompetas, ¿de qué sirven esos filósofos consumidos por el estudio y que apenas alcanzan a sostenerse sobre sus pies? Lo que entonces se requiere son hombres jóvenes, robustos y bien alimentados, con más valor que ingenio; al menos que se deseen guerreros al estilo de Demóstenes quien, siguiendo el consejo de Arquíloco, en cuanto vio avanzar al enemigo arrojó su escudo y echó a correr, mostrando entonces ser tan mal soldado como buen orador fue posteriormente.

Se me dirá que la inteligencia también es de gran utilidad en la guerra. Mas lo cierto es que quien lo necesita es el general, y aun así requiere más talento militar que filosófico. Fuera de él, los parásitos, proxenetas, ladrones, asesinos, imbeciles y, en fin, la escoria de la sociedad, son quienes pueden recoger los laureles que jamás podrán cortar los filósofos, por mucha que sea su sabiduría.

INUTILIDAD DE LOS SABIOS PARA LAS TAREAS DE LA VIDA

Voy a citar un ejemplo ilustre de la inutilidad de los filósofos para la vida cotidiana mencionando a Sócrates, quien según el poco acertado oráculo de Apolo era el hombre más sabio de la humanidad. En una ocasión que este filósofo pretendió defender públicamente un pleito, tuvo que irse a buen paso entre las burlas de los presentes.

Sin embargo, he de reconocer que no era tan loco cuando rehusaba el título de sabio que, según él, sólo a Dios podía dársele. Además, recomendaba a los filósofos que se mantuvieran alejados de los asuntos políticos, aunque mejor aún hubiera sido que aclarara que para intervenir en ellos es inútil toda sabiduría. ¿Acaso no fue un exceso de sabiduría lo que finalmente le llevó a tener que beber la cicuta? Si en lugar de medir los saltos de las pulgas, mirar las nubes y seguir

el vuelo de las moscas hubiera pensado en las realidades de la vida, mucho mejor le hubiera ido.

Platón, su discípulo, es otro ejemplo de la inutilidad de los sabios. Cuando quiso defender a su maestro lo atolondró el rumor del populacho y tuvo que retirarse con la cabeza gacha, sin poder pasar de las frases preliminares. ¿Y qué podríamos decir de Teofrasto, que se adelantó un día en una asamblea para tomar la palabra y se quedó mudo y quieto, como si se viera frente a un lobo? ¿Hubiera sido apto para animar a los soldados en el campo de batalla? Isócrates compuso hermosos discursos, pero era tan tímido que jamás se atrevió a pronunciarlos. Cicerón, padre de la elocuencia latina, temblaba y tartamudeaba al dar comienzo a sus maravillosos discursos. Ciertamente es que Flavio Quintiliano considera esta timidez como la muestra de que el gran tribuno se daba cuenta del peligro del momento y la trascendencia de su actitud; pero precisamente éste es el más claro reconocimiento de que la sabiduría es un obstáculo para hacer bien las cosas. ¿Qué habría sido de estos filósofos si en lugar de esgrimir la lengua, lo cual les helaba de terror, hubieran tenido que esgrimir la espada?

A pesar de esto, continúa repitiéndose la famosa máxima de Platón: “¡Cuán dichosos serían los pueblos si los filósofos fueran reyes o si los reyes fueran filósofos!” Preguntad a la historia y fácil será ver que ninguna nación fue feliz cuando la gobernó un escritor o un filósofo. Ahí está el caso de los Catones; uno trastornó a la República con sus acusaciones extemporáneas y el otro apresuró la pérdida de la libertad de Roma, por defenderla con demasiada sabiduría. Agregad a éstos los Brutos, los Casios, los Gracos y el mismo Cicerón, que resultó tan funesto para su patria como Demóstenes lo fue para Atenas.

Acepto por un momento que Antonio fuese un buen emperador, aunque podría dudarle porque su sabiduría lo hizo insoportable y odioso de los ciudadanos. Pero aun teniendo por bueno su reino, no puede compensar los males que generó dejando un hijo como Cómodo. Esto no tiene nada de extraño; si todos los filósofos fracasan en las cosas del mundo, lógico es que fracasen aún más cuando se trata de la procreación. Es oportuno decir que en esto la Naturaleza mostró su prudencia, impidiendo de tal forma que la lepra de la sabiduría invadiera a la humanidad. Cicerón tenía un hijo totalmente degenerado y los descendientes del sabio Sócrates se asemejaban más a Xantipa, su madre, que a él; o lo que es lo mismo, eran medianamente locos, según lo ha revelado un escritor.

Acaso pudiera permitirse a los filósofos el desempeño de las funciones públicas, aunque lo hicieran como el asno que tocó la flauta, siempre que al menos sirvieran para algo en las demás cosas de la vida. Pero invitad a un filósofo a un banquete y veréis que con su silencio, su tristeza y sus inoportunas preguntas no tarda en aguar la fiesta; hacedle danzar, y lo hará con la gracia de un camello. Si lo gráis conducirlo a un espectáculo, su solo aspecto helará los placeres y hasta podrá ocurrirle como al austero Catón, a quien se le pidió que abandonara el teatro. Ni siquiera una hora puede abandonar su aire grave y severo; si llega adonde hay varias personas hablando, es un lobo en un redil, y ya no hay quien se atreva a soltar palabra alguna. Se trata de comprar o vender algo, de realizar cualquiera de las múltiples operaciones vulgares de la vida cotidiana y nuestro filósofo más bien parece un tronco que un hombre. En fin, que es totalmente inútil para sí, para los suyos y para el país, pues para todo es inhábil y desconoce los hábitos y opiniones del vulgo.

Es comprensible que tal diferencia de conducta y de sentimientos acaben por hacerle odioso para todo el mundo. Porque no debe olvidarse que todo lo que en la tierra se hace es cosa de locos y para locos, y quien desee apartarse de la corriente debe seguir el ejemplo del misántropo Timón y retirarse a un desierto para gozar de toda su sabiduría y de la paz de la Naturaleza.

IMPORTANCIA POLÍTICA DE LA LOCURA

Volvamos al tema. ¿Qué fuerza pudo reunir en las ciudades a la especie humana, cuando aún era salvaje, cruel e ignorante? ¿Acaso no fue la adulación, tan criticada por los sabios? Este es el verídico sentido de los mitos de la lira de Anfión y de Orfeo. Cuando la plebe de Roma se aprontaba para adoptar las medidas más radicales, ¿cómo fue reducida a la tranquilidad? ¿Mediante una exhortación filosófica? ¡Ni pensarlo! Para esto fue suficiente una fábula infantil y ridícula, en que se hablaba de los miembros y el vientre; Temístocles logró el mismo efecto con una parábola sobre el zorro y el erizo. Toda la elocuencia filosófica habría fracasado donde Sertorio obtuvo un triunfo con el cuento de la cierva y los perros, ya empleado en un caso similar por Licurgo, y hasta con la famosa manera de arrancar las crines a las colas de los caballos. Todo esto sin olvidar a Minos y a Numa, que gobernaron fácilmente a la necia multitud mediante patrañas. Todo

este género de tonterías es suficiente para conmovier a esa grande y fuerte bestia que llamamos pueblo.

¿Hay acaso algún pueblo que haya adoptado para su gobierno las leyes de Platón, de Aristóteles o las máximas de Sócrates? ¿Qué llevó a los Decios, padre e hijo, a sacrificarse voluntariamente por su patria? ¿Qué impulsó a Curcio a lanzarse al abismo? Sólo la vanagloria, esa encantadora sirena que tanto injurian nuestros filósofos. Si los escucháis, os dirán que no existe nada más loco que adular al pueblo para obtener sus votos y nada más censurable que comprar sus favores con prodigalidades, que es peligroso regocijarse con sus aplausos o dejarse admirar como una estatua colocada en la plaza pública. Los nombres, los sobrenombres y honores divinos adjudicados a tiranos y tontos que apenas merecen el calificativo de hombres, ¿no son una locura tan increíble que no es bastante un Demócrito para reírse de ellas? Y sin embargo, este es precisamente el origen de esos hechos memorables, exaltados hasta las nubes por los poetas y oradores. Esta locura es la que levanta las ciudades, es la base de los imperios y engendra la religión, las leyes, las asambleas y los tribunales. La vida entera de los hombres y las naciones no es más que un juego de locos.

Es oportuno ahora decir unas palabras respecto a las artes y las ciencias. ¿Quién estimula el ingenio de los hombres para que busquen y leguen a la posteridad tantos descubrimientos magníficos, si hemos de creer a sus autores? ¿No es acaso el afán de gloria? Pues no faltan los necios que creen que sus vigilias y trabajos están muy bien pagados con la fama, que es la cosa más vacía y quimérica que hay en la tierra. ¡La fama! ... La locura propia y ajena son, en realidad, las que proporcionan a la vida sus ventajas y satisfacciones.

LA VERDADERA PRUDENCIA SE DEBE A LA LOCURA

Y ahora que ya he demostrado que a mí corresponde la palma de la gloria de las artes y ciencias, no os extrañaréis si me apropio asimismo de la prudencia. No faltara quien piense que esto es tan disparatado como querer mezclar el agua y el fuego. No obstante, espero probar que no se trata de ninguna falsa pretensión.

En primer lugar, si es cierto que la prudencia consiste en el uso razonable que se hace de las cosas, ¿quién merece con más justicia que se le tenga por prudente? ¿El sabio, que por timidez o modestia no se atreve a hacer nada importante, o el loco que jamás se detiene ni por modestia, que no tiene, ni por el peligro, en que no piensa? El sabio,

metido hasta el cuello entre sus libros antiguos, no entiende más que de vanas sutilezas, mientras el loco se lanza al torbellino de la vida y obtiene beneficios y progresos. Homero, aunque ciego, vio claramente cuando dijo que “El necio se instruye a su costa”.

Para llegar a poseer la verdadera prudencia existen dos obstáculos: la timidez, que nubla las ideas, y el temor, que al agrandar los peligros ahuyenta las grandes acciones. La locura es el mejor medio para vencerlos.

Por desgracia, pocos son los hombres que comprenden las ventajas de no atemorizarse y atreverse a todo. Quienes crean que es preferible a esto la prudencia, que consiste en buscar mediante la reflexión el valor lógico de las cosas, les ruego me escuchen y les mostraré cuán alejados están de la realidad.

Al igual que los Silenos de Alcibíades, todas las cosas humanas tienen dos caras que no se parecen en absoluto. Frecuentemente aquello que juzgado por su exterior, se habría creído muerto, por dentro rebosa de vida.

Los mortales tomamos lo hermoso por lo feo, la miseria por la opulencia, lo glorioso por lo infame, lo alegre por lo triste, lo fuerte por lo débil y la ignorancia por la ciencia. En fin, que las caras de los Silenos nos engañan.

Pero me parece que estoy hablando con demasiada filosofía; así que trataré de explicarme lisa y llanamente, para ser comprendida más fácilmente.

A juicio vuestro, ¿qué es un rey? Un hombre poderoso y opulento, ¿no es así? Pero si tiene un alma miserable, si no está satisfecho con lo que posee, ¿no es muy pobre en realidad? Y si es dominado por sus pasiones, ¿acaso no es un esclavo? Podría multiplicar los ejemplos, pero basta con éste.

Y, ¿a qué viene todo esto? Váis a verlo de inmediato.

Si a algún actor, estando en escena, se le ocurriese quitarse la máscara para mostrar a los espectadores sus verdaderas facciones, ¿no estropearía la obra y merecería ser expulsado del teatro? En un momento todo cambiaría de aspecto: se vería que el que aparentaba ser mujer era en realidad un hombre, el joven un anciano, el que fingía ser rey, un conocido malviviente y bajo la figura de Dios aparecería un pobre diablo. Destruída la ilusión, quedaría también destruido el interés de la obra, ya que aquélla era la que mantenía la atención del público.

Pues bien, ¿qué es la vida sino una farsa en la que oculto detrás de una máscara, cada cual representa su papel hasta que el director les

ordena retirarse del escenario? Con frecuencia ocurre en la vida algo similar a lo que acaece en el teatro: el director dispone que un individuo actúe distintos papeles, y el que acabamos de ver vestido con la púrpura del rey retorna un instante después con los harapos de un esclavo. En el teatro del mundo, esta es la comedia que diariamente se representa.

Imaginémonos ahora que un sabio bajado del cielo se presenta de pronto ante nuestro teatro y exclama: “Este ser a quienes todos rinden veneración como a su rey y dios, no es ni aun un hombre, pues se deja gobernar por sus pasiones; es un esclavo de la peor especie, pues voluntariamente se deja llevar por sus instintos. Aquel otro que llora la muerte de su padre, en realidad debería alegrarse, puesto que la vida es la imagen de la muerte y el difunto empieza ahora a vivir verdaderamente. Aquél de más allá, que tan orgulloso se muestra de sus antepasados, es en realidad un bastardo, pues carece de la virtud, sin la cual no es posible que exista verdadera nobleza”. Si el sabio que imaginamos aplicara el mismo espíritu crítico a todos, ¿no se le tomaría por un loco perdido? Claro que sí; pues la sabiduría inoportuna es una verdadera locura, así como la prudencia mal entendida es una imprudencia. No saber adaptarse ni al tiempo ni a las circunstancias y pretender que se acabe la farsa no es de hombres inteligentes. Además, como decían los antiguos en sus banquetes: “El que no esté conforme, que se vaya”. La verdadera prudencia consiste en tener en cuenta que se es humano y que no se debe emplear más sabiduría que la que usa la generalidad de los mortales, pasando por alto los errores que se observen en los demás.

—“¡Pero eso —me diréis— es una verdadera locura!” Y os doy la razón y agrego que es la única manera de llevar adelante la comedia de la vida.

LA LOCURA CONDUCE A LA SABIDURÍA

¡Oh, dioses inmortales!... ¿Debo callar o lo diré? Continuaré; pero como ahora he de abordar un punto delicado me parece oportuno invocar a las musas, cuyo auxilio los poetas reclaman por cualquier insignificancia. ¡Asistidme pues, hijas de Júpiter, e inspiradme para poder probar que nadie puede poseer ni sabiduría ni felicidad si no se deja guiar por la locura!

En primer término, es indudable que todas las pasiones pertenecen a la locura. El loco se diferencia del sabio en que está dominado

por sus pasiones, mientras éste pretende menospreciarlas y obedecer los dictados de su razón. Esta es la causa de que los estoicos alejen al sabio de las pasiones, como si se tratara de enfermedades. Pese a esto, es cierto que ellas son los pilotos que llevan el pensamiento al puerto de la sabiduría e inspiran el propósito de hacer el bien.

Séneca, el estoico por excelencia, opinó que el verdadero filósofo debe carecer de pasiones. Pero un sabio de este género no tendría nada de humano; sería una especie de dios que no ha existido ni existirá jamás. En una palabra, sería semejante a una estatua inanimada.

Disfruten los estoicos de su quimera, amándola en paz y sin rival alguno; mas llévenla con ellos a la República de Platón, a la región de las Ideas o a los jardines de Tántalo.

¿Quién no huiría, como de un monstruo o un fantasma, de un hombre sordo a los llamados del amor, a los dictados de la naturaleza, sin ninguna pasión, más inaccesible a la piedad que la más dura roca, como si estuviera labrado en mármol de Paros? Un hombre que todo lo comprende, que todo lo explica, que jamás se equivoca, conforme sólo de sí mismo, que se cree el único en todo: en la fuerza, la prudencia, el poder, la salud, la libertad. En fin, que no tiene amigos ni lo es de nadie, que desprecia a los dioses y que critica y se burla de todos, tal es el prototipo del animal que los estoicos tienen como el perfecto sabio.

Yo os pregunto: ¿qué país aceptaría un gobernante así? ¿Qué ejército desearía un general semejante? Más aún: ¿qué mujer lo elegiría por marido, qué huésped aceptaría tal invitado o qué sirviente podría soportar tal amo? Sería preferible escoger al azar entre los más locos uno que sea capaz de dirigir a otros de su género y que, al menos, sería indulgente con sus amigos, amable con su esposa, encantador invitado, bondadoso con sus súbditos, un individuo, en fin, al que nada de lo humano le es ajeno.

Pero creo que estamos divagando en imaginamos a este supuesto sabio; por tanto retomaré el hilo del discurso para seguir enumerando los beneficios que concedo a los hombres.

LAS CALAMIDADES HUMANAS REMEDIADAS POR LA LOCURA

Si alguno entre vosotros pudiera ser llevado a las alturas en que los poetas colocan a Júpiter, ¿qué vería? Pues una multitud de males que afligen a la humanidad: el nacimiento es inmundo, la crianza es pe-

nosa, la infancia se halla rodeada de peligros, la juventud transcurre entre desvelos y llena de estudios, la vejez está expuesta a males de toda clase y, como coronación de todo esto, viene la muerte. Vería además las enfermedades que nos acechan, los innumerables accidentes que nos amenazan y la muchedumbre de trastornos que amargan los momentos más dulces. No me refiero a las desgracias que el hombre produce al hombre, como la pobreza, la prisión, la deshonra, la vergüenza, los procesos, la tortura, las insidias... y tantas, tantas otras. No me pondré ahora a explicar los crímenes que el hombre cometió para merecer tales maldiciones, ni a averiguar qué dios iracundo lo hizo nacer en este valle de lágrimas. Quien meditara sobre esto acabaría tentado de seguir el ejemplo de las doncellas de Mileto y buscando el consuelo en el suicidio.

Sin embargo, ¿habéis inquirido alguna vez quiénes fueron los hombres que pusieron fin a sus vidas para acabar con sus pesares? Fueron aquellos pretendidos sabios a que nos acabamos de referir. Sin mencionar a Diógenes, Xenócrates, Catón, Casio y Bruto, deseo citar solamente a Quirón, que pudiendo disfrutar de la inmortalidad prefirió la muerte. Ya veis, pues, lo que sucedería si todos los hombres fuesen sabios: la tierra prontamente quedaría desierta y sería necesario acudir a un nuevo Prometeo para que formara con barro otra humanidad.

Afortunadamente, aquí me encuentro yo, que reparto a unos la ignorancia o el atolondramiento y a los otros el olvido de los males, la miel de los placeres, la esperanza de la dicha y la lujuria. En conclusión, poco a poco voy remediando sus males de manera que cuando llega el fin de su existencia y la Parca va a cortar el hilo de sus vidas, ninguno se deja llevar de buen grado y se aferran a la vida como el náufrago a su tabla. Las mismas razones que deberían convencerlos de la necesidad de morir les animan a desear la vida. Gracias a mí vemos a esos caducos Néstores, desdentados, chochos, babosos, canosos, calvos y, como los pintaba Aristófanes, sórdidos, arrugados, encorvados, secos, temblorosos e impotentes, pero que a pesar de todo hacen lo posible por parecer jóvenes. Uno cubre su pelado cráneo con una peluca, otro transforma en ébano las nieves de su cabeza, éste atavía su boca con dientes que quizás fueron de un cerdo, aquél desfallece de amor por una jovencita y por ella comete infinidad de disparates. Así, no es raro que un vejstorio de éstos, ya con un pie en la sepultura, se case con cualquier jovencita sin dote que hará la felicidad de otros. En nuestros días es cosa tan habitual que es casi una costumbre.

Pero lo verdaderamente gracioso es ver a esas ancianas tan decrepitas y cadavéricas que parecen arrancadas de las profundidades del infierno, y que son una reunión de vicios inmundos, gritar “¡Viva la vida!” y andar como perras en celo en busca de algún Faón que acepte un pago por sus fatigas. Se cubren el rostro con afeites, no cesan de mirarse en el espejo, se depilan, muestran generosamente sus pechos blandos y marchitos y tratan de provocar con sus miradas y ademanes los requiebros de los hombres. Concurren a las danzas de las jovencitas, escriben mensajes amorosos y envían regalitos a sus enamorados. El mundo entero se ríe y las considera archilocas; pero gracias a mí se hallan muy satisfechas, su vida es pura miel y se tienen por dichosas. Quienes piensen que lo que hago con estas personas es una locura, que reflexionen si no es preferible gozar de esta manera y dejarles arrastrar sus miserias a que estén siempre ocupadas buscando una viga de donde colgarse.

Si a uno de mis protegidos le cae una piedra en la cabeza, se dolerá y lamentará; pero la deshonra, la calumnia, la vergüenza y la censura de quienes no aprueban esta manera de vivir para nada le afectan. Un mal no lo es para quien no tiene conciencia de él. ¿Qué importa si les silban, si ellos en su fuero íntimo se aplauden? Claro está que este don sólo la locura lo concede.

ELOGIO DE LA IGNORANCIA. LAS CIENCIAS SON MALES DE LA VIDA

Me parece, sin embargo, estar escuchando las protestas de los filósofos: “¡Es un disparate ser locos, vivir en el error, defender la ignorancia!” Pero yo les contesto que vivir así es sencillamente ser humano; y realmente no veo por qué ha de considerarse infeliz a un ser que vive conforme su nacimiento, educación y condición y no sufre, después de todo, más que la suerte común a todos los de su especie. Es absurdo decir que la suerte de los mortales es desdichada por comportarse de acuerdo a su naturaleza, salvo que se crea que hay que apiadarse del hombre puesto que no tiene alas como las aves, cuatro patas como los caballos, ni cuernos como los toros. Razonando de esta manera, también se podría afirmar que un hermoso corcel es desgraciado porque no conoce la gramática o no puede alimentarse con pastelillos, y que un toro es digno de compasión debido a que no puede concurrir a la universidad. Ahora bien, el hombre no es desgraciado porque sea loco, pues tal es su condición natural.

Mas no penséis que, después de escuchar esta soberbia demostración, se habrán agotado los argumentos de mis adversarios. “El saber —afirman— ha sido concedido al hombre a modo de compensación por lo que la Naturaleza no le ha dado.” Pero hablando rectamente, ¿tiene este razonamiento algo de verdad? ¿Podemos suponer que la Naturaleza, tan previsora para los insectos e incluso para las plantas y flores al darles todo lo indispensable, haya olvidado únicamente al hombre, obligándole a buscar en las artes y ciencias lo necesario para su dicha? Estas fueron más precisamente una invención de Toth, genio maléfico y enemigo del género humano, que por este medio procuró llevarle al colmo de los tormentos. Las artes y ciencias son tan perjudiciales para la felicidad del hombre que incluso pervierten el fin para el que fueron descubiertas. Esta es una opinión llena de sabiduría que compartía cierto rey citado por Platón, quien reprochaba la invención de la escritura. Bien puede asegurarse, pues, que las ciencias no son un beneficio, sino una calamidad introducida en la tierra junto con los demás azotes de los mortales. Por eso es justo que a quienes las cultivan se les denomine en griego demonios, es decir, los que saben.

En la sencilla y hermosa edad de oro en que no se sabía qué cosa era la ciencia, los hombres vivían felices de acuerdo a sus deseos ni otra guía que la de sus instintos. No necesitaban la gramática, pues todos empleaban el mismo idioma y no necesitaban más palabras que las necesarias para comprenderse entre sí. No conocían la dialéctica, porque siendo las opiniones idénticas, no tenían que combatir las contrarias. Tampoco sabían qué era la retórica, debido a que no redactaban ni pronunciaban discursos.

Para nada necesitaban la jurisprudencia, porque no tenían malas costumbres y éstas son, como sabemos, el origen de las buenas leyes. Sinceramente religiosos, no tenían la sacrilega curiosidad de escrutar los misterios de la Naturaleza, las dimensiones y movimientos de los astros y su influencia sobre los hombres. Consideraban un crimen que se intentara traspasar los límites que la Naturaleza impuso al conocimiento humano, y a nadie se le ocurría investigar qué pasaba más allá de las estrellas.

Poco a poco esta edad de oro fue perdiendo su pureza, hasta que un genio maléfico inventó las ciencias. Al comienzo eran pocas y tenían escasos adeptos; pero pronto la superstición de los caldeos y la frivolidad de los griegos las multiplicaron hasta el infinito para tortura de las inteligencias. La gramática, una sola de ellas, es suficiente para torturar y volver loco a un hombre.

De estas ciencias son mis favoritas las que más se acercan al sentido común, esto es, a la locura, Por eso veréis que los teólogos se mueren de hambre, los físicos se hielan, los astrólogos son motivo de burla y los dialécticos de aborrecimiento.

Únicamente los médicos son algo estimados; y el más osado, ignorante y torpe de entre ellos es el que goza de mayor reputación, sobre todo entre los ricos. Esto se debe a que la medicina no es en la actualidad otra cosa que el arte de agradar al paciente y, desde este punto de vista, tiene cierta semejanza con la retórica.

Al lado de los médicos podemos colocar a los leguleyos, a quienes los filósofos —aunque yo no comparta esta opinión— comparan con los asnos. Realmente esta comparación es desacertada, pues no debe olvidarse que ellos son quienes intervienen en los grandes y pequeños asuntos de la vida y forman y acrecientan diariamente su caudal. En cambio los teólogos, metidos en pleitos celestiales, comen con tristeza sus habas y duermen en catres llenos de piojos.

Así como las artes más favorecidas son aquellas que más se aproximan a la locura, del mismo modo los hombres más felices son los que rompen toda vinculación con la ciencia y se dejan guiar por la Naturaleza, que nunca perdió a nadie, a menos que se quiera ir más allá de la condición humana.

LOS ANIMALES SON MÁS FELICES QUE EL HOMBRE

La Naturaleza es opuesta a todo lo artificioso; lo que el hombre no ha estropeado con sus artes es lo que resulta más hermoso. Observad, por ejemplo, que los animales más dichosos son aquellos que han conservado su nativa fiereza y no han sido sometidos a los caprichos del hombre. Las abejas, a pesar de carecer de ciertas facultades, son un buen ejemplo de esto. ¿Puede algún arquitecto comparárseles en la construcción de edificios? ¿Ha diseñado algún filósofo una república mejor que la de estos admirables animales? Mirad, en cambio, al caballo, que por tener los mismos sentidos que el hombre y compartir su vivienda sufre los mismos males de la humanidad. Efectivamente, comparte con él la guerra y el trabajo y frecuentemente cae reventado en el afán de no ser vencido en una carrera; o en el campo de batalla, deseoso del triunfo, es herido y rueda por el suelo junto al moribundo jinete, entre el retumbar de los cañones y los alaridos de los triunfadores. Y no hablemos del freno que lo contiene, las espuelas que se le clavan en los ijares, la inmundicia en que se le tiene prisionero,

ni de los látigos, bastones, bridas y jinetes y en fin, todos los arreos de la esclavitud a la que se sometió cuando, a imitación de los héroes, decidió vengarse a cualquier precio de su enemigo.

¡Cuán mejor es la suerte de los pájaros y las moscas que viven libres y no obedecen más que a sus instintos, mientras pueden huir de las acechanzas de los hombres! Encerrad a un ave en una jaula, y, aunque cante maravillosamente, sus trinos serán menos hermosos que los que lanzaba en libertad. Enseñadle a imitar la voz humana y de inmediato perderá toda su gracia y su belleza natural. Las mistificaciones, incluso las que se elevan a la categoría de artísticas, nunca pueden compararse con las creaciones de la Naturaleza.

Por eso nunca alabaré suficientemente al gallo de Luciano, el cual, mediante las metempsicosis, había sido primeramente filósofo bajo la figura de Pitágoras y después, sucesivamente, hombre, mujer, rey, simple particular, pez, caballo, rana y si no recuerdo mal, hasta esponja. Después de haberlo visto todo, juzgó que no había ser más desgraciado que el hombre, pues todos los demás se conforman con su suerte y sólo él se empeña en pasar los límites que le impuso la Naturaleza.

VENTAJAS QUE LOS LOCOS TIENEN SOBRE LOS SABIOS

Pitágoras, por su parte, no ocultaba su predilección por los ignorantes y los idiotas. Según él, Crillo, al ser convertido por Circe en puerco, fue más listo que el mismo Ulises, dado que prefirió quedarse gruñendo en el chiquero antes que correr nuevos riesgos en el viaje a Itaca. Homero, padre de la fábula, me parece que concuerda con este parecer. Frecuentemente llama a todos los humanos “desgraciados e infortunados”. Al hablar de Ulises, a quien presenta como el prototipo de la sabiduría, utiliza el calificativo de “lamentable”, que no emplea jamás al hablar de Paris, Ayax o Aquiles. ¿Por qué? Porque Ulises, sagaz y prudente, no hacía nada sin consultar a Palas y por su exceso de sabiduría se apartaba enteramente de las leyes naturales.

No me cansaré de repetirlo: los hombres se alejan de la felicidad cuanto más ciencia poseen. Son doblemente necios, pues olvidando su condición humana acumulan conocimientos unos sobre otros y pretenden destronar a los dioses, a ejemplo de los titanes. De esto se deduce que los menos infelices son quienes, dejándose llevar por sus instintos, más se acercan a los irracionales y no pretenden conseguir

nada que esté por encima de sus fuerzas. Probaré lo dicho, y para ello no recurriré a los sofismas de los estoicos, sino a un ejemplo claro como el agua.

¡Oh, dioses inmortales! ¿Existen seres más felices que esos hombres comúnmente llamados locos, aturridos, necios y estúpidos, epítetos que en mi opinión son los más honrosos? Desde luego que no.

Esta afirmación tal vez parezca loca y absurda, pero lo es sólo en apariencia. En primer término, éstos se ven libres del temor a la muerte, lo cual no es pequeña ventaja; no sienten remordimientos; no temen ni a los fantasmas ni a los duendes; no se turban por el temor de los males futuros ni abrigan esperanzas de felicidad; en una palabra, están libres de las preocupaciones que afligen a los demás hombres. No conocen la vergüenza ni el miedo e ignoran qué cosa sean los celos y la envidia. Finalmente, si logran llegar a ser tan imbéciles como las mismas bestias, tienen también la ventaja, según los teólogos, de estar libres de pecado.

¡Sabio archiloco! Piensa en lo que vengo diciendo, reflexiona sobre los cuidados que diariamente te martirizan, reúne las dificultades que te inquietan y tendrás que reconocer cuántos males he evitado a mis amados locos.

Por otra parte, ellos no solamente tienen el don de divertirse, burlarse, reír y cantar, sino también el de difundir el placer, la diversión, la alegría y la dicha en sus contornos. Tal parece como si los dioses, en un acceso de bondad, los hubieran hecho nacer sólo para ahuyentar las tristezas de la vida humana. Así, aunque los hombres muestran a sus semejantes diferentes disposiciones, todos concuerdan en recibir a mis locos con los brazos abiertos, los tienen por amigos, los buscan, obsequian, acarician, acuden en su auxilio y les perdonan todo lo que dicen y hacen. Nadie piensa en hacerles mal y los mismos animales salvajes habitualmente los respetan, como si tuvieran conocimiento de su condición inofensiva. Los locos se hallan bajo la protección de los dioses, y especialmente bajo la mía; ninguno les ha disputado este derecho.

Pero aún hay más: los reyes y los grandes de la tierra estiman tanto a mis protegidos que los llevan a sus palacios, los mantienen a su lado, los sientan a su mesa y muchos los han preferido a sus consejeros y sabios, que sólo mantienen en sus cortes por vanidad. En esto no hay nada extraño, pues los engreídos y vanidosos sabios no hablan a sus señores más que de cosas tristes y a veces no vacilan en decirles duras verdades. Mis locos, en cambio, les dan lo que ellos desean por encima de todas las cosas: juegos, alegrías, risas y diversiones.

Téngase en cuenta que estos graciosos bufones no ocultan las verdades, lo cual es una cualidad que no debe despreciarse. Platón, en su *Banquete*, hace opinar a Alcibíades que sólo en la embriaguez y en la infancia se encuentra a la verdad; pero debió agregar a la locura. Por esto no dejo de decir que la verdad me corresponde más que a nadie; el corazón, el rostro y los labios del loco están siempre acordes para decirla. En cambio los sabios, según afirma Eurípides, tienen dos lenguas: con una dicen verdades, y con otra lo que les conviene. Así podemos verles convirtiendo lo blanco en negro, soplando con la misma boca lo frío y lo caliente y jamás se sabe si realmente creen en lo que dicen.

En verdad, a pesar de todos los lujos que disfrutaban, los príncipes me parecen extremadamente infelices por cuanto se hallan siempre rodeados de aduladores y nunca escuchan la verdad. Me dirá alguno: “Es que los oídos de los príncipes aborrecen la verdad, y si huyen de los sabios es por temor de que se les diga crudamente lo que tratan de ignorar”.

De acuerdo; es posible que así sea. Pero ese inconveniente no existe para mis locos. A ellos se les permite decir las cosas más fuertes y duras sin que nadie se escandalice. Aquello que en boca de un sabio se habría castigado con la muerte, pronunciadas por uno de mis protegidos hacen reír y son celebradas.

Efectivamente, la verdad tiene la virtud original de agradar, si no va acompañada de la ofensa; pero este es un don que los dioses sólo concedieron a los locos. Esta es la razón por la cual estos hombres atraen tanto a las mujeres, que tan inclinadas son al placer y la ligereza. Cualquier cosa que ellos hagan, aun la más grave, lo tomarán a broma y a juego. ¡Las mujeres son tan ingeniosas, especialmente cuando se trata de justificar sus culpas!

Volvamos a la felicidad de los locos y resumamos. Después de pasar la vida entre placeres, sin temor alguno por la muerte, se van directamente a los Campos Elíseos a divertirse con sus piruetas y necesidades a las almas compasivas y ociosas.

Ahora bien, comparemos a uno de estos seres con el hombre que se tenga por más sabio. Este individuo ha gastado su niñez y su juventud estudiando incesantemente; ha dejado pasar sus más hermosos años en vigilia, frente a los libros, sin disfrutar de ningún placer. Así siempre triste, sombrío, austero y duro para sí mismo, pobre, pálido, débil, cegato, agobiado por las enfermedades y una senectud prematura, deja el mundo antes de tiempo, si bien poco debe significar la

muerte para quien nunca ha gozado de la vida. Este es el retrato fiel, exacto y poco atrayente de un sabio.

RELACIONES DE LA NECESIDAD CON LA LOCURA. CLASES DE LOCURA

Pero nuevamente oigo croar a las ranas del Pórtico, quiero decir, a los estoicos: “No hay mayor desgracia —dicen— que la demencia, y ésta es la locura misma, puesto que es la ausencia de razón”. Y yo contesto que este argumento es un falso silogismo, que voy a destruir en un instante con la ayuda de las musas.

En efecto, del mismo modo que Sócrates, según refiere Platón, enseñaba que mediante una distinción podían encontrarse dos Venus en una y en un Cupido dos dioses, igualmente deberían diferenciar estos dialécticos entre una y otra locura, con lo cual probarían no ser dementes.

No toda locura es funesta, pues de lo contrario no habría dicho Horacio: “¿Soy juguete de una benévola demencia?” Platón no hubiera estimado como una de las mayores felicidades de la vida los transportes de los poetas, de los adivinos y los amantes, y la sibila de Cumas no habría llamado loca la empresa acometida por Eneas.

Existen, entonces, dos clases de locura:

Una es la que asciende de los infiernos cada vez que las vengadoras Furias vomitan sus serpientes para despertar en los hombres la fiebre de la guerra, la insaciable sed de oro, el crimen del incesto, los amores sacrílegos, el parricidio y otros horrores, o para clavar en las conciencias culpables el aterrador aguijón del remordimiento.

La otra, bien distinta, es la que emana de mí, y es el mayor bien que se puede esperar. Esta dulce locura se manifiesta cada vez que una ilusión libra al alma de dolorosas preocupaciones y la sumerge en un mar de delicias.

Cicerón, en sus *Cartas a Ático*, pide a los dioses este don para poder olvidar los males que le abrumaban. Y tampoco pensaba que fuese un mal aquel ciudadano de Argos que todos los días entraba al teatro vacío y ahí pasaba horas enteras aplaudiendo y riendo, enajenado de alegría, suponiendo que veía representar las más hermosas comedias en el desierto escenario. En lo demás, era amable con sus amigos, complaciente con su mujer, puntual con sus deberes y bondadoso con sus esclavos, a quienes no castigaba ni aun cuando bebían más de lo debido. Su familia se empeñó en curarlo y, cuando lo

hubo conseguido merced a numerosos remedios, se lamentó diciendo: “¡Por Pólux, os juro que me habéis matado. Con vuestro interés me habéis privado de la ilusión más dulce que abrigaba mi corazón!” Y decía la verdad; locos eran quienes le dieron el eléboro para curarlo de aquella apacible locura, y ellos fueron quienes debieron buscar un remedio a sus propios males.

Es bueno observar que nunca ha sido mi propósito dar indistintamente el nombre de locura a cualquier trastorno de los sentidos o del espíritu. No es suficiente que un hombre confunda un asno con un mulo o admire una mala poesía como una obra maestra para llamarle demente. En cambio, si al error de los sentidos se agrega una confusión del juicio, de modo que, por ejemplo, cuando oye rebuznar a un burro piensa oír una maravillosa sinfonía, o cuando otro pobre y de baja condición se tiene por un Creso, entonces sí puede afirmarse de él que es demente. Este género de extravío se manifiesta frecuentemente con accesos de alegría, por lo que divierte tanto a los que la experimentan como a quienes la presencian. Esta demencia es más común de lo que se cree; por ella el demente se ríe de su semejante y ambos alegran a los que los ven, no siendo raro hallarse con un loco que se burla descaradamente de otro que es menos loco que él.

Creedme; cuanto más loco se es, mayor dicha se posee; aunque aclaro que me refiero a los verdaderos locos, a quienes son mis fieles súbditos. Pero agrego con placer que entre éstos figura la inmensa mayoría de la humanidad, pues pocos son los que están libres de alguna forma de locura.

ALGUNAS FORMAS DE LA LOCURA

Hay que distinguir en ella las dos clases referidas. El que toma una calabaza por una mujer, merece indiscutiblemente el nombre de loco, porque tal disparate no les ocurre a todos. En cambio, el que afirma que su esposa es una nueva Penélope y no cesa de alabar su ventura, aunque la comparta con los amigos, se engaña agradablemente y nadie lo considera loco, pues su caso es muy común.

Hay que incluir entre mis fieles a todos aquellos que sitúan a la caza por encima de todo y no encuentran satisfacción mayor que escuchar el resonar del cuerno y los aullidos de la jauría. Su afición es tan grande que pienso que si se les diera a oler el excremento de un perro de caza, lo tendrían por más fragante que la canela. ¡Qué felicidad sienten al descuartizar la pieza que han cazado! Despedazar to-

ros y carneros es oficio de villanos; pero descuartizar venados es cosa que sólo corresponde al noble cazador. Con la cabeza descubierta y la rodilla en el césped o el barro, armado de un cuchillo especial (porque utilizar cualquier otro sería casi un sacrilegio) el hidalgo corta los miembros del animal con gravedad litúrgica, con ciertos ademanes y siguiendo un orden determinado. Su séquito lo rodea y contempla sus movimientos con gran atención, como si aquel espectáculo presenciado cientos de veces fuera cosa nueva. El que ha tenido la fortuna de saborear uno de los trozos de la pobre res lo considera como un título de nobleza. Y finalmente, a fuerza de perseguir animales salvajes y alimentarse con su carne nuestros cazadores acaban por parecerse a sus víctimas, si bien ellos suponen que gracias a sus hazañas son tan grandes como reyes.

Junto a éstos hay que colocar a los que tienen una manía insaciable por construir, que sin orden alguno convierten hoy en cuadrado lo que ayer edificaron en redondo y mañana lo redondo en cuadrado. Devorados por esta fiebre, acaban por arruinarse por completo y se quedan sin casa donde vivir ni alimentos que llevarse a la boca. No obstante, poco les importa; han disfrutado durante varios años de la mayor de las satisfacciones.

De los míos son también aquellos que se entregan al estudio de las ciencias ocultas, creyendo poder trocar la naturaleza de las cosas por medios misteriosos e ignorados y persiguiendo incesantemente una quimérica quintaesencia. Es tan grande su afán que nada los detiene, ni los trabajos ni los sacrificios. La esperanza los cautiva en tal forma que buscan sin reposo algo que les ayude a engañarse a sí mismos. Esto continúa hasta que llega el día en que, habiendo fundido su dicha en los crisoles, se encuentran que en vez de haber hecho brotar el oro no tienen ni siquiera para comprar una bolsa de carbón con que calentarse. Pero su fracaso no les impide continuar con sus fantasías; buscan a otros que les auxilien en su búsqueda y, cuando han perdido ya toda ilusión, se consuelan repitiendo la frase del poeta: "Las cosas grandes, con intentarlas basta". Acusan entonces a la brevedad de la vida, que no les da tiempo para llevar a su fin una empresa tan grande.

No sé si debo admitir entre mis vasallos a los jugadores. No obstante, ¿hay espectáculo más tonto y extravagante que ver a una multitud de hombres tan dominados por la pasión que con sólo ver brillar los naipes u oír el golpe de los dados el corazón parece querer salirseles del pecho? Dominados por la promesa de esa sirena llamada esperanza, el navío de su patrimonio va a estrellarse contra escollos más

terribles que los del cabo Maleo. Cuando logran salvarse del naufragio, desnudos por completo, tratan de engañar a sus acreedores y a quienes no lo son, pero no a quien les ganó sus bienes, pues ante éste quieren pasar por hombres de honor acrisolado ¿No es motivo de risa ver a algunos ancianos jugarse hasta los anteojos? Y qué pensar cuando, vencidos por la gota que paraliza sus dedos, contratan a un ayudante para que tire por ellos los dados? Todo esto sería muy gracioso si no fuera porque, como frecuentemente sucede, el juego no degenerase en ataques de cólera; entonces el asunto ya no me pertenece, sino que corresponde a las Furias.

LA SUPERSTICIÓN COMO FORMA DE LOCURA

Mas aquí tenemos a otros que indudablemente son de los míos. Me refiero a quienes se complacen en oír y contar milagros y mentiras prodigiosas. Jamás se cansan de escuchar las más raras fábulas sobre espectros, fantasmas, poseídos y otras mil maravillas similares. Cuanto más se apartan estos relatos de la realidad, más crédito les prestan y con mayor atención los oyen. Estos cuentos y consejas no solamente contribuyen a matar el tiempo, sino que además son una fuente de ganancias para los sacerdotes y frailes predicadores.

Es necesario colocar en esta misma clase a los fanáticos que creen que si ven una imagen de San Cristóbal, el Polifemo cristiano, no morirán ese día; a los soldados supersticiosos, que se creen invulnerables si han invocado a Santa Bárbara según las palabras prescritas; y a esos tontos que afirman que porque se arrodillaron ciertos días ante San Erasmo y le llevaron velas, prontamente serán ricos. De la misma manera, siguiendo el ejemplo de los que inventaron un nuevo Hipólito, han transformado a San Jorge en un Hércules. Son capaces incluso de adorar a su caballo —al cual, por lo pronto, adornan con gualdrapas de las que penden bellotitas doradas— y de tanto en tanto tratan de ganarse su favor con regalitos. Jurar por su casco de bronce es algo propio de reyes.

¿Y qué debo decir de quienes engañan a los creyentes con falsas indulgencias inventadas por ellos mismos y que miden con precisión matemática los siglos, años, meses, días, horas y minutos que las almas han de permanecer en el Purgatorio? ¿Y qué de aquellos que basándose en palabras mágicas, signos cabalísticos y oraciones ideadas por algún hábil impostor para burlarse de ellos y sacarles su dinero, esperan ser ricos, tener honores, goces, buena mesa, salud excelente,

larga vida, y finalmente disfrutar de un puesto en el cielo al lado del Salvador? Claro está que este último beneficio no lo desean sino lo más tarde posible, pues se prenden con todas sus fuerzas a los placeres de este mundo y sólo quieren el cielo cuando llega la última hora de su existencia.

Citemos de paso al comerciante, al soldado y al juez que, separando de sus rapiñas unas monedas de cobre para la Iglesia, piensan que están limpios de todas las culpas de su vida: perjurios, orgías, embriagueces, calumnias, muertes, mentiras, perfidias y traiciones. En su opinión, todo queda tan bien rescatado que están prontos para volver a iniciar la serie de sus maldades.

Es en verdad difícil hallar seres más locos y, al mismo tiempo, más felices que los que creen ganar la gloria eterna murmurando diariamente los siete versículos de los sagrados salmos. Esta fórmula fue indicada a San Bernardo por un demonio más bromista que avisado, pues el pobre diablo quedó enredado en sus propias mallas. Semejantes locuras, de las que hasta yo misma me avergüenzo, son aprobadas no sólo por la plebe, sino también por los que se dedican a la enseñanza de la religión.

Y aún hay más. Tenemos, por ejemplo, la insigne y necia tradición de que cada país tenga su santo patrón; o la existencia de santos con atribuciones propias y culto especial. Así vemos que uno cura el dolor de muelas, otro protege a las mujeres en sus partos, éste devuelve los objetos perdidos, aquél auxilia a los náufragos y el de más allá protege a los ganados; y no prosigo para no hacer interminable la lista. Pero sí diré que existen algunos que acaparan varias especialidades. En este aspecto he de mencionar a la Virgen, madre de Dios, a quien el vulgo atribuye un poder mayor que el de su propio hijo.

A estos santos sólo se piden cosas que guardan una relación directa con la locura. En medio de los exvotos que cuelgan de los muros y hasta de las bóvedas de algunos templos no aparece ninguno que haya sido ofrecido por haberse curado la idiotez o adquirido algún grado del saber. Todos son náufragos que han logrado salvarse; soldados que sanaron de sus heridas; algún cobarde que huyó del campo de batalla con tanta suerte como agilidad, mientras sus camaradas presentaban su pecho al enemigo; aquél es de uno que salvó de la horca gracias a la intercesión de un santo amigo de los bandoleros, de modo que ahora podrá seguir despojando a los ricos del molesto peso de las monedas; este otro, del que rompió los barrotes de su celda; el de más allá se vio libre de sus dolencias a pesar de los doctores; cerca de éste se ve el del que bebió un veneno y lo devolvió por abajo, siendo lo

que debía matarle su purga, con gran desconsuelo de su mujer; más allá se encuentra el de un cochero cuyo coche se despeñó, pese a lo cual llevó a los caballos sanos y salvos a la caballeriza; el vecino de la derecha vive aún, pese a que se vio sepultado bajo una pared; el de la izquierda se salvó de caer en las manos de un marido engañado...

Todo esto está muy bien; pero ni uno solo, repito, muestra su agradecimiento por haberse corregido de alguna locura. Esto se debe a que posee tales atractivos que los hombres difícilmente quieren verse libres de ella.

Mas, ¿a qué adentrarse en este mar de supersticiones? Como dice Virgilio, “serían menester cien lenguas y una voz de bronce y aun así no me sería posible enumerar todas las especies de locos, ni mencionar los diversos nombres de la locura”. ¡Tanto abundan en el cristianismo estas extravagancias! Los mismos sacerdotes las admiten y fomentan, no ignorando los beneficios que pueden sacar de ellas.

Imaginemos ahora que en medio de estas gentes aparece un inoportuno que proclama verdades de este tipo: “Tu muerte será buena si lo ha sido tu vida. Alcanzarás la gloria eterna si agregas a tus limosnas el odio de tus pecados y las lágrimas, vigiliias, ayunos y oraciones; en una palabra, si cambias completamente tu género de vida. Para hacerte propicio a un santo, será suficiente con que imites su vida”. El sabio que proclamara estas duras palabras y otras parecidas vería cómo se alteraba la dicha de los mortales y cómo sus conciencias se perturbaban.

En la misma clase de locura que las anteriores debemos poner a quienes en vida regulan minuciosamente la pompa de sus funerales, detallando el número de cirios, el color de las capas de los sacerdotes y los cantores y plañideras que han de acompañar su féretro. Todo lo disponen como si ellos mismos fueran a presenciar el funeral, o como si pensasen que los muertos pudieran sentir vergüenza de verse conducir pobrementemente al cementerio. En verdad, se les tomaría por ediles romanos organizando juegos y festines para la plebe.

IMPORTANCIA QUE TIENE EL AMOR PROPIO EN LOS INDIVIDUOS

Aunque el tiempo transcurre y debo ser breve, no he de olvidar a esos locos que, a pesar de su vileza, se creen superiores a los demás sólo porque poseen un título de nobleza. ¡Qué vanidad! Los hay quienes se creen descendientes de Eneas, de Bruto o del rey Arturo. En las pare-

des de sus casa pueden verse los retratos y bustos de sus antepasados. Con el menor pretexto citan a sus bisabuelos y tatarabuelos, aunque ellos mismos sean tan vanos y estúpidos como los retratos y mármoles que enseñan. No obstante, lo cierto es que se pasan la vida satisfechos y orgullosos de sus linajes y no faltan otros más locos que ellos, que admiran a esta especie de brutos cual si fuesen dioses.

Pero, ¿por qué he de limitarme a uno o dos ejemplos, como si el amor propio no tuviera mil medios para hacer felices a todos los hombres? Aquél, más feo que un simio, se cree más hermoso que Nereo; éste, porque sabe dibujar tres líneas con un compás, se imagina ser un Euclides; el otro, que es como un asno ante una lira y canta con voz más chillona que la del gallo enamorado cuando picotea a su gallina, se compara con Hermógenes.

Pero hay algunos que dejan muy lejos a todos los que hemos citado. Quiero referirme a esos sinvergüenzas que se benefician del talento y las habilidades ajenas. Estos son como aquel rico del que habla Séneca, quien, si había que contar una anécdota tenía a la mano a un esclavo que le dictaba las palabras, y si se trataba de una lucha, bajaba a la arena con aire decidido, confiando en la ayuda de sus robustos servidores.

En quienes principalmente puede observarse el amor propio es en los artistas. De tal manera los domina que antes preferirían renunciar a la herencia de sus padres que a ser tenidos por genios. Sobre todo entre los músicos, poetas, comediantes y oradores la jactancia es tal cuanto más vacíos son, más se llenan de vanidad y miran con desprecio al resto de los humanos. Con todo, no falta quien los admire; cuanto peor es una cosa más seguidores tiene. Lo necio es siempre lo más agradable, puesto que la mayoría de los hombres son esclavos de la locura.

Por lo tanto, si los imbéciles son los más satisfechos consigo mismos y los más admirados, ¿quién preferiría la verdadera sabiduría, que cuesta tantos trabajos adquirir y que además convierte a su poseedor en un ser tímido y sin atractivos?

IMPORTANCIA QUE TIENE EL AMOR PROPIO EN LOS PUEBLOS

Tengo por cierto que la Naturaleza proporcionó a ciudades y naciones un amor propio particular. Así, los británicos reclaman, por sobre cualquier otra virtud, la hermosura, el arte de la música y la buena

mesa. Los escoceses se jactan de nobleza, de entroncar con la realeza y de sus habilidades dialécticas. Los franceses se atribuyen la primacía en el trato y la cortesía. Los parisienses exigen la gloria de la ciencia teológica, por encima de todos los demás. Los italianos se reservan la elocuencia y las letras y por ello se lisonjean con la creencia de ser los únicos mortales que no son bárbaros. Los romanos superan a todos en este estilo de complacencia, soñando con las delicias de la antigua Roma. Los venecianos son felices con su fama de nobleza; los griegos, como creadores de las ciencias, se ufanan con los títulos de sus famosos héroes. Los turcos y demás bárbaros se conceden mérito por su religión, burlándose de los cristianos por supersticiosos. Los judíos esperan pacientemente a su Mesías y se aferran aún hoy a su Moisés. Los españoles no ceden a nadie la gloria militar y los alemanes disfrutaban con la gallardía de su porte y su conocimiento de la magia.

Lo dicho me parece bastante para demostrar que el amor propio hace felices a los hombres, ya sea individual o colectivamente. De él es casi hermana gemela la adulación, pues el amor propio no es más que pasarse uno a sí mismo la mano por el lomo, mientras que la adulación consiste en pasársela a los demás.

Actualmente la adulación se halla bastante desprestigiada entre las personas que se ocupan más de las palabras que de las cosas. Según ellos, la adulación no es compatible con la sinceridad. Pero quienes esto dicen deberían observar a los animales. ¿Hay algo más adulador, pero al mismo tiempo más fiel que el perro? Y ahí está la ardilla, el más cariñoso y a la vez el más amigo del hombre entre los animales.

Espero que no se me argumente que estos ejemplos son inapropiados y que para compararlos con el hombre habría que citar al cruel león, al sanguinario tigre y al feroz leopardo.

Es cierto que frente a esta adulación mansa e inofensiva está otra, llena de malicia, que emplean los pérfidos para perder a los incautos. Sin embargo, mi estilo de adular nace de la bondad y la inocencia; está más cerca de la virtud que esa veracidad que, según Horacio, es grosera e inoportuna. La que yo cultivo levanta los ánimos abatidos, consuela a los tristes, alivia a los enfermos, desarma a los feroces, fortalece las amistades, inspira en los niños el afán de estudiar, alegra a los ancianos y aconseja a los poderosos, sin que por ello se sientan ofendidos. En fin, hace que el hombre sea agradable y más indulgente consigo mismo, lo cual es, por cierto, la mayor felicidad a que pueda aspirarse.

Sin duda habréis visto alguna vez cómo dos mulos se rascan uno al otro. ¡Cuán notable es este sencillo espectáculo! La adulación es algo semejante, y de ella sacan provecho y fama los oradores, médicos y poetas. Es, en suma, el almíbar y la sazón del trato humano.

LA FELICIDAD DEPENDE DE LA OPINIÓN DE LOS HOMBRES

Se me dirá que es una desgracia ser engañado con la adulación; mas yo replico que un mal mayor es no ser adulado. Se equivocan quienes creen que la felicidad humana depende de las cosas en sí. Lo cierto es que radica en la opinión que de ellas nos formamos. Es tan grande la variedad y oscuridad de las cosas humanas, que nadie las puede conocer claramente. Así lo afirmaron los platónicos, que fueron los menos presuntuosos entre los filósofos.

Cuando llegamos a saber algo, nuestra alegría de vivir disminuye un tanto; pues el espíritu humano está moldeado de tal forma que le es más grata la ficción que la verdad. Si alguien quiere una prueba irrefutable de esto, que acuda a una iglesia en la hora del sermón. Si el predicador adopta como tema asuntos serios, la gente bosteza y acaba por dormirse; mas si el rebuznador (¡Perdón!, quise decir el orador) comienza, como es habitual, a narrar alguna historieta de viejas, todos se despabilan y prestan atención. Del mismo modo, cuando se festeja a algún santo apócrifo o fabuloso —como San Jorge, San Cristóbal o Santa Bárbara— se verá que los fieles rezan con más entusiasmo que si se tratara de San Pedro, San Pablo o el mismo Jesús, hijo de Dios. Pero dejemos esto y volvamos a nuestro asunto.

¡Cuán poco cuesta lograr esta clase de felicidad! En cambio, adquirir cualquier conocimiento como, por ejemplo, la gramática, cuesta bastantes sacrificios y es de una utilidad bien escasa. El espíritu humano tiende a aceptar fácilmente las opiniones que permiten llegar a la dicha con el menor esfuerzo posible. Por ejemplo, un aldeano come un trozo de tocino rancio y de un olor intolerable, pero mientras a él le parezca un delicado manjar, ¿qué le impide sentirse feliz? En cambio, si a otro le produce náuseas el caviar, tan estimado por los sibaritas, ¿de qué le sirve tenerlo? Pongamos aún otros ejemplos: si un hombre está casado con una mujer de espléndida fealdad y, sin embargo, le parece tan bella como Venus, ¿acaso no será lo mismo para él que si en verdad fuese hermosa? Quien posee un cuadro embadurnado de rojo y amarillo y lo admira, convencido de que se trata de una obra de

Apeles o Zeuxis, ¿no es acaso más feliz que aquel que ha comprado por alto precio el cuadro de un gran pintor, que quizá contempla con menos placer que el otro?

Conozco a cierto sujeto que tiene el honor de ser mi tocayo, que regaló a su prometida unos brillantes falsos, haciéndole creer por broma que eran de un valor inapreciable. Pregunto yo: ¿qué podía afectarle a la joven el engaño, si se deleitaba contemplándolos y los guardaba junto a sí como un tesoro? En tanto, el marido no sólo se había ahorrado el gasto, sino que también había dado a su esposa una ilusión tan grande como si le hubiese hecho un regalo de gran valor.

En realidad, no hay diferencia entre los que, sumidos en la caverna de Platón, se admiraban de las sombras y figuras de las cosas, sin desearlas ni satisfacerse con ellas, y el sabio que, salido de la cueva, las ve tal como son. Si Micilo, el zapatero remendón de que habla Luciano, hubiera podido soñar perpetuamente que era rico y continuar con su áureo ensueño, no habría tenido nada más que desear.

Por tanto, no hay diferencia entre los locos y los sabios, o si la hay, es en favor de los primeros. En primer lugar, porque con cualquier cosa se conforman, bastándoles con soñar que son dueños de lo que imaginan; y en segundo, porque comparten su satisfacción con sus semejantes, y bien conocido es que no hay dicha completa si no se disfruta en compañía.

Todos saben que el número de sabios es muy corto, y eso si se admite que pueda existir alguno. Los griegos, en tantos siglos, no llegaron a reunir más que siete. Y aun así, ¡por Hércules! apostarí a cualquier cosa a que, si se les examinara detenidamente, no se encontraría en ellos media onza de sabiduría. Pero, ¡qué digo media onza! Ni siquiera cuatro adarmes.

Pasando a otra cosa, la razón principal entre todas las que justifican la adoración de Baco es la de que posee la virtud de ahuyentar las penas. Sin embargo, esto dura poco tiempo; pues en cuanto desaparecen los vapores del vino, las intranquilidades regresan en tropel. Mis beneficios, en cambio, son más duraderos y completos. Yo proporciono al alma una embriaguez constante y comunico al espíritu alegrías, delicias y placer sin exigir nada en pago. Distribuyo mis favores entre todos sin distinción, mientras que las mercedes de los dioses solamente se conceden a sus favoritos. Baco no hace crecer en todos los terrenos la planta que produce el vino generoso que espanta los pesares y anima la esperanza; Venus no concede a muchos las gracias de su hermosura; Mercurio otorga con tacañería los dones de la elocuencia; pocos logran la riqueza que reparte Hércules y el

poder que confiere Júpiter. Marte deja frecuentemente indecisas las batallas; Apolo sólo consuela a quienes se lo piden; el hijo de Saturno hiende la tierra a menudo con sus rayos; Febo esparce la peste con sus flechas y Neptuno aniquila a más de los que salva. Y nada digamos de los dioses maléficos como Plutón, Até, la Fiebre, la Discordia y otras de la misma especie, que son más verdugos que dioses.

CULTO UNIVERSAL DE LA LOCURA

En cambio yo, la Locura, reparto indistintamente entre todos los beneficios que tanto ansían los hombres. A nadie exijo voto alguno, ni me encolerizo cuando sé que alguien ha omitido una ceremonia de mi culto, ni lanzo rayos ni hago resonar truenos cuando alguien enciende la hoguera de los sacrificios en honor de todos los dioses, pero olvidándome a mí.

Se me dirá que no es sencillo hacer ofrendas en mi honor, puesto que nadie me ha erigido templos. Realmente se trata de una ingratitude incalificable, mas, ¿para qué quiero yo altares, si el mundo entero es mi templo, el más espléndido de todos? Dondequiera que haya hombres, tendré fieles. No soy tan necia como para desear que me levanten estatuas o que me ofrenden el pan o el cordero, cuando se me rinde el culto interno, el más valioso de todos según los teólogos. ¿Debo sentir envidia de Diana, a quien sus seguidores le embarran altares con sangre humana? No, pues pudiera ser que ello perjudicara mi culto, dado que la gente es tan grosera y torpe que adora las representaciones y no a los dioses mismos. Pudiera sucederme lo que a aquellos a quienes los sustitutos expulsan de sus cargos.

Entonces, paladinamente declaro que me siento más honrada viendo que todos me llevan en su alma; un culto así no se halla en ninguna agrupación humana, ni siquiera entre los verdaderos cristianos. Muchos de éstos hay que encienden velas en pleno mediodía a la Virgen María, cuando ninguna falta le hace; pero nada hacen por imitar su pureza, su humildad y su bondad.

De modo que nada tengo que envidiar a las otras deidades porque en tal o cual parte del mundo les rindan culto en ciertos días, como sucede con Febo en Rodas, con Venus en Chipre, con Juno en Argos, con Minerva en Atenas, con Júpiter en Olimpo, con Neptuno en Tarento y con Príapo en Lampsaco. Sin inmodestia, puedo decir que existen tantas estatuas en mi honor como hombres hay, pues to-

dos llevan en su semblante mi verdadera imagen, unos por gusto y otros a su pesar.

FORMAS VULGARES QUE REVISTE LA LOCURA

Si a alguien le parece que lo que afirmo es simple presunción, le invitaré a que examine conmigo la vida de los hombres. Así se manifestará claramente cuánto me deben y cómo todos, grandes y pequeños, me estiman. No revisaremos una por una todas las vidas, porque sería interminable; nos limitaremos a las de mayor relieve, y por ellas juzgaremos a las demás.

No nos ocupemos del vulgo, que sin disputa me pertenece por completo. Abundan en él tantas clases de locura, y tantas nuevas inventa cada día, que ni mil Demócritos bastarían para reírse de ellas.

Son increíbles las risas, la alegría y el regocijo que los miserables humanos procuran incesantemente a los inmortales. Estos dedican las primeras horas de la mañana a celebrar escandalosas asambleas, en que discuten las ofrendas, agravios y quejas que reciben de la tierra; luego, escuchando los votos, deliberan. Después celebran un banquete y, cuando ya están embriagados por el néctar y no quieren ocuparse de ningún asunto serio, se sientan en la parte más alta del Olimpo y husmean el divertido espectáculo de las acciones humanas. ¡Dioses inmortales! Qué escenas presencian! ¡Qué variedad en la turbamulta de necios que observan! Os lo digo por experiencia, pues de vez en cuando acudo a sentarme entre los inmortales.

Uno desfallece de amor por una coqueta a quien idolatra más cuanto menos caso le hace ella; otro no se casa con una mujer, sino con su dote; ese marido vive de lo que produce la prostitución de su esposa; aquel celoso está más vigilante que un Argos. ¡Qué dolor refleja el rostro de ese enlutado heredero! Camina rodeado de lloronas, queriendo hacer cierto el dicho griego de “el llanto sobre la tumba de la madrastra...”. Aparece ahora un glotón, que gasta en comer todo lo que posee, a costa de morir de hambre dentro de poco. Se ve luego al que piensa que no hay cosa más agradable que la holganza y el sueño. Los hay que se agitan incesantemente en los negocios ajenos, descuidando los propios; los que piden prestado para pagar sus deudas y quiebran cuando más ricos se creen y los que viven pobremente sólo para enriquecer a sus herederos. Están también los comerciantes que, persiguiendo una ganancia ínfima e insegura, revolotean por todos los mares, confiando a los vientos y a las olas la vida que no

podrán salvar con su riqueza; los aventureros que buscan su fortuna en la guerra, perdiendo la tranquilidad de su hogar; los que adulan a los ancianos sin familia, con la mira de heredarlos y los que, con el mismo fin, aceptan ser amantes de ancianas adineradas.

¡Cómo se ríen los dioses al ver que todos acaban por ser burlados por los mismos a quienes pretendían explotar!

La clase de los comerciantes es la más necia y sórdida de todas. Nada hay menos honrado que su profesión, como no sea la forma que tienen de realizarla. De la mañana a la noche mienten, roban, engañan y defraudan, pese a lo cual se tienen por las personas más destacadas del mundo sólo porque llevan los dedos cubiertos de anillos. No les faltan frailecillos aduladores que les miran con admiración y les llaman en público “señoría”, sólo con el fin de obtener alguna migaja de sus mal adquiridos bienes.

En otras partes podrá verse a ciertos pitagóricos para quienes todos los bienes deben ser comunes, de modo que apenas hallan algo mal guardado se lo apropian tranquilamente, como si les viniera por herencia.

Sabemos de otros que son tan ricos en deseos que con sus sueños se dan por contentos. Algunos gozan haciéndose pasar por potentados fuera de casa y se mueren de hambre en ella. Aquéllos se apresuran a derrochar sus herencias mientras hay quienes se procuran bienes por todos los medios lícitos. Este ególatra busca la popularidad y los honores, mientras el perezoso se solaza sentado junto al hogar y deja pasar el tiempo entre bostezos y siestas. Una buena parte promueve procesos que se hacen interminables y en los cuales se disputa a porfía, enriqueciendo al juez aficionado a alargar las causas y al abogado desleal. Hay quien trata afanosamente de cambiarlo todo y también quien emprende una peregrinación a Jerusalén, Roma o Santiago, donde no tiene nada que hacer, mientras deja en el abandono su casa, mujer e hijos.

En resumen, si, como Menipo, pudiésemos contemplar desde la luna el inacabable vaivén de las multitudes humanas, creeríamos ver un enjambre de moscas y mosquitos peleando entre sí, tendiéndose acechanzas, robándose, burlándose unos de otros, naciendo, enfermando y muriendo sin cesar.

Nadie que no le conozca podría imaginarse cuán ruín y taimado es ese animalito llamado hombre, ni los infortunios y trastornos que provoca en su corta vida, cuando en una peste o una batalla mueren en un instante millares de seres.

FORMAS ELEVADAS DE LA LOCURA

Pero yo misma sería acabadamente necia y merecería las carcajadas de Demócrito si me pusiese a enumerar todas las formas de necedad y locura del vulgo. Me limitaré, pues, a tratar de aquellos que gozan reputación de sabios y que, según los que le rodean, han alcanzado los laureles de Minerva.

Entre ellos destacan los gramáticos. Esta casta sería seguramente la más mísera, afligida y abandonada si yo no acudiese en su auxilio con una amable locura. No sólo han caído sobre ellos las cinco Furias, las cinco ásperas calamidades del epigrama griego, sino cinco mil, pues en todos lados se les ve famélicos y harapientos, metidos en sus escuelas... ¡qué digo escuelas: mejor dicho calabozos y muladares!... rodeados de verdugos en figura de un montón de niños que les hacen envejecer antes de tiempo a fuerza de trabajos, que les aturden con sus gritos y les hacen desvanecer por los hedores causados por su falta de aseo. Pese a todo esto, gracias a mí, se creen los primeros entre los hombres. Se pavonean ante los asustados chiquillos y les hablan con voz engolada y gesto tenebroso; luego, con la palmeta, las disciplinas o el palo, hacen caer el rigor de su furia sobre las víctimas de su arbitrariedad, imitando al asno de Cumas. Mientras tanto, la suciedad les parece pulcritud; los hedores, aromas de ámbar y su miserable esclavitud el trono de un tirano, de modo que no cambiarían su suerte por la de Fálaris o Dioniso.

Pero cuando su dicha llega al colmo es cuando creen haber descubierto alguna doctrina nueva. Entonces, aunque no hagan sino atiborrar la cabeza de los niños con extravagancias, ¡oh dioses!, desprecian a cualquier Palemón o Donato. No sé cómo consiguen que las tontas madres y los ignorantes padres crean en ellos. A esto debe unirse la satisfacción que reciben cuando hallan en algún carcomido pergamino el nombre de la madre de Anquises o encuentran alguna palabra desconocida por el vulgo, como *bubsequa*, *bovinator* o *manticulator*. Si logran desenterrar un antiguo trozo de piedra con alguna mutilada inscripción, ¡oh Júpiter!, se sienten más alegres y triunfantes que si hubiesen conquistado el África o tomado Babilonia. Cuando recitan sus insulsas y absurdas poesías, como siempre hay quien se las festeje, creen de buena fe que el espíritu de Virgilio ha reencarnado en su pecho. Pero nada hay más divertido que ver a dos de estos desdichados prodigándose mutuas alabanzas y rascándose recíprocamente; pero si uno de ellos por descuido se equivoca en alguna palabreja y el

otro, más listo, tiene la fortuna de cazársela, entonces, ¡por Hércules!, qué drama, qué pelea, qué de ofensas.

Si al decir lo que digo falto un ápice a la verdad, que sobre mí caiga la cólera de todos los gramáticos juntos. Escuchad: conocí a un hombre que sabía griego, latín, era matemático, filósofo, médico y otras cosas más. Este hombre, cuando ya era sexagenario, lo abandonó todo para dedicarse exclusivamente al estudio de la gramática. Durante veinte años le dedicó todo su tiempo, y al cabo dijo que se sentiría feliz si pudiera vivir hasta haber establecido claramente las ocho partes de la oración, cosa que, según él, nadie entre los griegos y los latinos había logrado determinar de un modo definitivo.

Estos sujetos consideran poco menos que un crimen que alguien confunda una conjunción con un adverbio. Y como hay tantas gramáticas como gramáticos, o para ser exactos, aún más (mi querido Aldo, que es uno de mis infinitos protegidos, ha producido más de cinco diferentes) no son capaces de dejar de leer ninguna, por oscura y bárbara que sea, para no tener que envidiar ni temer a ningún otro que pueda arrebatarse su gloria y sus años de labor.

¿Cómo debería llamarse esto, necedad o locura? Poco importa, siempre que se reconozca que gracias a mis mercedes goza de una dicha tal el animal más infeliz de todos, que así no cambiará su suerte ni por la de los reyes de Persia.

POETAS, RETÓRICOS Y ESCRITORES

Aunque también pertenecen a los míos, los poetas me están menos obligados. Como dice el proverbio, son espíritus libres cuya ocupación se reduce a regalar los oídos de los necios con frivolidades y ridículas fábulas. Es de admirar, sin embargo, que con sus composiciones no solamente pretendan la inmortalidad y ser iguales a los dioses, sino conseguirlo también para los demás. De toda la legión de mis seguidores, éstos son los que más esclavizados están por el amor propio y la adulación; nadie me rinde un culto más ferviente que ellos.

En lo que se refiere a los retóricos, aunque algunos traten de relacionarse con los filósofos, se hallan asimismo entre los nuestros. La mejor prueba, entre otras muchas, radica en que han escrito con particular cuidado las reglas del género festivo. Hasta el que escribió acerca del arte de hablar, dedicándolo a Herenio —sea quien fuere— no olvidó incluir la locura entre las formas de agrandar. Quintiliano, que es sin duda el príncipe de este grupo, dedicó a la risa un capítu-

lo más largo que la *Iliada*. ¡Tanta es la importancia que conceden a la locura! Con frecuencia lo que no puede atacar ningún argumento oratorio, la risa lo deshace. Y nadie me negará que el arte de hacer reír con palabras graciosas me pertenece.

De la misma índole son los escritorzuelos que intentan hacerse famosos componiendo libros. Todos ellos me deben mucho, sobre todo los que cubren hojas y más hojas con majaderías.

Los otros, los que escriben doctamente para agradar a un corto número de eruditos y que no rechazarían para críticos suyos a Persio y Lelio, me parecen más dignos de lástima que de envidia. Viven en continua tortura: añaden, modifican, quitan, vuelven a poner, rehacen, aclaran, conservan su manuscrito nueve años antes de decidirse a darlo a las prensas, y nunca están satisfechos. Todo ello sólo para obtener la fútil recompensa de las alabanzas de unos pocos, logradas con vigiliias, fatigas, sudores e infinitos trabajos. Agréguese a esto la pérdida de la salud, la ruina del cuerpo, la ceguera, la pobreza, la envidia, la privación de placeres, la vejez prematura, la muerte anticipada y otros incontables sufrimientos. Grandes males, que el sabio cree compensar con la aprobación de otros míseros como él.

Por el contrario, el escritor que me rinde un culto ciego es mucho más dichoso porque sin esfuerzos ni desvelarse escribe todo lo que se le ocurre sin detenerse a pensar, sin más gasto que su pluma y un poco de papel. El sabe perfectamente que cuantas más necedades escriba, más ha de satisfacer al público necio e ignorante. ¿Qué le importan las censuras de los pocos sabios que casualmente acierten a leerle? ¿Qué vale la opinión de éstos frente a la inmensa multitud que lo aclama?

Pero quienes verdaderamente saben lo que hacen son aquellos que publican obras ajenas con su propio nombre y que con sólo copiar hacen suya la gloria ganada con gran trabajo por los demás. Claro está que comprenden que algún día ha de ser descubierto el plagio; pero mientras llega ese momento se pavonean y se inflan cuando el vulgo, al verlos pasar, los señala y dicen: "Mirad, es el célebre fulano", o cuando ven sus obras en las librerías o ponen títulos solemnes y extravagantes en las portadas, que parecen de magia y que, ¡dioses inmortales!, no son sino palabrería. Pocas personas en todo el vasto mundo pueden descifrarlos y menos habrá aún quienes los aprueben, pues también hay variedad de gusto entre los indocitos. Generalmente, estos títulos se inventan o proceden de obras antiguas. Así, uno se place en llamar a su libro Telémaco; otro, Esteleno o Laertes; aquél, Polícrates, y el de más allá, Trasímaco. Como estos

nombres no tienen ningún sentido, daría lo mismo que les llamasen Camaleón o Calabaza, o, como suelen decir los sabios, Alfa o Beta.

Igualmente resulta gracioso verlos alabarse uno al otro con epístolas, poesías y dedicatorias, con una exageración sin límites, donde un tonto alaba a otro tonto y un indocto replica a otro indocto. “Eres más grande que Alceo”, dice uno; “Y tú, más que Calímaco”, le replican. “Tú eres un Marco Tulio”; “Pues tú eres un Platón”. Otras veces se procuran un adversario con el fin de aumentar su reputación rivalizando con él. Así, “el vulgo, inseguro, opina contradictoriamente”, hasta que uno de ellos, dando por tratados ampliamente los diversos puntos de vista, decide abandonar la contienda. Cada cual se retira victorioso y en triunfo. Los sabios, comprendiendo que todo es una farsa, se ríen; pero, mientras tanto, estas gentes quedan satisfechas y no cambiarían sus glorias por las de los Escipiones. Y no debe olvidarse que incluso los sabios, que se burlan de la insensatez ajena, me deben también grandes favores y no podrán menos que reconocerlo, si no son más ingratos que nadie.

LOS JURISCONSULTOS Y LOS DIALÉCTICOS

Los jurisconsultos pretenden el primer lugar entre los doctos, y no hay quien esté más satisfecho de sí como ellos. Como nuevos Sísifos, ruedan su piedra sin descanso, amontonando leyes sobre leyes, glosas sobre glosas y opiniones sobre opiniones acerca de toda clase de asuntos. Procuran que parezca su ciencia la más difícil de todas, pues creen que un asunto tiene más mérito cuanto más intrincado es.

Se parecen a los dialécticos y los sofistas, que son más ruidosos que los calderos de Dodona y puede cualquiera de ellos hacer callar a veinte comadres escogidas. Podría perdonárseles su charlatanería si no fuesen tan pendencieros, hasta el punto de que por una insignificancia se enredan en una trifulca, y mientras están ocupados en ella, la verdad se les escapa. Sin embargo, su amor propio los hace dichosos; armados de dos o tres silogismos se lanzan a descomunales batallas y es tanta su terquedad que siempre se salen con la suya, pues son capaces de vencer al mismo Esténtor.

LOS FILÓSOFOS

Después de éstos vienen los filósofos, cuyas largas barbas y amplias capas les dan un aspecto venerable. Se tienen por los únicos sabios del mundo y que por ello merecen la veneración del resto de los mortales. Su delirio consiste en construir mundos en el espacio infinito, en medir por pulgadas el sol, la luna y las estrellas, en explicar las causas del rayo, los vientos y los eclipses y de todos los demás inexplicables fenómenos naturales; y todo esto sin ninguna vacilación, como si fuesen secretarios del Creador del mundo o acabaran de llegar del consejo de los dioses. Mientras, la Naturaleza se burla grandemente de ellos y de sus fantasías, pues no saben absolutamente nada con certeza. Buena prueba de esto son las interminables disputas que sostienen acerca de las cosas más simples. Creen saberlo todo aunque nada saben; ni siquiera se conocen a sí mismos, no descubren la sima que se abre ante sus pies ni la roca con que pueden tropezar, sea porque son cegatos o porque tienen la cabeza llena de sueños.

Todo esto no les impide asegurar que ven claras las ideas, los universales, las formas abstractas, los primeros principios, las quiddidades, ecciedades y otros conceptos tan sutiles que el mismo Linceo no alcanzaría a comprender, según creo.

Desprecian al vulgo porque sólo ellos son capaces de trazar triángulos, rectángulos, círculos y otras figuras geométricas superpuestas y en forma laberíntica, o circundadas de letras puestas como en formación y en varias filas, que producen el asombro de los profanos.

Entre estos filósofos se hallan también los que anuncian el porvenir tras consultar a los astros y anuncian prodigios que ni los magos persas se atreverían a pronosticar. A pesar de ser tan necios, todavía hay una clase de hombres que los aventaja en estupidez: los que les hacen caso.

LOS TEÓLOGOS

Quizá sería mejor no hablar de los teólogos, no remover esta ciénaga ni agitar esta pestilente hierba, pues me temo que, como iracundos que son, caigan en turba sobre mí con mil conclusiones, forzándome a una retractación o, en caso de no acceder, me declaren hereje de inmediato. Con este rayo acostumbran confundir a todo aquel que no se les somete. De todos modos, diré que son los más ingratos de mis seguidores. Esto sucede a pesar de deberme enormes beneficios, pues

gracias a su amor propio puede decirse que habitan el quinto cielo, desde cuya altura consideran a los demás mortales como un montón de miserables gusanos que se arrastran sobre la tierra. Se hallan tan encastillados en sus definiciones magistrales, conclusiones, corolarios, proposiciones explícitas e implícitas y están tan bien provistos de subterfugios, que ni las mismas redes de Vulcano podrían atraparlos; seguramente lograrían escurrirse a fuerza de distingos o cortar sus nudos con argumentos tan poderosos como el hacha de Tenedos. Además, son capaces de explicar fácilmente los misterios más profundos, tales como la creación del mundo, cómo ha sido transmitida la mancha del pecado original a los descendientes de Adán, cómo concibió la Virgen a su hijo, en qué medida y cuánto tiempo lo llevó en su seno y de qué manera subsisten los accidentes sin sustancia en la eucaristía.

Pero esto, para ellos, es cosa vieja y sabida. Hay otras cuestiones más adecuadas para los grandes teólogos, los iluminados, como ellos dicen, y que los llenan de agitación cuando se plantean. Por ejemplo, “¿existe el verdadero instante de la generación divina?” “¿Existen varias filiaciones de Cristo?” “¿Podría Dios haber tomado figura de mujer, de diablo, de asno, de piedra o de calabaza? Y, admitiendo esto, ¿cómo habría predicado, hecho milagros y sido crucificado?” “Si Pedro hubiese consagrado mientras Cristo estaba en la cruz, ¿qué habría consagrado?” “¿Se comerá y beberá después de la resurrección de la carne?” ¡Como si se cuidasen ya de la sed o del hambre!

Pero aún hay muchas otras sutilezas iguales a éstas o más complicadas, referentes a las nociones, las presencias, las formalidades, las relaciones, las cosas en sí y los tiempos, que escapan a los ojos del vulgo y que sólo podría captar Linceo, cuya mirada atravesaba las densas tinieblas.

Añadamos todavía aquellas sentencias tan paradójicas que, cotejadas con ellas, las de los estoicos resultarían vulgares y propias de charlatanes de feria. Por ejemplo: “Es un delito más grave coser en domingo el zapato de un pobre que matar mil hombres”, o “Es preferible que el mundo entero perezca a decir la más pequeña mentira”. Estas sutilezas se hacen doblemente sutiles al ser examinadas por los distintos sistemas escolásticos, que forman una red más intrincada que el laberinto. Los nominalistas, realistas, tomistas, albertistas, ockanistas y escotistas son sólo algunas de estas sectas. En ellas, como en todas las demás, es tan profunda la doctrina que los mismos apóstoles necesitarían una nueva venida del Espíritu Santo si tuvieran que habérselas con los teólogos de hoy.

San Pablo pudo ser un notable defensor de la fe, pero se mostró poco atinado cuando la definió diciendo que “La fe es el fundamento de las cosas que se esperan y la convicción de las que no se ven”. Si bien practicó la caridad de un modo admirable, fue poco dialéctico en la división y definición que hizo de ella en el capítulo XIII de su primera Epístola a los Corintios. Sin duda los apóstoles consagraban devotamente, pero si se les hubiese interrogado acerca de los términos *a quo* y *ad quem*, o sobre la transustanciación, o de qué manera el mismo cuerpo puede estar en dos lugares diferentes, o las diferencias existentes en el cuerpo de Cristo, ya fuese estando en el cielo, en la cruz, o en el sacramento de la eucaristía, o en qué momento exacto se realiza la transustanciación —puesto que las palabras por las cuales se efectúa se pronuncian sucesivamente, como cantidad discreta— no es probable que sus respuestas hubieran alcanzado la agudeza de los escotistas en la explicación y definición de todos estos asuntos. Conocieron a la Virgen, pero, ¿cuál de ellos hubiera explicado filosóficamente, mejor que nuestros teólogos, cómo fue preservada del pecado original? Pedro recibió las llaves de aquel que no las hubiera entregado a un indigno; pero no me consta si comprendió y, desde luego, no alcanzó la sutileza de preguntarse cómo un hombre puede poseer las llaves de la ciencia careciendo totalmente de ella. Los apóstoles bautizaban por todas partes y, pese a esto, jamás explicaron las causas formales, materiales, eficientes y finales del bautismo, ni mencionaron su carácter deleble e indeleble. Adoraban a Dios en espíritu siguiendo las palabras del Evangelio, “Dios es espíritu y en espíritu y en verdad debe ser adorado”, pero no hay testimonios de que entonces les fuese revelado que debe adorarse del mismo modo una mala imagen de Cristo pintada en una pared con carbón, siempre y cuando tenga dos dedos extendidos, cabellera larga y una aureola con tres rayas sobre el occipucio. ¿Quién sería capaz de darse cuenta de ello a menos de haber pasado treinta y seis años al menos estudiando la física y la metafísica de Aristóteles y Escoto?

Asimismo, los apóstoles enseñaron lo que es la gracia, pero nunca distinguieron entre la gracia *gratis data* y la gracia santificante. Predicaron hacer buenas obras, pero no separaron la gracia operante y la gracia operada. Enseñaron incesantemente la caridad, pero no separaron la adquirida de la infusa ni explicaron si era accidental o sustancial, creada o increada. Odiaron el pecado, pero estoy totalmente segura de que no supieron definir científicamente qué cosa es, a no ser que imaginemos que los aconsejó el espíritu de los escotistas.

Si San Pablo, por cuya cultura podemos juzgar la de los demás apóstoles, hubiera sido versado en teología, no habría condenado las definiciones, controversias y genealogías, y, como las llamó, las logomaquias; y eso que las disputas de entonces eran rústicas y groseras en comparación con las exquisitas sutilezas de nuestros maestros. Sin embargo, hay que reconocerles a estos teólogos que son tan tolerantes que no han condenado las inocentes tosquedades, tan poco académicas, de los apóstoles. Se contentan con interpretarlas con benevolencia, tanto por rendir homenaje a la antigüedad como por deferencia al título apostólico. ¡Por Hércules! Hubiera sido poco justo pedirles tan sublimes cosas, de las cuales no oyeron decir una palabra a su maestro. Pero si encuentran semejantes deficiencias en San Crisóstomo, San Basilio o San Jerónimo anotan al margen del texto “Esto no se admite”.

Los apóstoles impugnaron enérgicamente a los paganos, a los filósofos y a los judíos, gente esta última de irreductible obstinación; pero lo hicieron no con silogismos, sino con el ejemplo de sus vidas y milagros, pues se dirigían a un público sencillo e incapaz de meterse en la cabeza la proposición menos aguda de Escoto. Hoy, en cambio, ¿qué hereje o qué pagano podría resistirse ante tan delicadas sutilezas? Sólo pasaría esto cuando fuese tan torpe que no pudiera comprenderlas, tan irrespetuoso que las silbara o tan acostumbrado a las mismas controversias que en esta lucha se enfrentaran con armas iguales. El mago pelearía con el mago, el diestro con otro diestro, de modo que no se haría otra cosa que tejer y destejer la tela de Penélope.

En mi opinión, los cristianos, en vez de enviar grandes ejércitos a luchar contra turcos y sarracenos con dudosos resultados, harían mejor mandando allá a los vociferadores escotistas, los tercios ockanistas y a los invictos albertistas, junto con toda la demás tropa de sofistas, y tengo la seguridad de que se libraría la más feroz de las batallas que en el mundo se ha visto y se obtendría la victoria más resonante. Pues, ¿quién resistiría a pie firme tantos agujonazos? ¿Quién no se dejaría dominar por tales agudezas? ¿Quién tan clarividente que no fuese sumergido en profundas tinieblas?

Pero parecerá que digo estas cosas en son de burla. Os aseguro que no es cierto. No ignoro que entre estos teólogos hay algunos, realmente sabios, que se asquean ante tales frívolas sutilezas teológicas, que consideran sacrílegas las discusiones sobre tales asuntos, que estiman por más adecuados para adorar que para explicar, sobre todo si estas controversias se hacen con la ayuda de métodos paganos, con artificios retóricos y sutilezas filosóficas. La majestad de la divina

teología se mancha con argumentos tan profanos, definiciones tan arrogantes y opiniones necias.

Los teólogos fanáticos, sin embargo, se sienten tan satisfechos con su ocupación que se ocupan en ella día y noche, hasta el punto de que no les queda tiempo para leer siquiera una vez los Evangelios o las Epístolas de San Pablo. Creen ser los pilares de la Iglesia, que se hundiría sin el puntal de sus silogismos, actuando de la misma manera que, según los poetas, hacía Atlas cuando sostenía el cielo.

Podéis imaginar la felicidad que sienten cuando moldean y modifican a su capricho, cual si fuesen de cera, los pasajes más cercanos de las Escrituras. Asimismo, pretenden que sus conclusiones, suscritas por algunos de sus seguidores, sean consideradas superiores a las leyes de Solón y merecedoras de pasar por delante de los decretos pontificios. Como si fuesen censores del mundo, quieren obligar a retractarse a cualquiera que no obedezca ciegamente sus conclusiones explícitas e implícitas y decretar como oráculos que “Esta proposición es escandalosa”, “Ésta, irreverente”, “Ésta, huele a herejía”, “Aquella es malsonante”. Así, ni el bautismo, ni el Evangelio, ni San Pedro, San Pablo, San Jerónimo y San Agustín y ni siquiera Santo Tomás, que es el más aristotélico, son suficientes para el buen cristiano, que además ha de tener la aprobación del sutil juicio de los bachilleres.

¿Quién pensaría, si estos sabios no lo enseñaran, que no es cristiano quien afirma que las frases “Bacín, apestas” y “Apestas, bacín” o “La olla hierve” y “Hierve la olla” son equivalentes? ¿Quién habría salvado a la Iglesia de tan grandes males que, sin duda, nadie habría advertido, de no salir ellos de la Universidad a denunciarlos con grandes pregones? Y bien dichosos se sienten haciéndolo.

Pero esto no es todo: los sujetos a que me refiero han descrito detallada y completamente los horrores del infierno, al punto que se diría que han vivido varios años en él. También inventan a su capricho mundos celestiales, añadiendo uno vastísimo y lleno de comodidades y distracciones para que los bienaventurados se paseen, celebren banquetes y jueguen a los dados.

Con estas y otras necedades atiborran de tal manera su cabeza que imagino no lo estuvo tanto la de Júpiter cuando pidió su hacha a Vulcano para dar a luz a Minerva. Así pues, nadie debe extrañarse de que en las reuniones públicas cubran cuidadosamente sus venerables cráneos con el birrete, dado que de otro modo estallarían.

Frecuentemente yo misma me río de ellos cuando veo que los más consumados teólogos son quienes más torpe y bárbaramente hablan; balbucean de tal forma que sólo los tartamudos los comprenden y tie-

nen por conceptos ingeniosos todo lo que la plebe no puede entender. Aducen que es indigno de las Santas Escrituras someterse a las reglas de la gramática. ¡Singular privilegio, que es compartido por cualquier zapatero remendón!

Finalmente, se creen semidioses cuando son nombrados con las devotas palabras de *Magister noster*, que es para ellos algo esotérico, como el *tetragrammaton* de los judíos. Creen que este título debe escribirse con mayúsculas, y si alguno cambia el orden y dice *Noster magister* esto basta para que el infeliz aparezca como reo de lesa majestad teológica.

LOS RELIGIOSOS Y LOS MONJES

Pasemos ahora a la especie mejor del reino animal, es decir, a los religiosos y monjes. Empecemos diciendo que estos nombres son inadecuados, porque escasamente se halla religión en los religiosos, y los monjes, palabra que quiere decir “solitarios”, se encuentran donde quiera.

¿Qué sería de esta gente desdichada si no acudiese yo en su auxilio? Se les detesta tanto que se tiene de mal agüero encontrarse con alguno por la calle, lo cual no les impide tenerse a sí mismos en elevadísimo concepto.

En primer lugar, tienen como el colmo de la perfección ser un completo ignorante, al punto de que ni siquiera saben leer. Creen halagar a Dios cantando con voz asnal los salmos en la iglesia, con ritmo pero sin conocer su sentido. Algunos explotan ventajosamente sus harapos y suciedad mendigando un mendrugo de pan de puerta en puerta, sin perdonar posada, carruaje ni barco que no recorran, con perjuicio de los demás pordioseros. Y estos individuos ignorantes, rústicos y sucios pretenden desvergonzadamente ser la imagen moderna de los apóstoles.

¿Hay algo más gracioso que esas reglas que disponen que todas las cosas se hagan según sus preceptos, con rigidez matemática, y que considera sacrilegio la menor omisión? Se ha especificado el número de nudos de la sandalia, el color del cinturón, el largo y forma del hábito, el tamaño y género de la cogulla y el cíngulo, el diámetro de la tonsura, la hora de acostarse y de levantarse. Pero, ¿quién no comprende la desigualdad de esta igualdad, siendo tan grande la variedad de caracteres y temperamentos que han de cumplirla? Pues, a causa de estas naderías, no sólo desprecian a los laicos, sino que entre sí riñen y se insultan a pesar del voto de caridad apostólica que

han hecho. Lo cierto es que se lanzan a enormes contiendas contra los que llevan cinturón distinto al suyo o hábito de color un tanto más oscuro.

Algunos hay que son tan severos en el cumplimiento de la regla que llevan el cilicio exteriormente, pero debajo tienen ropa de lana finísima; otros, al contrario, usan debajo lana y encima lino. Los hay que desprecian el dinero, pero no el vino y las mujeres. En resumen, que todo su afán se reduce a no hacer nada que esté de acuerdo con la generalidad de las costumbres humanas. Su ambición no es imitar a Jesucristo, sino no parecerse entre ellos. Por esta razón aprecian tanto los apodos que se dan a sí mismos: unos se pavonean llamándose franciscanos, y dentro de ellos se separan en recoletos, menores y mínimos o bulistas; otros se inflan llamándose benedictinos, bernardinos, brigidenses, agustinos, guillermitas y jacobinos, como si no les fuera suficiente el nombre de cristianos.

La mayor parte de ellos dan tanta importancia a sus ceremonias y tradiciones que creen que el paraíso es poca recompensa para méritos tan grandes, sin pensar que Cristo despreciará todas esas insignificancias y solamente tendrá en cuenta si han respetado fielmente el precepto de la caridad.

Será en verdad divertido verlos el día del juicio final, presentando uno sus alforjas llenas de oraciones; otro, sus ristras de salmos; éstos, sus mil ayunos, correspondientes a otros tantos días que han hecho una sola comida, pero con esta sola habrá llenado su estómago hasta reventar; aquellos, sus complicadas ceremonias, que no cabrían en siete barcos; quien se ufanará de no haber tocado jamás una moneda de plata... sin cubrirse previamente las manos con guantes; aquél, presentará su hábito tan grasiento que no se atrevería a vestir un marinero; algunos alegarán que vivieron más de cincuenta años pegados a unas peñas, como si fueran esponjas. Habrá quienes se enorgullecen de su ronquera, adquirida a fuerza de cantar las glorias del Altísimo; otros afirmarán que se han embrutecido por vivir en la soledad, y tal achacará la torpeza de su lengua al silencio guardado.

Pero estoy segura que Jesús, cuando vea que esta enumeración de méritos es inacabable, les interrumpirá exclamando: “¿De dónde ha salido esta nueva casta de judíos? En verdad os digo que yo no conozco más que mi ley, y de ella no he oído una sola palabra. He prometido el reino de mi Padre, claramente y sin parábola alguna, no a los ayunos, ni a los hábitos y votos, sino a las obras de caridad. No reconozco a los que estiman tanto sus méritos que se tienen por mejores que Yo. Vayan, si quieren, al paraíso de los abraxistas, o que ocupen uno de

los nuevos cielos que han inventado, ya que concedieron mayor importancia a sus ceremonias y reglas que a mis mandamientos”.

Cuando escuchen esto y vean que los marinos y cocheros son preferidos a ellos, ¡con qué gestos se mirarán unos a otros!... Pero mientras tanto, son felices gracias a la esperanza que yo les concedo.

Aunque se hallen apartados de la vida secular, nadie se atreve a menospreciar a esta gente, en especial si son mendicantes. Esto se debe a que mediante la confesión conocen todos los secretos; y aunque tienen por ilícito descubrirlos, no respetan esta norma cuando beben y quieren divertirse con historietas ligeras. Entonces los narran dando indicios de la realidad, pero ocultando los nombres. Si alguien incomoda a uno de estos zánganos, se consideran agraviados y lo aluden en sus sermones con indirectas que solamente no comprendería quien fuese enteramente necio. Y no dejan de ladrar hasta que les arrojan a las fauces su miel.

Si se les observa cuando están en el púlpito, se verá que no hay comediante o sacamuelas que pueda compararse con ellos en imitar las reglas de la falsa elocuencia. ¡Oh dioses inmortales! ¡Cómo gestículan, cómo cambian el tono de la voz, cómo se menean a una parte y otra del auditorio, qué de citas, qué de gritos! Las naves del templo retumban con sus voces y los fieles se sienten humillados y agachan la cabeza mansamente. Yo no he sido capaz de descubrir el misterio con que rodean esta manera de evangelizar, porque la aprenden en la soledad de sus claustros y ningún profano presencia su práctica; pero voy a describir lo que he logrado saber.

En primer lugar comienzan con una invocación, como los poetas. Luego, como exordio, si van a tratar de la caridad se refieren al río Nilo; si de los misterios de la cruz, dan comienzo a su perorata con Bel, el dragón de Babilonia; si del ayuno, inician mencionando los doce signos del zodiaco, y si de la fe, principian con una larga y oscura disquisición sobre la cuadratura del círculo.

Recuerdo que en una ocasión escuché a un sandio eminente (¡perdón!, he querido decir un sabio) que predicaba sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Quiriendo demostrar su vasta erudición y a la vez halagar a los teólogos presentes, empezó a hablar de la formación de las palabras y las distintas partes de la oración y después de la concordancia del sujeto con el verbo y del adjetivo con el sustantivo. Algunos oyentes, asombrados, se hacían cruces diciendo: “¿A dónde irá a parar con tantas necesidades?” De allí vino a demostrar este insigne teólogo que el símbolo de la Santísima Trinidad está comprendido dentro de las reglas gramaticales de un modo tan perfecto que una

figura geométrica no podría representarlo con mayor exactitud. Para componer este sermón empleó ocho meses; hoy está más ciego que un topo, porque toda la sutileza del ingenio se le subió a la cabeza y le sorbió el seso; a pesar de todo, no le entristece mucho su mal y piensa que la gloria le salió barata.

También oí a un teólogo octogenario, tan profundo que parecía Escoto redivivo. Para explicar el misterio de la palabra Jesús, demostró con admirable sutileza que en sus letras se halla todo lo que puede decirse de Él. En efecto, como solamente tiene tres casos de declinación, es un símbolo evidente de la Santísima Trinidad. Asimismo, como la primera terminación es Jesús en “s”, la segunda Jesum en “m” y la tercera Jesú en “u”, de esto se deduce el gran misterio que encierra, porque nos dice que Jesús es lo sumo, lo medio y lo último.

Pero aún quedaba otro misterio más oculto. Dividió la palabra en dos partes iguales, eliminando la “s” central; dijo entonces que esta letra era llamada “syn” por los hebreos, que “syn” se traduce por pecado en escocés y que, por ende, quedaba claro que Jesús quitaba los pecados del mundo. Esta novedad dejó a todos con la boca abierta de admiración, y sobre todo a los teólogos, que estuvieron a punto de quedarse convertidos en piedra como le acaeció a Niobe; pero a mí me dio tanta risa que por poco me sucede lo que a Príapo cuando tuvo la desdicha de ser testigo de los nocturnos hechizos de Canidia y Sagana. Y por cierto que había motivo para ello, pues, ¿cuándo se ha visto una demostración de esta usanza en el griego Demóstenes o el latino Cicerón? Éstos tenían por incorrecto todo exordio ajeno al asunto, consejo que siguen hasta los porqueros, sin necesidad de mayor educación. Pero estos oradores creen que los preámbulos (así los llaman) son tanto más finamente retóricos cuanto menos relación tengan con el tema, de modo que el oyente, asombrado, murmure: “¿Adónde irá a parar?”

Lo curioso es que cuando citan el Evangelio lo hacen rápidamente y sin darle mayor importancia, cuando debería ser el fundamento de sus exposiciones.

Pero todavía hay más. Si abordan un asunto teológico, cuidan de que éste no tenga relación alguna con el cielo ni con la tierra, cosa que consideran artística. Como lo traen por los pelos y a destiempo y no hay manera de empalmarla razonablemente en el discurso, ponen un teológico entrecejo y echan mano de doctores solemnes, doctores sutiles, sutilísimos, seráficos, santos e irrefragables. Se complacen en arrojar sobre el vulgo ignorante silogismos mayores y menores, con-

clusiones, corolarios, suposiciones necias y otras tonterías superescolásticas.

Finalmente, son consumados maestros en referir alguna fábula estúpida o vulgar extraída del *Speculum historiale* o las *Gesta romanorum* y la interpretan alegórica, tropológica y anagógicamente. Y así dan fin a su monstruo, al cual no se aproximó siquiera Horacio cuando escribió aquello de *Humano capiti...*

Ignoro de qué maestro aprendieron que convenía que el principio de la oración fuese tranquilo y poco estrepitoso; de modo que comienzan sin oírse ni a sí mismos. Han escuchado asimismo que hay que lanzar exclamaciones para atraer la atención de los oyentes, así que sin transición alguna ni motivo aparente prorrumpan en furiosos clamores. Pero, ¿quién les haría notar tales cosas, si no atienden consejos de nadie? Piensan igualmente que es necesario que el sermón vaya creciendo poco a poco en vehemencia; así que después de haber recitado normalmente una parte, lanzan de pronto prodigiosos torrentes sonoros, aunque el asunto sea totalmente trivial, para caer al final a un tono menor, como si hubieran perdido el aliento. Por último, los retóricos les enseñaron que es bueno acudir a la risa, y por ello procuran mezclar algunos chistes que, ¡oh, amada Afrodita!, son tan llenos de gracia como el asno de la fábula cuando pulsó la lira. A veces son mordaces, pero con tan poco arte que en vez de herir hacen cosquillas, y lo que en su opinión son amargas verdades no pasan de vulgares adulaciones.

En suma, que toda su actuación es tal y son tan poco interesantes y groseros que se diría que han aprendido de los charlatanes de los mercados. Muchos de éstos son superiores a aquéllos; nadie puede asegurar quién ha adiestrado a quién.

Sin embargo, gracias a mí, hay gente que al oírles cree escuchar a nuevos Demóstenes o Cicerones. Entre este entusiasta auditorio sobresalen los mercaderes y las mujeres, que son los más adulados por ellos. Los primeros, porque habitualmente donan algunas migajas de sus mal adquiridos bienes; y las segundas, porque mediante ellas conocen los secretos de la vecindad. Además, las casadas favorecen a los frailes porque en su seno hallan consuelo para sus disgustos conjugales.

Se comprende perfectamente cuánto me deben estos hombres que con sus necias ceremonias, necedades y vociferaciones, ejercen una especie de tiranía sobre los mortales y se creen unos San Pablo y San Antonio.

LOS REYES Y LOS PRÍNCIPES

Pero dejemos en buena hora a estos comediantes, que tan ingratos resultan al negar los beneficios que de mí reciben como deshonestos son al simular devoción.

Corresponde ahora que digamos algunas palabras sobre los reyes y príncipes, personajes que me rinden un ferviente culto; voy a exponer el tema con la independencia de una persona libre.

Si alguno de estos personajes tuviera sólo un poco de sentido común, su existencia sería la más triste y menos atractiva de todas. En verdad que no valdría la pena prevenirlos de una traición o un parricidio, puesto que es una carga tan pesada que no podría tolerarla quien procediera como un verdadero rey. Los monarcas no deben ocuparse de sus problemas, sino sólo del bien público y de cumplir estrictamente las leyes que ellos mismos han promulgado, así como cuidar de la honradez de sus ministros y de todos aquellos a quienes han dado algún cargo. Ante el pueblo, el príncipe resplandece como un astro benéfico que procura la dicha de sus súbditos, o como la maléfica estrella que trae desgracias sin cuento. Los vicios y defectos del común de los mortales pasan inadvertidos; pero si él se aparta de la honestidad, su pasión se extiende como una peste funesta a una muchedumbre de personas. Los reyes, además, se hallan tan expuestos a encontrar a su paso mil cosas que les pueden desviar de la rectitud, como placeres, adulación, vicios y lujos, que deben esforzarse por alejarse de ellos y poder cumplir serenamente con su deber. Y nada digamos de las asechanzas, odios, envidias y peligros que rodean a una cabeza coronada. Finalmente, sobre ellos está otro rey verdadero, inmortal y justo, que les pedirá estrecha cuenta de sus acciones y que será tanto más severo cuanto mayor haya sido su poderío terreno.

Si meditasen sobre estas cosas y otras similares, no estarían tranquilos en ningún banquete ni tendrían un sueño pacífico. Pero con mi auxilio dejan en manos de los dioses todos estos cuidados, no atienden más que a vivir cómodamente y sólo escuchan las voces adulatoras y que les traen diversión. Piensan que cumplen perfectamente con sus obligaciones dedicándose a la caza, a cabalgar en hermosos caballos, vendiendo los cargos y magistraturas y encontrando nuevos medios de apoderarse del dinero de sus vasallos para llevarlo a sus tesoros. Para cubrir con la máscara de la dignidad sus iniquidades, resucitan o inventan nuevos títulos honoríficos para sus favoritos y, de cuando en cuando, halagan al pueblo con cualquier bagatela para tenerlo satisfecho.

Imaginad a un hombre, como son frecuentemente los reyes, ignorante de las leyes, enemigo, o poco menos, del bien público, hostil al saber, atento a los provechos, inclinado a los placeres; ponédle ahora el manto de armiño en sus hombros y el cetro en sus manos, emblemas de la coherencia de sus virtudes y del brillo de sus acciones, dadle la enjoyada corona y el manto de púrpura, representación del vivo amor de su pueblo; meditad en su conducta y decidme si no debería avergonzarse de la farsa que representa y vivir con el temor de que algún malicioso le gritara a la cara su infamia.

LOS CORTESANOS

¿Qué he de decir de los cortesanos? Nada hay más rastrero, servil, necio y despreciable que ellos, pese a lo cual se tienen por los primeros de los humanos. Solamente en una cosa son modestos: les basta cubrirse de oropel, de púrpura y demás insignias del saber, dejando a los demás poner en ejercicio estas cualidades. Son dichosos llamando al rey “señor”, saludando adecuadamente, dando los tratamientos de “serenidad” y “majestad” o “excelencia”, conservando en todo momento una expresión imperturbable y una aduladora alegría, pues tales son las habilidades convenientes a los nobles y cortesanos. Si nos fijamos más de cerca en su estilo de vida, veremos que no son sino unos verdaderos feacios y pretendientes de Penélope, como dice Horacio. Duermen hasta mediodía; casi acostados aún, oyen la misa que atropelladamente les dice su capellán asalariado; desayunan y, apenas han terminado, piden la comida. Luego se divierten jugando a los dados, al ajedrez, hablando de mujeres, de cacerías, comedias, modas y otros asuntos por el estilo, alternando la charla y las bromas con algún tentempié. Enseguida llega la hora de la cena y tras ellas las libaciones que, ¡por Jove!, no son pocas. De este modo, sin cuidados ni preocupaciones, pasan los días, los meses y los años. Confieso que hasta yo misma, al contemplar a estos necios vanidosos, he sentido a veces fuertes náuseas; sobre todo cuando veo entre estos fanfarrones a una ninfa que se cree más adorable cuanto mayor es la cola de su vestido, o esos aristócratas que se abren paso a codazos para ubicarse más cerca de Júpiter, o, en fin, a esos personajes cuyo engreimiento crece de acuerdo al peso de la cadena que llevan al cuello, como si su nobleza tuviera que ver con su resistencia física.

LOS OBISPOS

Desde tiempo inmemorial, los cardenales, obispos y los papas, sucesores de los apóstoles, siguen la misma conducta y hasta los aventajan en ocasiones.

Pero si alguno de estos obispos reflexionase que sus níveas vestiduras simbolizan una vida sin mancha; que la mitra bicorne, de dos puntas unidas por un lazo, representa la ciencia del Antiguo y el Nuevo Testamento; que los guantes que cubren sus manos le indican que éstas deben estar alejadas del contacto de las cosas humanas, limpias y puras, para administrar los Sacramentos; que el báculo es insignia de incesante vigilancia de su rebaño; que el pectoral indica el triunfo de las virtudes sobre las pasiones, ¿no viviría lleno de tristeza e inquietud? Pero a ellos les basta con ser pastores de sí mismos y confían el cuidado de sus ovejas a Cristo, o a los frailes y vicarios. Olvidan que la palabra “obispo” quiere decir trabajo, vigilancia y soledad. Sólo cuando se trata de recoger dinero se sienten realmente obispos y no se les embota la vista.

LOS CARDENALES

Lo mismo puede decirse de los cardenales. Si meditasen en que son sucesores de los apóstoles y que deben vivir como ellos lo hicieron; que no son amos, sino administradores de los bienes espirituales, de los que pronto han de dar prolija cuenta; si meditasen un poco sobre que su albo sobrepelliz es signo de pureza, el manto purpúreo representa el amor a Dios, que su capa (tan amplia que cubre también la mula que los conduce, y que bien podría ocultar a un camello) significa la caridad cristiana que debe ayudar, enseñar, consolar, exhortar, reprender y amonestar a todos, evitando las guerras y resistiendo a los malos príncipes, derramando para ello no sólo las riquezas sino la propia sangre; si recordasen estas cosas, seguramente no ambicionarían este oficio y, abandonándolo, llevarían una vida laboriosa y prudente, como fue la de los discípulos de Jesucristo.

LOS PAPAS

Si los sumos pontífices, que hacen las veces de Cristo en la tierra, procuraran imitar su pobreza, trabajos, predicación, su martirio y

desprecio del mundo; si reflexionasen en que la voz “papa” quiere decir padre, y advirtieran que se les llama “santísimos”, ¿quién existiría más desdichado que ellos? ¿Quién desearía alcanzar tal honor y conservarlo con la violencia, el puñal y el veneno? Si alguna vez se adueñara de ellos la sabiduría, tendrían que privarse de sus placeres. Mas... ¿he dicho sabiduría? Un granito de sal sería suficiente, según el Evangelio. Entonces todos los honores, riquezas, pompas, trono, guardias, tributo y comodidades resultarían odiosos para el hombre que sustenta la tiara y los cambiaría por ayunos, vigiliias, oraciones, penitencias, sacrificios, lágrimas y otras mil pesadumbres.

Claro es que si esto sucediera, la muchedumbre onerosa (¡perdón!, quise decir honrosa) de secretarios, notarios, escribanos, abogados, recaudadores, caballeros, lacayos, proxenetes y algunos otros de oficios aún más vergonzosos, tendría que trabajar o morir de hambre. Sería esto una gran crueldad, aunque todavía sería más aborrecible que los príncipes de la Iglesia, verdaderas lumbreras, se vieran obligados a empuñar su cayado y colgarse el zurrón para viajar por el mundo.

Pero estas desgracias no ocurrirán. En nuestros días todo lo que implica sacrificio es encomendado a San Pedro y San Pablo, que tienen tiempo suficiente para ello; los papas se reservan tan sólo lo que significa esplendor y vanidad. Así, gracias a mis mercedes, la vida que llevan estos hombres está libre de sinsabores y sobresaltos, puesto que están convencidos de que Cristo se halla satisfecho con su actuación como pastores de su grey, de sus ceremonias, de los títulos de “beatitud”, “reverencia” y “santidad”, de su forma de llevar los sagrados ornamentos y de cómo distribuyen anatemas y bendiciones.

La vieja costumbre de hacer milagros ya está pasada de moda y es impropia de nuestro tiempo; enseñar al pueblo es fastidioso; interpretar las Sagradas Escrituras es cosa de estudiantes; rezar es ocioso; llorar es propio de mujeres y de pobres de espíritu; la pobreza es sórdida; obedecer no es indicado para quienes apenas otorgan a los reyes más poderosos el honor de besar sus santos pies; la idea de la muerte los espanta y tienen a la crucifixión por un martirio infamante. Así, las únicas armas de que hoy disponen son esas dulces bendiciones de que habla San Pablo, que ellos prodigan generosamente y las interdicciones, suspensiones, anatemas, el espantajo del demonio (al que recurren con exceso) y el rayo de la excomunión, que con su terrible fulgor basta para arrojar las almas más allá del Tártaro. Esta arma la emplean los santísimos padres, vicarios de Cristo en la tierra, contra los seducidos por Lucifer que se atreven a disminuir en algo

el patrimonio de San Pedro. En efecto, aunque este apóstol dijo, según el Evangelio, “Todo lo dejamos para seguirte”, sus herederos poseen tierras, ciudades, tributos y vasallos. Procurando imitar a Cristo, combaten a sangre y fuego contra sus enemigos, derramando sangre en crueles guerras, pensando que así defienden apostólicamente a la Iglesia, esposa de Jesucristo. ¡Como si ésta tuviera peores enemigos que estos pontífices impíos que con su silencio contribuyen a que los hombres olviden al Redentor, mientras alcahuetean con su ley, la adulteran con veleidosas interpretaciones y la crucifican con su infame conducta!

Arguyendo que la Iglesia fue fundada, cimentada y propagada con sangre, todo lo resuelven a punta de espada, como si no fuera suficiente Cristo para proteger a los suyos. La guerra es tan cruel que es más propia de fieras que de hombres; tan salvaje que los poetas la presentan como inspirada por las Furias; tan insensata que todo lo arruina y envilece; tan depravada que los más feroces criminales son quienes mejor la practican y tan impía que no tiene nada que ver con la doctrina de Jesús. Los papas olvidan todo esto para entregarse a ella con ansia; algunos, a pesar de sus años, muestran un ardor juvenil, no sienten los gastos, no los detiene la fatiga y nada les impide trastornar a su capricho la ley, la religión, la paz y la tranquilidad. Además, no les faltan aduladores que den a esta evidente locura el nombre de celo, piedad y valor, pretendiendo que es posible empuñar el hierro homicida y hundirlo en las entrañas de los semejantes sin ofender la caridad que todo cristiano debe a su prójimo.

LOS OBISPOS GERMÁNICOS

Desconozco si con esto dieron ejemplo, o quizá lo tomaron, a ciertos obispos germanos que, despreciando totalmente el culto, las bendiciones y ceremonias, viven como verdaderos sátrapas, pensando que entregar el alma a Dios es una cobardía indigna cuando no se hace en el campo de batalla. Los sacerdotes siguen el ejemplo de sus superiores, de modo que a cada momento se lanzan al combate con belicoso ardor, defendiendo sus diezmos con espadas, lanzas, piedras y venablos. Interpretan con agudeza los textos sacros para convencer a las gentes sencillas que jamás deben dejar de darles sus tributos; pero nunca recuerdan que en todas partes está escrito que deben defender los derechos del pueblo. Su tonsura y su hábito nada les dicen, ni se paran a pensar que es su obligación liberar su alma de las ambiciones

mundanas y dirigirla hacia las cosas del cielo. Creen cumplir perfectamente con sus funciones recitando de prisa y de cualquier modo las oraciones, y habría que preguntarse, ¡por Hércules!, si Dios les oye o les entiende, ya que ellos mismos no saben lo que dicen ni comprenden una palabra de sus relinchos.

Los laicos se parecen a los sacerdotes, y aun los aventajan, en la vigilancia de la prosperidad de sus ingresos. No ignoran ninguna de las leyes que a ellos se refieren; pero cuando se trata de soportar alguna nueva carga, la arrojan hábilmente sobre las espaldas ajenas. En la Iglesia sucede lo mismo que en el gobierno de los países: los príncipes delegan sus asuntos en los ministros y éstos en sus subordinados. De la misma forma, los sacerdotes depositan en el pueblo, modestamente, el cuidado de la devoción. El pueblo a su vez la encomienda en los que llama eclesiásticos, como si él no tuviera relación alguna con la Iglesia; estos sacerdotes llamados seculares, como si estuviesen iniciados para el mundo y no para Cristo, descargan su obligación en los regulares; los regulares sobre los frailes; éstos que son de manga ancha, sobre los frailes más rigurosos, que son los pertenecientes a las órdenes mendicantes; y éstas, finalmente, sobre los cartujos, entre quienes dicen se oculta la devoción, aunque de una manera tan perfecta que no se la descubre por ningún lado.

Asimismo, los pontífices, que son tan diligentes para amontonar caudales, traspasan a los obispos sus menesteres apostólicos; los obispos, a los párrocos; los párrocos a los vicarios; los vicarios a los frailes mendicantes y éstos, a su turno, al trasquilado rebaño de creyentes.

Al llegar a este punto quiero dejar claro que no es mi ánimo urdir una sátira, sino que al escudriñar la vida de los pontífices y sacerdotes lo hago para realizar un elogio; sentiría que algún malintencionado suponga que es mi intención censurar a los príncipes buenos y alabar a los infames. Lo que deseo, como habréis comprendido por lo que en pocas palabras llevo dicho, es demostrar que ningún hombre puede ser dichoso si no cuenta con mi protección.

LA SUERTE FAVORECE A LOS LOCOS

¿Cómo podría ser de otro modo, si la Némesis que siembra la felicidad entre los humanos está tan de acuerdo conmigo que siempre ha sido jurada enemiga de los sabios y, por el contrario, llena de beneficios a los necios hasta cuando están dormidos? Recordad a Timoteo, que dio origen al dicho “Durmiendo llena la red”; también conocéis el re-

frán que dice “La lechuza es funesta”, y se adecua muy bien a los sabios lo que se dice de “He nacido con mala estrella”. Pero apartemos los refranes, no sea que parezca que estoy saqueando los comentarios de mi querido Erasmo, y volvamos a nuestro tema.

La fortuna ama a los insensatos y audaces que se complacen diciendo “Me lo juego todo a una carta”. El conocimiento hace a sus poseedores tímidos, por lo cual los sabios viven en la pobreza, la estrechez y la oscuridad, despreciados, ignorados y olvidados. Mientras, los necios reciben torrentes de dinero, tienen en sus manos los asuntos públicos y, en suma, prosperan de mil formas. Pues si alguien se tiene por feliz siendo grato a los príncipes y disfrutando del trato de estos mis enjorjados dioses, ¿habrá cosa que le sea más estorbosa que la sabiduría y que más molesta sea para este género de personas? Si se trata de conseguir riquezas, ¿qué comerciante podrá obtenerlas si, obedeciendo los dictados de su sabiduría, se traba en un falso juramento, se avergüenza si lo sorprenden mintiendo y si comparte los más insignificantes escrúpulos de los sabios ante el robo y la usura? Por lo mismo, quienquiera que aspire a honores y riquezas eclesiásticas llegará antes a ellos siendo un asno o un buey que un sabio. Si alguno busca el placer, las mujeres son grandes aficionadas a los necios y se espantan y huyen del sabio como si fuesen un escorpión. En fin, quien pretenda vivir alegremente debe comenzar por excluir de su amistad al sabio y preferir cualquier otro animal.

Concluyendo, dondequiera que se mire entre pontífices, reyes, jueces, magistrados, enemigos, amigos, mayores o menores, todos persiguen los bienes materiales; y como el sabio los desprecia, es lógico que acostumbren huir de él.

Si bien este elogio se ocupa de asuntos inagotables, es bueno que el discurso acabe alguna vez. Así pues, voy a terminar; pero antes añadiré algunas pocas palabras para probar que muchos famosos escritores me han celebrado tanto de palabra como de obra. Así, ningún leguleyo podrá calumniarme diciendo que me envanezco estúpidamente y no alego nada en mi favor.

TESTIMONIO DE LOS ANTIGUOS CLÁSICOS A FAVOR DE LA LOCURA: HORACIO, HOMERO, CICERÓN

Todos conocen un proverbio popular que dice “Dime de lo que te ufanas y te diré lo que no tienes”. Por esto se enseña atinadamente a los niños que “Fingir estupidez es el colmo de la sabiduría”. Puede verse,

entonces, cuán grandes son mis méritos cuando su engañosa imagen e imitación merece tanta estima de los sabios. Horacio aconsejaba con la mayor franqueza que se mezclara “la necedad con el buen juicio” y añadía, con no mucho acierto, que fuera en pequeña proporción. En otro lugar afirma: “Amable cosa es tontear en su momento” y agrega más adelante que “es preferible pasar por insensato y tonto que ser sabio y tener que rechinar los dientes”. Homero, que siempre elogia a Telémaco, le llama en ocasiones “tontuelo”, como nombraban los trágicos a niños y jóvenes, por tenerlo por buen augurio. El divino poema de la *Ilíada* no contiene otra cosa que las pasiones de reyes y pueblos necios. Además, ¿qué elogio mejor que el de Cicerón, cuando dijo “El mundo está lleno de locos”? Y nadie ignora que el bien es mayor cuanto más extenso.

TESTIMONIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS A FAVOR DE LA LOCURA

Y como los textos que he citado no gozan de reputación entre los cristianos, voy ahora a referirme a las Sagradas Escrituras, como acostumbra los eruditos. Pediremos primero el permiso de los teólogos y luego iniciaremos esta difícil tarea. Quizá sería algo indiscreto evocar por segunda vez en camino tan largo a las musas del Helicón, cuando la materia les es extraña. De modo que, como voy a hacer de teólogo en este laberinto, sería mejor impetrar que el espíritu de Escoto abandone un momento la Sorbona y se aposente en mi pecho; después, como es más espinoso que un puerco espín o un erizo, podrá irse donde desee, así sea al cuerno.

Quisiera cambiar de rostro y vestir traje teológico, porque estoy temiendo que alguno, al verme tan profundo saber, me acuse de hurto y de haber registrado ocultamente los papeles de nuestros maestros. Pero mis palabras no deben asombrar a nadie, pues he convivido con ellos tanto tiempo en la intimidad que he aprendido algo de su ciencia. Así Priapo, dios de la madera de higuera, llegó a retener algunas palabras griegas a fuerza de oír a su dueño cuando leía; y el gallo de Luciano, después de largo trato con los hombres, pudo hablar con soltura. En fin, entremos en materia.

Léese en el *Eclesiastés*, capítulo primero: “El número de los necios es infinito”. ¿No indica esto que lo son el común de los hombres, excepto un pequeñísimo número que no sé si alguien podrá contar? Jeremías es más explícito cuando dice: “El hombre se ha vuelto necio

a causa de su sabiduría". Atribuye este profeta la sabiduría a Dios y deja la locura a los hombres, pues afirma también: "Que el hombre no se vanaglorie de su saber". ¿Por qué no quiere el excelente Jeremías tal cosa? Simplemente contestaría que esta sabiduría no existe.

Pero volvamos al *Eclesiastés*. Cuando allí se exclama: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad", ¿qué hemos de entender sino que la vida humana es una farsa estúpida actuada por la locura? Así se ratifica lo dicho por Cicerón de que "el mundo está lleno de locos", y estas otras palabras del *Eclesiastés*: "El necio es veleidoso como la luna, mientras el sabio permanece tan estable como el sol". Esto indica que todos los hombres son necios y que sólo Dios puede tener el título de sabio, porque la luna simboliza la naturaleza humana y el sol, manantial de toda luz, a Dios.

Hay que agregar a lo anterior que el mismo Jesús dice en el Evangelio que nadie puede llamarse bueno más que Dios. Por ende si, según los estoicos, todo el que no es sabio es necio y el bueno es también sabio, es necesario deducir que la necedad abarca a todos los mortales.

Salomón, en el capítulo XV, sostiene que: "la locura es la alegría del necio", o sea que claramente manifiesta que sin esta necedad no hay nada grato en la existencia. Confirma lo dicho esta frase: "Quien añade ciencia añade dolor y en el gran saber siempre hay una gran pena". Este mismo ilustre predicador expresa que: "En el corazón de los sabios habita la tristeza y en el de los necios, la alegría". Quizá por esto él mismo quiso conocer no sólo la sabiduría, sino también la locura. Si no se me cree, basta leer sus palabras en el primer capítulo: "Dediqué mi corazón a conocer la prudencia y la sabiduría, los errores y la locura". Y es fácil comprender que este pasaje es un elogio para mí, ya que el autor me puso en último término y el mismo *Eclesiastés* sostiene que los últimos serán los primeros.

La necedad es superior a la sabiduría según el autor del *Eclesiastés*, cualquiera que fuere. Lo demuestra claramente el capítulo XLIV, cuyas palabras, ¡por Hércules!, no quiero mencionar sin previamente hacer una pregunta para que, con vuestra respuesta, me ayudéis en la introducción, como hacen en Platón quienes discuten con Sócrates. ¿Qué debe guardarse mejor, lo raro y valioso o lo vulgar y vil? Aunque lo ocultéis, contestará en vuestro lugar el proverbio griego que reza "Deja el cántaro en la puerta"; y que nadie lo desprecie temerariamente, porque lo cita el dios de nuestros maestros, Aristóteles. ¿Hay alguien lo bastante estúpido para dejar en la calle sus joyas y dinero? Me parece que no; más bien se los esconde en el sitio más recóndito de

los cofres más fuertes. Lo que nada vale, se deja a la vista. Entonces, si lo valioso se oculta y lo vil se deja visible, es obvio que la sabiduría, que se prohíbe esconder, es inferior a la necedad, que se aconseja ocultar. Véase el testimonio literal: “Es preferible el hombre que esconde su necedad que el que oculta su sabiduría”.

Pero aún hay más: las Sagradas Escrituras otorgan la pureza de alma al loco y se la niegan al sabio, debido a su vanidad. Así interpreto lo que se dice en el capítulo X del *Eclesiastés*: “El loco, como es insensato, piensa que lo son todos los que se encuentra en el camino”. ¿Hay modestia mayor que igualar a todos los hombres consigo mismo y reconocer en ellos un mérito igual al propio? Por eso aquel gran rey que fue Salomón no se avergonzó de ser llamado loco, y escribió en el capítulo XXX del *Eclesiastés*: “Yo soy el más loco de los hombres”. Y San Pablo, el doctor de los gentiles, aceptó de buen grado el mismo título en su Epístola a los Corintios: “Hablo a lo necio —exclama— porque lo soy más que nadie”, como si realmente deseara convencerlos de que nadie lo aventajaba en tontería.

Pero saldrán a contradecirme algunos de esos helenistas que están siempre acechando a los teólogos con cien ojos y que con sus humorísticas anotaciones ofuscan a los demás. De este gremio es el alfa, si no es que la beta, mi querido Erasmo, al que frecuentemente nombro para honrarle. “¡Valiente cita —exclamarán—, verdaderamente digna de la Locura! El pensamiento del apóstol no era como te lo imaginas”. Ni con esa frase buscaba dar a entender que fuese más necio que los demás, ya que lo que dijo fue ‘Ministros de Cristo son ellos y yo también’, como quien tiene por honra explicar que en esto era lo mismo que los demás; y agregó: “Y yo más, puesto que sabía que no solamente era igual a los restantes apóstoles sino que en alguna cosa era él superior. Y para que esta aseveración que él tenía por cierta no sonara arrogante, se defendió con el pretexto de la necedad; porque decir la verdad sin causar ofensa es privilegio de los necios.”

Les dejaré discutir lo que verdaderamente quiso decir San Pablo al escribir esto. Por lo que a mí respecta, me atengo a la opinión de nuestros obesos teólogos, tan prestigiosos a los ojos del vulgo y con los cuales la mayoría de nuestros doctos prefiere engañarse, a concordar con los sabios que dominan tres lenguas. Pues ni uno solo de estos pequeños helenistas realiza más de lo que puede efectuar una cotorra, sobre todo un teólogo insigne cuyo nombre oculto para que mis loros no le reciten el epigrama griego del asno que tocó la lira. Este personaje ha explicado con magistral teología el pasaje que nos ocupa y al llegar a la frase “Hablo a lo necio, porque lo soy más que

nadie” hace una nota y, además, añade un trozo de profunda dialéctica. Transcribo sus expresiones, así en forma como en esencia: “Hablo a lo necio”, o sea “Si parezco necio porque me comparo con los falsos apóstoles, lo pareceré aún más cuando veáis que me tengo por superior a ellos”. Y luego, olvidándose del tema, pasa a otras consideraciones.

Mas, ¿por qué he de emplear un solo y breve ejemplo para fundamentarme? Entre los teólogos es costumbre estirar como una piel las Sagradas Escrituras. Algunos pasajes de San Pablo presentan contradicciones que no aparecían en el texto original. Y si debemos creer a San Jerónimo, que conocía cinco lenguas, cuando el apóstol fue a Atenas vio por casualidad la inscripción de un altar y la alteró para convertirla en argumento en favor de la fe cristiana; suprimió todo lo que no le convenía y mantuvo sólo las palabras finales, aunque un tanto alteradas. La inscripción original decía: “A los dioses de Asia, de Europa y África; a los dioses extranjeros y desconocidos”. Siguiendo este camino, los teólogos buscan por todos lados fragmentos que les vengan bien, mixtificándolos en caso necesario, sin pensar que lo anterior o lo que sigue puede no guardar relación con el tema o incluso contradecirlo; es este un método tan desvergonzado que hasta lo han imitado los juriconsultos.

Y, ¿qué cosa no les saldrá bien, después de que un teólogo de cuyo nombre no quiero acordarme dio una interpretación a las palabras de San Lucas que concuerda con el pensamiento de Jesús como el fuego con el agua? Los buenos vasallos suelen unirse más estrechamente con su señor cuando un grave peligro amenaza, pues saben cuánto significa la unión para la lucha. Por lo mismo quiso Cristo que los suyos no se habituaran a pedir auxilio. Les preguntó si alguna cosa les había faltado desde que les envió a anunciar el Evangelio, sin ayuda, sin calzado que protegiera su pie de las espinas y las piedras y sin alforjas para precaverse del hambre; y como ellos le respondieran que nada, dijo: “Pues ahora el que posea un zurrón, que lo abandone y el que no lo tenga, que venda su túnica y compre una espada”. Como toda la doctrina de Jesús enseña la dulzura, el perdón y el desprecio de la vida, ¿cómo debe entenderse este pasaje? Pues quiere significar que sus enviados deben ir más desprovistos aún, que vayan no sólo sin zapatos y alforjas, sino incluso sin túnica, a fin de que prediquen el Evangelio sin más recurso que una espada; pero no la espada de los ladrones y parricidas, sino la espada espiritual que llega hasta el fondo de los corazones y que de un solo tajo corta las pasiones, dejando sólo la piedad. Pues véase ahora cómo este famoso teólogo re-

torció el texto: la espada es una defensa contra las persecuciones, la alforja, víveres para el camino; esto es como si Jesús, arrepentido de haber enviado a sus apóstoles con tan pobre equipaje, se retractara de sus indicaciones. O como si olvidase que les había prometido que alcanzarían el cielo sufriendo injurias, afrentas y suplicios vedándoles rebelarse contra la adversidad y encomendándoles que fuesen como lirios o dulces y humildes pajaritos, prefiriéndolos desnudos y desarmados antes que feroces. Y así como la espada representa todas las formas de rechazar la violencia, la alforja resume todo lo que se refiere a la vida humana.

Por lo tanto, el citado intérprete quiere enviar a los apóstoles a divulgar el Evangelio armados de lanzas, ballestas, hondas y bombardas; los desea cargados de cajas, maletas y fardos, probablemente para que no se arriesguen a salir de la posada sin comer. No le importa a este teólogo que esta espada que tanto recomienda Jesús comprar, había mandado poco antes que estuviese en su vaina; y que no se conoce que en alguna ocasión usaran los apóstoles de espadas contra la violencia de los gentiles, como hubieran hecho seguramente si tal cosa les hubiera mandado Cristo.

Otro doctor, cuyo nombre por respeto no quiero mencionar, convierte la frase de Habacuc “Las tiendas de la tierra madianita serán turbadas”, en una referencia a la piel de San Bartolomé desollado.

Hace poco concurrí a una disertación teológica, como tengo por costumbre. Uno de los asistentes preguntó en qué lugar de la Escritura se ordena castigar a los herejes con el fuego, en lugar de convencerlos con la persuasión. Un grave y ceñudo anciano respondió indignado que ese pasaje era de San Pablo, quien dijo: “Evita al hereje después de haber tratado con insistencia de disuadirle de su error”. Y como dijese esto gritando reiteradamente, varios preguntaron qué le sucedía a aquel gran hombre, que acabó por explicar que hay que apartar *de vita* al hereje. Algunos rieron, pero no faltaron quienes hallaron completamente teológico el argumento y otros protestaron vehementemente. Entonces un famoso jurisconsulto y autor sutilísimo dijo: “Está escrito: no dejéis que el malvado viva, y como todo hereje es malvado...”, etcétera. Todos quedaron asombrados de la inteligencia de este hombre y aprobaron su dictamen. Pero nadie recordó que la palabra “malvado” en esta ley se refiere a los hechiceros y brujos, a quienes los judíos llamaban “mekaschepim”, de otra forma, se castigaría también con la pena capital a los lascivos y ebrios.

Estoy enumerando casos que son tan innumerables que no cabrían en los volúmenes que escribieron Crisipo y Dídimo. Pero si

a estos divinos maestros se les ha tolerado que hagan citas no muy exactas, no veo por qué no se hará lo mismo conmigo, que soy una teóloga de pacotilla.

Volvamos a San Pablo: “Soportad —dijo— con paciencia a los necios”. Y también “Recibidme como a un ignorante” y “No hablo con inspiración divina, sino llevado por la ignorancia”; y todavía agrega: “Por Jesucristo somos necios”. ¿Habría acaso mejor elogio de la locura? Pues asimismo la recomendó como la cosa más necesaria y útil: “Quien de vosotros se crea sabio que actúe como tonto para hallar la verdadera sabiduría”. Por su parte, San Lucas dice que Jesús, cuando encontró a dos de sus discípulos en el camino de Emaús, les llamó locos.

Es admirable que hasta San Pablo atribuya algo de necedad a Dios, pues dijo: “La necedad de Dios es superior a la sabiduría de los hombres”, si bien Orígenes, en su interpretación, afirmó que no hay comparación entre el concepto humano y esta necedad, puesto que es la misma a que se refiere otro pasaje: “La palabra de la Cruz es necia para los que se condenan”.

Pero, ¿para qué atormentarme reuniendo tantos testimonios para apoyar mis afirmaciones, cuando vemos en los sagrados Salmos que Cristo dice claramente a su Padre: “Tú conoces mi ignorancia”? Por lo tanto, no es increíble que le complacieran grandemente los necios; de la misma forma los príncipes poderosos tuvieron por sospechosos y desagradables a los hombres muy sensatos —como lo hizo Julio César, que desconfiaba de Bruto y Casio, pero no del beodo Antonio; Nerón, con Séneca y Dionisio de Siracusa con Platón— y se deleitaron con los simples y rústicos. Así, Jesús destestaba a los doctos que se vanagloriaban de su prudencia, como claramente lo testimonia San Pablo: “Dios escoge precisamente lo que el mundo considera necio” y “Dios ha querido salvar al mundo mediante la necedad”, ya que no podía ser salvado por la sabiduría. Dios lo declara en palabras del profeta: “Confundiré la sabiduría de los sabios y condenaré la prudencia de los prudentes”. Asimismo se ufana de haber escondido a los sabios el misterio de la salvación y haberlo revelado a los párvulos, es decir, a los locos y a los pobres de espíritu; porque esta palabra en griego significa lo opuesto de sabio. Por esto mismo Jesús ataca en el Evangelio con insistencia a los sabios, mientras protege a la multitud ignorante. ¿Qué otra cosa puede significar “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!”? En cambio, se le ve dichoso cuando se halla con niños, mujeres y pescadores. Entre los animales, prefiere a los que más se alejan de la astucia de la zorra. Por eso eligió cabalgar en burro, aunque pudiera

haberlo hecho en los más feroces leones; el Espíritu Santo desciende a él en forma de paloma, y no de águila o halcón. Por lo mismo, en las Sagradas Escrituras se habla constantemente de ciervos, gacelas y corderos; Jesús llama ovejas a quienes creen en él y están destinados a la vida eterna. No existe un animal más manso que éste, como lo prueba Aristóteles cuando dice: “alma de cordero” como insulto contra los estúpidos y torpes; y sin embargo, Cristo se declara pastor de este rebaño. Para saber cuánto le agradaba este nombre basta recordar que San Juan lo presentó al pueblo diciendo: “Este es el cordero de Dios”, expresión que se repite frecuentemente en el *Apocalipsis*.

Esto prueba que todos los hombres, incluso los piadosos, son necios. El mismo Jesucristo, que era “la sabiduría de su Padre”, tuvo en cierta manera que hacerse el loco para poner remedio a la locura humana, de la misma forma en que se revistió de carne pecadora para redimir el pecado. Y lo hizo mediante la simplicidad de los apóstoles, hombres sencillos y rústicos, a quienes recomendó especialmente que se apartasen de la sabiduría y se inspirasen en el ejemplo de los niños, los pájaros y las flores silvestres, es decir, seres inocentes, sin inteligencia, que viven según su naturaleza y sin preocupaciones.

Llevado por la misma idea, les aconsejó que no meditasen lo que habían de contestar en las sinagogas y tribunales y les encargaba que no confiaran en su prudencia sino que descansasen enteramente en él. Por la misma razón ordenó Dios al hombre que no tocase el árbol de la ciencia, bajo pena de severos castigos, pues en él residía la desgracia. San Pablo condenó la sabiduría como motivo de perdición; y San Bernardo, coincidiendo con su opinión, dijo que el lugar que eligió el demonio para acechar a los hombres se llama montaña de la sabiduría.

La locura goza también de los favores del cielo, que concede al necio el perdón de sus faltas, mientras lo niega rotundamente al sabio; por esto, es natural que quienes han pecado con conocimiento de su falta busquen excusa y protección en la locura. En el libro de los Números, si no recuerdo mal, Aarón suplica el perdón para su hermana diciendo a Moisés: “Te suplico, Señor, que no tomes en cuenta este pecado, que hemos realizado neciamente”. Saúl se excusa con David diciéndole: “He obrado como necio”, y éste apacigua al Señor afirmando: “Te ruego, Señor, que no me hagas cargo por mi infamia, porque actuamos locamente”, como si solamente alegando estupidez o ignorancia pudiera alcanzar disculpa. Incluso Cristo en la Cruz pide por sus enemigos con estas palabras: “Padre, perdónalos” sin dar otra razón que la ignorancia: “porque no saben lo que hacen”. Igualmente,

San Pablo escribe a Timoteo “La misericordia de Dios me ha acogido, pues he obrado incrédulamente por ignorancia”. ¿Qué es obrar como ignorante sino dejarse llevar por la necedad más que por la maldad? Y, ¿qué otra cosa da a entender con “la misericordia de Dios me ha acogido” sino que sólo por la necedad la ha alcanzado? También viene en mi apoyo un pasaje de Salmista, que olvidé citar en su momento: “Señor, no penséis en las faltas de mi juventud y en mis errores”. Ya se ve qué disculpa da: la juventud, de la que soy compañera inseparable, y los errores, cuya repetición indica una multiplicada necedad.

AFINIDAD DE LA RELIGIÓN CRISTIANA CON LA LOCURA

Para abreviar este discurso y no continuar con un tema inagotable, diré que es indudable que la religión cristiana tiene una gran afinidad con la locura y que rechaza la sabiduría. Si deseáis que lo pruebe, lo haré de inmediato.

Si se observa quiénes están siempre arrodillados ante los altares y gozan de la religión más que los demás, se verá que son los niños, las mujeres, los ancianos y los ignorantes, llevados todos de su instinto natural. Además, los fundadores de la religión católica fueron hombres de gran simplicidad y decididos enemigos de la sabiduría. Por último, es fácil comprender que no hay necios que hagan más locuras que quienes están arrebatados por el ardor de la pasión cristiana: abandonan sus bienes, desprecian las ofensas, toleran ser engañados, no distinguen entre amigos y enemigos, aborrecen la voluptuosidad, se complacen con el hambre, la vigilia, las lágrimas, los pesares y los insultos; en fin, están hartos de la vida y desean ardientemente la muerte, pensando sólo en su salvación. ¿No es todo esto una manifiesta locura? En verdad que no es de extrañarse que los apóstoles fueran tomados por borrachos y que San Pablo le pareciera un demente al juez Festo.

Pero ya que he llegado hasta aquí, quiero demostrar que la felicidad que los cristianos buscan a toda costa no es sino una especie de locura y necedad; que nadie se escandalice por mis palabras y que busque su verdadero sentido.

En primer lugar, los cristianos concuerdan con los platónicos en que el alma está atada y oculta por el cuerpo, y que éste le impide contemplar y gozar de las cosas verdaderas. Por ello se ha definido la filosofía como una especie de meditación de la muerte; porque sólo

gracias a ella la inteligencia se separa de las cosas visibles y materiales, que es lo que también hace posible la muerte. Así, mientras el espíritu hace de los órganos del cuerpo un uso moderado, se le llama sensato; pero cuando rompe estos lazos y procura la libertad, como el preso que escapa de su cárcel, se le llama loco.

Si esto sucede por alguna enfermedad o lesión, no hay quien discuta que se trata de una locura. Y, sin embargo, vemos a esta especie de hombres augurar el futuro, dominar lenguas y letras que hasta entonces no habían conocido y presentar en sí algo que procede de Dios. No cabe duda de que esto viene de que la mente, más libre del contacto con el cuerpo, comienza a desarrollar su facultad natural. Por la misma causa les ocurre algo parecido a los moribundos, que dicen cosas prodigiosas e inspiradas. Aunque esto sucede asimismo con el celo piadoso, quizá no sea el mismo tipo de necedad, aunque sí tan similar que la mayor parte de los hombres lo tiene por simple locura. A estos pocos hombrecillos que viven opuestamente al común de los humanos les pasa con los demás lo mismo que ocurría a quienes vivían encadenados en el fondo de la caverna de Platón, contemplando la sombra de las cosas. Cuando uno de ellos salía a la luz, a su regreso afirmaba haber visto los objetos como realmente eran; pero sus compañeros suponían que estaba errado, pues aparte de las sombras vanas no existía cosa alguna.

El sabio les compadece y lamenta la necedad que los mantiene en un error tan grosero, pero ellos a su turno lo consideran un extravagante y evitan su trato.

La mayor parte de los mortales se siente especialmente atraído por las cosas enteramente materiales y cree que son las únicas que existen; pero los creyentes, por el contrario, desprecian lo que tenga vinculación con el cuerpo y se dedican totalmente a la contemplación de lo invisible. Los primeros colocan en lugar preferente las riquezas, el placer de los sentidos en segundo y dejan al espíritu al final, e incluso los hay que niegan su realidad por ser inmaterial. Los devotos viven solamente para Dios, que es el ser más sencillo de todos; luego para el alma, que es lo que más se le aproxima; rechazan el cuidado del cuerpo, abominan el dinero y, si se ven forzados a manejarlo, lo hacen con asco y disgusto, lo poseen como si no lo poseyeran y lo tienen como si no lo tuvieran.

Entre estos dos grupos existe una diferencia radical. Las facultades del hombre se relacionan todas con el cuerpo; sin embargo, hay algunas más viles, como el tacto, el oído, la visión, el olfato y el gusto.

Otras hay, como la memoria, la inteligencia y la voluntad, que parecen ser más independientes de la materia.

Aquéllas hacia las que el alma se incline serán las que posean un mayor vigor. Los creyentes, al dirigir toda su fuerza espiritual hacia las cosas menos familiares a los sentidos, acaban por quedar como embotados y asombrados; en cambio en el vulgo los sentidos predominan y quedan incapaces para otros fines. Esta es la razón por la que algunos varones santos beban aceite, teniéndolo por vino.

Asimismo, hay algunas pasiones que tienen más afinidad con el cuerpo, como la lujuria, la gula, la pereza, la ira, la soberbia y la envidia, a las que los devotos hacen una guerra implacable, mientras la plebe no puede vivir sin ellas. Igualmente, hay agitaciones del espíritu naturales y generales, tales como el amor a la patria, a los hijos, los padres y amigos; a éstos el vulgo les da cierta importancia, pero los piadosos tratan esforzadamente de desarraigarlos de su corazón, o de elevarlos a regiones más elevadas del espíritu. Así, cuando aman al padre, no lo hacen como a quien les dio el ser, pues esto se lo deben a Dios; sino como a varón recto, en el que ven una brillante imagen de la divina mente que nombran Sumo Bien, lejos de la cual no existe para ellos nada digno de anhelo o amor. El mismo razonamiento aplican a todos los sentimientos, de forma que si no los desprecian totalmente, los relegan a lo etéreo.

Los Sacramentos distinguen en los ejercicios piadosos un aspecto espiritual y otro corporal. Así, en el ayuno dan poca importancia a la abstinencia de carne y de cena, que es lo que considera el vulgo como un ayuno absoluto, mientras no se repriman simultáneamente lo más posible las pasiones, la cólera y el orgullo; con esto el alma, aliviada de su carga corporal, puede elevarse al goce de las delicias celestiales.

De la misma forma en la misa, aunque no desdeñan la liturgia, le conceden poca atención y la tienen por nociva si es un obstáculo para penetrar en lo espiritual, de lo cual los signos visibles son sólo su representación. Los mortales deben imitar la muerte de Cristo, apagando y sepultando sus pasiones para resucitar a una vida nueva como Él lo hizo y reunirse con Cristo y con sus hermanos. Así se conduce y piensa el creyente. El vulgo, en oposición, cree que el sacrificio de la misa consiste en pararse lo más cerca posible del sacerdote, escuchar los cantos y contemplar la ceremonia.

En todas las ocasiones, no sólo en estos ejemplos, el devoto rehuye lo perteneciente a lo material para ascender hacia lo eterno, espiritual e invisible. Y como una diferencia tan enorme separa a unos de

otros, se llaman locos mutuamente. Por mi parte, creo que esta palabra conviene mejor a los devotos que a los plebeyos.

LA SUPREMA FELICIDAD ES UNA ESPECIE DE LOCURA. EL MISTICISMO

Esto se verá con claridad luego de una breve demostración de cómo esa felicidad suprema a la que aspiran los piadosos no es sino un género de locura.

Antes que nadie, Platón vislumbró algo de esto cuando escribió que la más perfecta felicidad es el delirio de los amantes. En efecto, el enamorado puede afirmar que no vive en sí, sino en el ser amado, y su dicha es tanto mayor cuanto más se olvida de sí mismo para identificarse con aquél. Cuando el espíritu asciende de tal forma que ya no gobierna propiamente su cuerpo, es evidente que se produce un delirio. ¿Qué otro sentido tienen las expresiones vulgares “vuelve en ti”, “está fuera de sí” y “ya ha vuelto en sí”? Ahora bien: cuando más intenso es el amor, más profundo y vehemente es el delirio que provoca. Por tanto, ¿qué es, pues, esa vida a la que estas almas aspiran con tal fervor?

El espíritu, como avasallador, absorbe al cuerpo tanto más fácilmente cuanto mayores son los ayunos y penitencias con que ha sido preparado. Y el espíritu, a su vez, es absorbido por la esencia divina, que es muy superior a él. Así, cuando el hombre está “fuera de sí” completamente, podrá alcanzar la dicha, porque estará despojado de la materialidad y vivirá inefablemente confundido con el Bien Supremo, que atrae hacia sí todas las cosas puras.

Es cierto que la felicidad no puede ser perfecta hasta que el alma no haya recobrado su antiguo cuerpo llevándolo a la inmortalidad; pero como la vida devota es una meditación sobre esta existencia futura y como su sombra, en ocasiones es recompensada con una especie de aroma y goce de ella.

Esto, aunque es sólo una gota de relación con el manantial de la dicha divina, es más valioso que todos los placeres humanos reunidos; ¡de tal manera sobrepasan los deleites espirituales a los materiales, los invisibles a los visibles! El profeta lo anunció así a los elegidos: “Lo que Dios guarda para quienes lo aman no lo ha sentido el ojo, el oído ni el corazón”. Y esta es una locura que no destruye la muerte, sino que la perfecciona en la otra vida. Aquellos pocos que han gozado de estos placeres han experimentado algo muy similar a la locura; dicen

cosas incoherentes y extrañas a las costumbres humanas; hablan sin sentido y cambian constantemente de estado de ánimo; están en un momento tristes y al siguiente alegres; lloran, ríen o sollozan; y en suma, están realmente fuera de sí. Cuando recobran el conocimiento desconocen si estuvieron en su cuerpo o fuera de él, dormidos o despiertos; no recuerdan sino como en un sueño lo que oyeron, vieron, hablaron e hicieron. Su única certidumbre es que fueron profundamente felices en su éxtasis y lamentan haber recobrado la razón, de modo que nada les es tan grato como gozar ininterrumpidamente de su especial locura. Tal es un pequeño anticipo de la felicidad futura.

EPÍLOGO

Pero advierto que me he extendido demasiado en mi discurso. Si alguno me reprocha haber traspasado los límites convenientes y hablado con pedantería, que tenga en cuenta que soy la Locura... y mujer, que es aún peor. Que recuerde, además, el proverbio griego que dice: "Los niños y los locos dicen verdades", a menos que piense que esto no habla de las mujeres, sino sólo de los hombres.

Veo que estáis aguardando un epílogo; pero sería enteramente loco quien pensara que recuerdo una sola palabra de todo lo que acabo de decir... Os entrego un antiguo adagio: "No me gusta el invitado con buena memoria". Y yo añado éste: "Detesto al oyente que todo lo recuerda". Por todo ello, ¡olvidad lo que he dicho, ilustres seguidores de la locura! ¡Salud a todos! ¡Bebed, vivid y aplaudid!

FIN

Elogio de la Locura

se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2008
en el taller de impresión de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,
con un tiraje de 10 000 ejemplares.

ELOGIO DE LA LOCURA

El título *Elogio de la locura* podría parecer, en un principio, no demasiado correcto, si tenemos en cuenta el título original de la obra (no debemos olvidar que fue escrita en latín) *Stultitia laus*, aunque es conocida como *Moriae encomion*. La palabra *stultitia* significa estupidez, vanidad, necedad, ignorancia, insensatez; por lo que si Rotterdam hubiera querido dar un tratado sobre la locura, entendida como demencia o enajenación, la habría titulado, en el más estricto sentido latino, *Insaniae laus*. Pero no es así y nosotros seguiremos la tradición de un título que, a pesar de su errónea versión, es el más difundido.

Como no cabría de otra manera, la Estulticia toma cuerpo y se presenta; se reconoce como insensata, sabedora de ser la única capaz de regocijarse por igual a los hombres y a los dioses; defiende su derecho a "autoelogiarse", por lo que emplea el recurso unamuniano de ¿quién puede hablar mejor de mí que yo misma?

Erasmus corona a la reina del mundo, o mejor dicho, ella se presenta delante de sus súbditos, los humanos estultos, y se eleva como un elemento imprescindible para la vida, consciente de su poder y de que representa lo más alto y elemental del mundo: energía, valentía, pasión, sabiduría. Este sabio no sólo la entrona, sino que la moldea desfigurándola; la vuelve irreconocible a los ojos humanos, aunque a estas alturas ya no es el Demiurgo Erasmo, él abandonó la obra definitivamente, si es que alguna vez estuvo en ella: la identidad de la protagonista es apreciable, y su "corporeidad", casi perceptible.

Biblioteca
BE
del
Estudiante

ISBN 978-968-9259-48-0

Distribución gratuita para los estudiantes de la UACM

